Pbro. VIRGILIO FILIPPO
Cura Párroco de San Antonio
(Villa Devoto)

LOS JUDIOS

Juicio histórico científico
que el autor no pudo transmitir por L. R. 8,
Radio París.

Año 1939
EDITORIAL TOR
Río de Janeiro 760
BUENOS AIRES

A sus queridísimos hermanos:

José Antonio, Edmundo, Rosa, Ramón, Isabel, Néstor Lidia y Adela y a quienes les acompañan como dignos consortes: Maria Iturrioz, María B. N. Bonfante, Roberto Filippo y María Senestrari como prenda de unión y en testimonio perenne del afecto sincero y cordial que les profesa

EL AUTOR.

RAZON DE ESTA OBRA

El presente estudio lo provocaron los judíos de la República Argentina. Ellos delegaron a los señores Max Gluxman, M. Kuning y M. Trampolsky, patrocinados por el diputado radical Santiago Fassi, y por el conservador Dionisio Schoo Lastra (oh, miseria de la política localista), para protestar por medio de un memorial ante el Ministerio del Interior, contra un supuesto confusionismo malévolo, que afirmaron, partía de mis labios en perjuicio del pueblo de Israel.

Los judíos decían entre otras cosas en el Manifiesto: "En esta tarea de confusión deliberada de términos y problemas — del director de "Clarinada", profesor Carlos M. Silveyra, — le acompaña con énfasis discursivo un sacerdote católico, el Cura Párroco de Villa Devoto, rivalizando ambos en la perfidia con que presentan el examen de los factores judíos con enconada mala fe y despectiva consideración".

Me pregunté una y mil veces cómo podían fundamentar la acusación en los supuestos ataques al judaísmo, ya que mis temas dominicales se enfocaban desde hace más de un año directamente contra el Comunismo.

Lo único que podía servirles de asidero, pero no de razón, era que yo, cuando nombraba a Lenin, Trotsky, Litvinov, Marx, Lasalle, Radeck, Zinoviev, Kaganovich, Kamenev, Bela-Kuhn, Eisner, Blum, etc., les adosaba el calificativo de judíos, como son en realidad casi todos los grandes dirigentes de las catástrofes revolucionarias del presente.

Nunca pretendí identificar a cada judío con un comunista. Si los judíos presentaron queja cuando yo hablaba del Comunismo, contribuyeron para dar pie a esta confusión desastrosa. ¿O es que está prohibido decir que los tales pertenecen al pueblo hebreo? ¿Es vergonzoso decir que fulano es judío? Parece que lo reconocieran tácitamente los que quisieran impedirme tal especificación. Nosotros, en cambio, pensamos con San Pablo, que la verdad profesada no nos avergüenza.

Lo cierto es que con su reclamo lograron impedirme la transmisión acostumbrada de las 13 horas por Radio París, del domingo 16 de Octubre de 1938. Así la queja judaica favoreció a la causa comunista

Mas aún: el examen en la Oficina de Control de Radiocomunicaciones, fué más severo: me observaron hasta párrafos textuales de Encíclicas del Papa, y no faltó en nuestro campo, hombre de pro que opinó gravemente que mis ataques, no a las

personas, sino a los principios comunistas, eran algo fuertes.

Aclarando conceptos, dijo el director de la revista judía "El Magazine Argentino", en su número de Noviembre de 1938, que, "el cura Filippo al combatir al Comunismo, segregaba subrepticiamente ponzoña antisemita. Este lo negaba, aduciendo que SEÑALAR la raza de los dirigentes comunistas, no era predicar antisemitismo. Claro que no lo es cuando no media mala INTENCION, la INSISTENCIA en esgrimir UNICAMENTE los nombres de origen semita, y SUBRRAYARLOS con la intención falaz de GENERALIZAR, de hacer creer en una INTERVENCION AMPLIA del judaísmo en las directivas comunistas, cuando en realidad era individual y mínima".

Por de pronto, estamos de acuerdo en que señalar verdades no es ser antisemita. Pretender introducirse en el alma para juzgar mis intenciones, no es prerrogativa humana; dejo, pues, de lado, esta pretensión.

Condenar mi insistencia en señalar como judíos a los comunistas que lo son, no entiendo que sea permisible a ningún judío, ya que se trata de una causa que le interesa, y nadie es juez en causa propia. Decir que yo esgrimí únicamente nombres de comunistas judíos, es aseverar una falsedad manifiesta, que reprueban todos los radioyentes, que en el curso de un año escucharon una retahila de nombres inabordables para la memoria, que no eran judíos. Que la intervención del judaísmo fué amplia en las directivas comunistas, lo veremos sintéticamente en el presente volumen, y luego, si Dios

quiere, en el próximo estudio que contenga las conferencias radiotelefónicas al respecto.

Si mil veces había oído hablar de la duplicidad del judío y de su artera práctica de penetración en las salas de los poderosos, esta acusación insidiosa en la que se me trató de delincuente, pérfido y criminal, y la desteridad de sus manejos, me forzaron a estudiar con más detención la psicología del pueblo hebreo. He consultado autores de los campos más diversos.

Si multiplico las citas, lo hago con la intención de alejar, con el peso de los eruditos, los prejuicios de judíos y no judíos.

Que este asunto interesa al mundo entero, no hay necesidad de indicarlo; el mundo arde iluminado por la cuestión judaica.

Ante todo, advierto que yo no profeso ninguna clase de RACISMO y ANTISEMITISMO, condenados por la religión católica y por el sentido de humanidad. No estoy con ningún extremismo racial ni religioso que disfrace bajo la consigna antisemita odios y atropellos inhumanos. No podemos odiar a los que Dios tolera. Injusticias y barbaries contra ninguno, sea quien fuere; pero previsión contra los que en cualquier forma ultrajan a la justicia y a la solidaridad, sí.

No comulgo ni con el racismo nazista ni con el racismo judío.

...La Iglesia Católica por medio de un decreto del Santo Oficio, expedido el 25 de Marzo de 1928, condenó el odio y la animadversión al pueblo judío designado vulgarmente como ANTISEMITISMO.

Entendamos bien; condena el odio y la animad-

versión al pueblo judío; no condena la legítima defensa de las naciones contra factibles procedimientos pérfidos, que perturben los pueblos que los hospedan.

SS. Pío V, habló escuetamente al respecto, cuando escribiera que "la impiedad de los judíos, iniciada en todas las artes más perversas, llega a tanto, que es necesario, si se quiere atender a la salud común de los cristianos, poner rápido remedio a la fuerza del mal".

Contra esta impiedad, contra estas artes perversas, contra esta fuerza judaica para el mal, van estas líneas.

Envolver en la palabra antisemita toda acción defensiva es una imbecilidad. Así se haría al mal irreparable. Condenar ciertos procederes violentos, injustos, odiosos, inhumanos, no implica la eliminación de los métodos de previsión, coerción y sanción, ni la refutación de las razones sensatas que un Estado invoque para defender su estabilidad.

El criterio que me guía al escribir estas líneas no es el de provocar agresividades de ningún género, sino el de prevenir, detener y curar sensatamente la marcha dominante de quienes son por principios, por moral, por tendencia exclusivista, por métodos y por interés de colectividad, enemigos jurados de la religión cristiana. Si los judíos son bajo estos conceptos anticristianos, nos fuerzan a ser en el mismo plano antisemitas.

No ataco personas; las hay dignísimas en todas partes; condeno errores. No me guía ningún interés político ni económico Antes bien, sé que con esta publicación me expongo a perder más que a ganar, en este sentido.

No estoy con los procedimientos violentos, porque entiendo que problemas internacionales de la trascendencia del judaísmo, no se resuelven simplemente por la fuerza. Aspiro a una solución equitativa y legal, no a una convulsión violenta. No soy de los que gritan ¡Viva el puño! El puño encuentra siempre otro más fuerte que él, la verdad no. Pienso que lo que no alcance LA GRACIA DE DIOS, la razón y el amor, no lo obtendrá la inhumanidad. Los problemas raciales se solucionarán con leyes sociales; el odio violento aplasta de un puñetazo al hombre; así mata, pero no cura. Más aún; porque creo en la universalidad de la eficacia redentora de Cristo, creo que el apostolado entre los judíos, aunque ofrezca grandes dificultades, debe intensificarse.

Repudiamos, pues, toda persecución odiosa: la pagana nazista, la satánica comunista, la protestante yanqui en México, la de España "leal" a Moscú, calificada por cuarenta y ocho prelados católicos como bárbara, cruel, inhumana, impía, anticristiana, antipatriota y antiespañola; y repudiamos sobremanera la táctica doble del espíritu netamente judaico, de quienes como Caifás se rasgan las vestiduras, escandalizados por las persecuciones que sufren los semitas, y permanecen impávidos ante las ruinas y persecuciones de los cristianos.

Esta parcialidad es doblemente condenable: primero, porque toda persecución importa un atropello a la dignidad humana, y además, por manifestarse interesada en escudar otras intenciones inconfesables. Es vergonzoso valerse de la condenación de unos desmanes para ocultar y legitimar

otros; defender la causa de los judíos alemanes para defender la causa de los crímenes contra sacerdotes, religiosos y fieles españoles. Esto es complotar la causa de la verdad con la causa del error, y tender un puente capcioso para asesinar a la justicia. Es lo que vemos desgraciadamente en nuestra patria, gracias a la campaña venal de ciertos periódicos infames, mensualmente subvencionados por representantes diplomáticos, concertadores de colectas que no llegan al destino predicado.

Que la cuestión judía interesa a los argentinos, lo ha evidenciado la semana de duelo por la persecución nazista, pues por el cierre de los negocios israelitas de la Capital Federal, Tucumán, Córdoba, Santa Fe, Paraná, Rosario, San Juan, Provincia de Buenos Aires, etc., el pueblo ha podido constatar el incremento inaudito que han cobrado en el país.

La noche del 28 de Noviembre de 1938, tuvo lugar en el Luna Park un acto de censura al racismo, auspiciado por judíos, por protestantes de la Iglesia Anglicana, representados por el Rdo. Douglas Bruce, protestantes de la Iglesia Escocesa, cuya opinión expuso el Rdo. Víctor Winborne, por socialistas a cuya cabeza figuró el doctor Nicolás Repetto, por comunistas y miembros de la C. G. T.

Según "La Razón" de Buenos Aires, del día siguiente, "fué aprobada por aclamación una resolución propuesta por la Liga Argentina de los Derechos del Hombre, en la cual se protesta por las persecuciones RACIALES, POLITICAS y RELIGIOSAS de los PAISES TOTALITARIOS".

¿Y las persecuciones de los países no totalitarios? ¿Y las persecuciones de los partidos revolu-

cionarios? La resolución no las implica ni siquiera tácitamente, porque de hacerlo, repudiarán los socialistas y comunistas sus normas directivas. Dejando de lado las manifestaciones grotescas del comunismo respecto de la religión, oíd al respecto al célebre socialista italiano Enrique Ferri:

"Cierto es que el socialismo marxista, después del Congreso de los Socialistas en Enfurt (1891), declara justamente que las creencias religiosas son asunto de conciencia privada, y que por lo tanto el Partido Socialista combate toda forma de intolerancia religiosa, sea contra católicos, sea contra judíos, como yo sostuve también en un artículo contra el ANTISEMITISMO. Pero esa SUPERIORIDAD DE MIRAS, no es en substancia más que el efecto de la SEGURIDAD DE LA VICTORIA FINAL

"Justamente porque el Socialismo sabe y prevé que las creencias religiosas, si no como fenómenos patológicos de la psicología humana, como las calificó Serbi, seguramente como INUTILES FENOMENOS DE INCRUSTACION MORAL, están destinadas a atrofiarse ante la divulgación de la cultura naturalista, aunque sólo sea elemental; justamente por eso el socialismo no siente la necesidad de combatir de una manera especial las mismas creencias religiosas DESTINADAS A PERECER". ("Socialismo y Ciencia Positiva". Primera parte. Cap. V, pág. 33. Traducción de Roberto J. Payró).

Tenemos, pues, que si socialistas y comunistas se unieron en el Luna Park con judíos y protestantes para combatir a una doctrina reprobable, cual es el antisemitismo y el racismo exagerado, no por

esto eliminaron el principio pragmático que les hace mirar con superioridad de miras a toda religión, como un inútil fenómeno de incrustación moral, que finalmente será pulverizado.

Sería bueno que judíos y protestantes se preguntaran, cómo sus aliados pueden invocar los Derechos del Hombre, pues declaran paladinamente que se han juramentado para socavar la expresión más vigorosa de la dignidad humana, cual es la espiritualidad del culto religioso. ¿Hay algo más indigno que aliarse con quienes al defender derechos naturales, pisotean los sobrenaturales; con quienes combaten el odio de raza a costa del odio a la fe?

Socialistas y comunistas, ateos y revolucionarios, se pliegan bajo la consigna de un frente único, por simple razón oportunista. Se adhieren para denostar a sus enemigos, no para defender a sus amigos. Con estos tienen una cínica mirada de compasión; aprovechan estos actos como gimnástica revolucionaria, y al final esperan quedar solos.

¡Parece mentira que la candidez del hombre no barrunte que, mal pueden interesarse por la defensa de una clase de hombres, los que han internacionalizado el odio contra todas las clases distintas de la suya!

Defended como creyentes vuestros derechos, pero por favor, no arrojéis al lodo la espada de la verdad.

Dijo con justeza José Hernández, en los Consejos de Martín Fierro a sus hijos, que:

Si andan entre gente extraña
Deben ser muy precavidos,

Pues por igual es tenido
Quien con malos se acompaña.

SS. el Papa Pío XI, cuya autoridad invocan complacidos los judíos, ha definido al Comunismo como un "sistema intrínsecamente perverso", y prevenía León XIII, que "hay gran diferencia entre sus perversos dogmas y la purísima doctrina de Cristo". Los revolucionarios no son adversarios de opiniones accidentales, sino enemigoos irreconciliables de principios esenciales. Atacan la parte superior del hombre: su espiritualidad. No pueden entonces, ser buenos camaradas los que combaten principios humanos y divinos.

Quien para lograr un fin noble emplea medios indignos, se envilece igual que quien utiliza medios nobles para lograr una finalidad condenable.

Las uniones entre adversarios se toleran cuando, sin abdicación de principios, por razones graves, sin temor de que sirvan de puente de plata a teorías nefastas, excepcionalmente, y con declaraciones paladinas de que servirán para defender los derechos de Dios, del hombre y de la sociedad, las indican como convenientes varones graves.

Ojalá brote de estas páginas para los no judíos, mayor luz en sus derroteros religiosos y patrióticos, y para los hebreos la convicción de manifestar en los pueblos que los toleran su gratitud por medio de hechos personales y colectivos que expresen el reconocimiento de los beneficios que reciben, y colaboren así a la paz social, que no es un simple ofrecimiento divino, sino también una recompensa a los méritos humanos que Dios da solamente a

los hombres de buena voluntad. Para Dios no hay alma excluída de la posibilidad de salvación.

Mientras no exista este substratum necesario para edificar la paz, los mismos argumentos que condenan la inhumanidad del antisemitismo como verdugo de cuerpos, condenarán en los judíos la inhumanidad del anticristianismo como verdugo de las almas.

Entretanto, tengo la íntima convicción de que este estudio satisfará el anhelo del director de la revista israelita "El Magazine Argentino", señor V. Chernovetzky, quien, en el número de Noviembre de 1938, *decía: "Al cura Filippo: Le sugerimos publique una carta aclaratoria en la prensa democrática, para desvirtuar los malos entendidos".*

El pueblo de Israel.

Israel, por su posición geográfica, vivió rodeado por los pueblos más cultos de Europa, Asia y Africa. Su territorio se llamó consecutivamente Canaán, Israel, Judea, Palestina, y hoy Tierra Santa. No tenía el judío tendencia acentuada, a la política ni al oficio militar. Su misión era primordialmente religiosa. Dios lo escogió para conservar la idea pura y el culto santo de la Divinidad, hasta la venida del Mesías prometido a patriarcas y profetas, según promesa transcripta en la Biblia. El pueblo judío descendía de Abrahán, el caldeo, a quien Dios premió en forma extraordinaria su fe. Dios mismo se encargaba de premiarlo y castigarlo. Cuando le desobedecía, la tierra no recibía el rocío del cielo. Si sus pecados eran muy graves y numerosos, Dios castigaba sus prevaricaciones con esclavitudes como las de Babilonia y Egipto.

Antes de gozar de la tierra de Canaán, Israel peregrinó cuarenta años por el desierto del Sinaí. Sus prevaricaciones eran tan repetidas, que el Se-

ñor se quejaba de su pueblo, reprochándole que sus hijos siempre erraban en sus corazones.

Tuvo hombres geniales; sus nombres perdurarán al través de los siglos como exponentes de culminación intelectual, moral, heroica y religiosa.

Moisés, David, Salomón, Sansón, Esther, Débora, Judit, los Macabeos, los Profetas, Daniel, Josué, Eliseo, Elías, los Jueces.

Cuando apareció Jesús, el Mesías prometido, la nación sufría el yugo de la dominación romana, que le ha quitado toda administración económica y judicial. El caos político era completo. Todos sus gobernantes rendían vasallaje a Roma. La nación se hallaba dividida en cuatro provincias: Perea o la Transjordana, Judea, Galilea y Samaria.

La Madre de Jesús, María Santísima, era de Nazareth de Galilea.

En juicio del célebre historiador judío Josefo, citado por L. Cl. Fillion, los galileos eran "muy laboriosos, osados y valientes, impulsivos, fáciles a la ira, pendencieros. Ardientes patriotas, soportaban a regañadientes el yugo romano, y estaban más dispuestos a los tumultos y sediciones que los judíos de otras comarcas de Palestina. Dos pasajes del Nuevo Testamento confirman este último rasgo. (Lucas XIII, 2, y Hechos de los Apóstoles, V, 37). El Talmud de Jerusalén añade que los galileos se cuidaban más del honor que del dinero.

Aunque la población fuese judía en su mayor parte, sin embargo, por la situación de la provincia (abierta por el Norte y vecina de Fenicia y Siria), vivía en inevitable contacto con los paganos de los alrededores, algunos de los cuales llega-

ron a establecerse en el territorio. Por tal motivo, ya en la época de Isaías, se usaba la expresión: *Galilea de lós gentiles,* que cita San Mateo. (IV. vers. 15). Esta convivencia, forzosamente había de influir en el espíritu de los galileos, motivando cierto relajamiento, si no en el fervor religioso que era digno de elogio, al menos en el respeto a las prácticas farisaicas, que trataban con cierta libertad. ("Vida de Nuestro Señor Jesucristo". Introducción. "El País de Jesús". Art. IV, páginas 112 y 113).

Por la época de Jesús existían dos clases de intérpretes de la ley: los escribas, afiliados casi todos a la secta de los fariseos, y los saduceos.

Los escribas llegaron a distinguir, según Fillion, doscientas cuarenta y ocho clases de preceptos positivos, y trescientos sesenta y cinco clases de preceptos negativos.

Habían llegado a concebir al Mesías, no como un reformador religioso, víctima expiatoria de los pecados de la humanidad, sino como un conquistador puramente militar y político, con triunfos incesantes de la fuerza.

La falsificación del ideal mesiánico los hacía desvariar, tanto cuanto más se alejaban del verdadero tipo diseñado por los profetas.

Israel había ya degenerado de la alteza de su misión, en lo que se refiere al plano de las clases cultas y elevadas. Aún restaban porciones selectas donde la piedad y el verdadero temor a Dios reinaban; estas porciones las constituían los pobres y los sencillos. A estos se dirigió Jesús con predilección; *Evangelizare Pauperibus Missit Me,*

repetía, "a evangelizar a los pobres me envió mi Padre".

Yo no trato aquí del pueblo israelita antes de Jesucristo, raza distinguida por Dios, en razón de que de Israel habría de nacer según la carne, su Hijo Unigénito, sino del pueblo hebreo *después de Jesús*, degenerado por la maldición que grava sobre él, en razón de su infidelidad y deicidio.

No hablo del judío antes de la prueba, sino después de su fracaso. Trato aquí del pueblo israelita errante cuya presencia internacional pregona el castigo divino, que ya lleva soportando sobre sus espaldas desde hace diez y nueve siglos.

Una cosa es un pueblo en su origen, otra en su desarrollo, otra en el culmen de su grandeza política, social y religiosa, y otra finalmente en su descendimiento, en su decadencia y decrepitud.

Al hablar del judaísmo tengamos siempre presente el carácter talmúdico que señala palmariamente su decrepitud, y salvaremos así las objeciones de los adversarios.

Pueblo fantasma.

"El pueblo judío, dice Augusto Nicolás, ha presentado siempre, tanto en la antigüedad como en los tiempos modernos, un fenómeno religioso y social, que no puede explicarse sino por la intervención de la autoridad divina.

Considerando desde luego al pueblo judío en la antigüedad, es imposible defendernos del asombo que nos causa ese *hecho colosal* de todo un pueblo, de toda una nación, superior a las demás por su antigüedad, atravesando todos los siglos en el

seno de la idolatría y de la universal depravación, y guardando intacto el depósito de la ley natural de la religión primitiva, de la creencia y del culto a un Dios *único,* espiritual, santo, misericordioso, padre y juez de todos los hombres, tal, en fin, como es el verdadero Dios que hoy adora toda la tierra, y que toda la tierra ignoraba entonces.

¿No es este un gran prodigio en el orden moral? ¿Cómo sólo los judíos se habían librado del naufragio universal de la razón? ¿Cómo ellos solos se habían sostenido en la cumbre de la verdad primitiva, y habían resistido a esa pendiente, a esa tendencia de la condición humana hacia el error; ellos que eran más antiguos que todos los demás pueblos, y que por lo mismo hubieran debido envejecer y corromperse más pronto? ¿Ellos que por lo demás, no eran naturalmente menos groseros, ni menos carnales, ni menos atacados de aquella enfermedad moral que roe interiormente a todos los mortales? Hasta pudiéramos decir que, los judíos eran más carnales e indóciles que los demás pueblos, y que Dios, al parecer, los escogió adrede, para que brillase más el *prodigio de la conservación de la verdad divina en su seno.*

Y nótese que entre ellos este culto tan elevado, tan puro, se practicaba sin pretensiones y sin distinción, que era el culto vulgar, el culto diario; obsérvese además, que se mantuvo al través de todas las vicisitudes políticas y sociales: bajo la ley de familia, bajo la teocracia, bajo la república, bajo la monarquía, bajo la dictadura, en la paz y en la guerra, en la libertad como en la servidumbre, en la patria como en el destierro, y que se conserva de la misma manera hasta el fin, es de-

cir, hasta que el Cristianismo salido de su seno, vino a derramar sobre el mundo una luz más viva, absorviéndolos en la generalidad de la difusión.

Un resultado tan sobrenatural no pudo producirse sino por virtud de impresiones sobrenaturales también.

Todos los demás pueblos antiguos, sus vencedores, desaparecieron ya; él sólo ha quedado como un *fantasma que arrastra su sudario entre los vivientes*; y si se busca lo que puede servirle de *lazo* en su misma disolución, sólo se encuentra una cosa en que se cifra todo el prodigio: *un libro,* que guarda entre sus manos al cabo de treinta siglos, libro que le sirve de talismán y prenda de su vitalidad, y que todo lo suple: el hogar, el ara, la unidad nacional.

Una parte del pueblo judío, sin detenerse en Jesucristo, prolongando este término de su destino y falseándolo, cumplió con esta misma conducta el *grande objeto providencial,* y sólo invisible para él, al cual hizo Dios servir su mismo error, para asegurar a la fe civilizadora que conserva el mundo la base más sólida y anchurosa, en el sólo hecho de que, un pueblo, el más antiguo de todos, en su misma dispersión, lleva los archivos de la verdad cristiana por toda la tierra, garantizándolos con su propia hostilidad, y viniendo a ser, a pesar suyo, y sin conocerlo, el baluarte universal de la fe que está maldiciendo''. ("Estudios filosóficos sobre el Cristianismo'', tomo 1. Primera Parte, Libro segundo, Cap. II, págs. 219, 220, 221 y 223).

Es realmente un pueblo fenómeno.

Antes de Jesucristo fué el pueblo profeta del Mesías. Después de Cristo es el pueblo que prueba

con las profecías bíblicas que conserva, el cumplimiento de las mismas. Vive proscripto precisamente por haber despreciado la luz del cielo. Dejó de ser pueblo escogido para ser testimonio trágico errante al través de las naciones y de los siglos. Su peregrinación dolorosa es un eco inextinguible de la voz de Dios condenando su infidelidad. Más se aferra a la letra, más olvida el espíritu; más desconoce el sentido bíblico, más se entierra en su obcecación; más obcecado, más despreciable se hace, y por lo mismo, más perseguido en su particularismo religioso nacional racista. Mató al espíritu que vififica, y dió sentido material a la escritura para idolatrar a la letra que sin criterio moral mata.

Dice San Agustín que a los judíos "desterrados, errantes y fugitivos, y como sobrecogidos por las mismas impresiones de terror que se apoderaron del fratricida Caín, se les ve correr de una parte a otra, desparramarse por toda la superficie de la tierra, llevando una venda sobre sus ojos y presentando en todas partes los testimonios auténticos de nuestra fe, y de cuán justa es la causa que defendemos. De manera que los judíos, por este *carácter de reprobación* que en todas partes presentan a los ojos del universo entero, como escrito sobre su misma frente, se hacen en todos los lugares una de las pruebas más invencibles de la verdad del Cristianismo, que con tanto encarnizamiento combaten. (De fide rerum quae non videntur).

Este carácter de reprobación de que habla San Agustín, lo señalan suficientemente los profetas

de Israel en los mismos libros que custodia con tanto celo el pueblo hebreo.

Juicios de la Biblia.

Abrid, judíos, la Biblia que custodiáis como bibliotecarios, y leed lo que dice Isaías en el capítulo VIII, respecto de la ruina de Israel: "Pues esto me dijo el Señor cuando con mano temblorosa me corrigió, advirtiéndome que no siguiese los pasos de este pueblo: Mira no estés diciendo: Conspiración; pues que no habla de otra cosa este pueblo que de conspiración; antes bien, no temáis lo que tanto él teme, y no os amilanéis. Al Señor de los ejércitos, a El sólo glorificad; él sólo sea el que os haga temer y temblar. Y él será el que os santifique. *Al paso que será piedra de tropiezo y piedra de escándalo para las dos casas de Israel, y lazo de ruina para los habitantes de Jerusalén. Y muchísimos de ellos tropezarán, y caerán, y se harán pedazos, y se verán enlazados y quedarán presos.* Recoge ahora el testimonio; sella la ley para mis discípulos. Yo, sin embargo, tengo puesta mi esperanza en el Señor, que *ha escondido su rostro de la casa de Jacob,* y en esta esperanza perseveraré. (Versículos 11 al 17).

El mismo profeta escribe en el capítulo XLII: "Y guiaré a los ciegos por un camino que no saben, y les haré andar por sendas que no conocen; convertiré delante de sus ojos las tinieblas en luz y los caminos torcidos en vías rectas; tales cosas haré a su favor, y jamás los desampararé. Pero ellos *apostarán,* y *quedarán cubiertos de confusión* los que ponen su confianza en los simulacros

de los ídolos; los que dicen a las estatuas que han fundido: "Vosotros sois nuestros dioses".

Oíd, sordos, y vosotros, ciegos, abrid los ojos para ver. *¿Y quién es el ciego, sino Israel,* siervo mío? *¿Y quién el sordo, sino aquel a quien envié mis mensajeros? ¿Quién es el ciego, sino el que se ha vendido al enemigo? ¿Y quién es el ciego, sino el siervo del Señor? Tú, que ves tantas cosas vaticinadas por mis profetas, ¿cómo es que no haces reflexión sobre ellas?* Tú, que tienes abiertas las orejas, ¿cómo no escuchas? Y eso que el Señor le tuvo a Israel buena voluntad, escogiéndole para santificarle, y para dar a conocer la grandeza y excelencia de la santa ley. Mas ese mismo pueblo mío, es saqueado y devastado; presos han sido todos sus jóvenes, y encerrados en las cárceles; arrebatados han sido, sin que haya quien los libre; robados, y no hay quien diga: restitúyelos. ¿Quién hay entre vosotros que escuche, atienda y piense en lo que ha de venir? ¿Quién ha abandonado a Jacob e Israel, para que sea presa de los que le han saqueado? ¿No es el mismo Señor contra quien hemos pecado, *no queriendo seguir sus caminos ni obedecer su ley?* Por eso ha descargado el Señor sobre este pueblo su terrible indignación, y le hace guerra atroz, y le ha pegado fuego por todos sus costados, y ni por eso cayó Israel en la cuenta; y le ha entregado a las llamas, y con todo no ha entrado en conocimiento de sus culpas. (Vers. 16 al 25).

En el capítulo LXV, dice el mismo Isaías: "Yo derramaré en el seno de los hijos la paga debida a las antiguas obras de los padres".

Sin embargo, esto dice el Señor: "Como cuando

se halla un grano bueno en un racimo podrido y se dice: "No lo desperdicies, pues es una bendición o don de Dios, eso mismo haré yo por amor de mis siervos: *no exterminaré a Israel del todo*; antes bien, entresacaré de Jacob un linaje (primeros discípulos de Jesús), y de Judá, quien domine en mis montes.

"Pero a vosotros que abandonasteis al Señor, que os olvidasteis de Sion, mi santo monte, que aparejasteis una mesa o altar al ídolo de la *Fortuna*, y derramasteis sobre ella libaciones; yo os iré entregando uno a uno al filo de mi espada, y todos pereceréis en esta mortandad; puesto que *YO os llamé y no me respondisteis, os hablé y no hicisteis caso*; antes bien, *cometíais la maldad delante de mis ojos*, y habéis escogido las cosas que yo aborrecía"

Ved cómo prosigue el profeta pintando la situación actual de los judíos: "Por tanto esto, dice el Señor Dios: Sabed que mis siervos comerán y vosotros padeceréis hambre; mis siervos beberán y vosotros padeceréis sed: mis siervos se regocijarán, y vosotros estaréis avergonzados; y sabed en fin, que mis siervos, a impulsos de júbilo de su corazón, entonarán himnos de alabanza, y vosotros, por el dolor de vuestro corazón, alzaréis el grito, y os hará dar aullidos la aflicción de ánimo. *Y dejaréis cubierto de execración vuestro nombre a mis escogidos. El Señor Dios acabará contigo, oh Israel, y a sus siervos los llamará con otro nombre.* (Cristianos). En el cual nombre quien fuere bendito sobre la tierra, bendito será del Dios verdadero; y el que jurare sobre la tierra, por este nombre del Dios verdadero jurará; porque las

precedentes angustias o tribulaciones se han echado en olvido, y desaparecieron de mis ojos''. (Versículos 7 al 16).

Leed, judíos ,al profeta Amós, en el capítulo IX, versículos del 8 al 10, y hallaréis profetizada la miseria que hoy padecéis en testimonio de vuestro deicidio: ''No obstante, no destruiré la casa del todo, dice el Señor, la casa o reino de Jacob. *Pues he aquí que por orden mía será agitada en medio de todas las naciones la casa de Israel,* como se zarandea el trigo en un harnero, y no caerá por tierra un sólo granito. Pasados a cuchillo serán todos los pecadores de mi pueblo, los cuales están diciendo: No se acercará, ni vendrá mal ninguno sobre nosotros''.

La Biblia que el judío lleva a todas partes lo revela, lo juzga, lo condena, lo hace abominable, y sirve de testimonio al cumplimiento de las profecías; no se puede pedir más; el acusado se interesa por la conversación del juicio condenatorio y el cumplimiento del castigo, pues, su vida, afirma tanto más el cumplimiento del castigo divino cuantos más son los años que transcurren desde la tragedia del Calvario.

El judío es realmente hoy día, el ciego voluntario y el insubordinado escandaloso, según vaticinó Isaías. Se ofrece como un apóstata cubierto de confusión, por las contradicciones palmarias de su tradición con su presente; es el escándalo de los hombres de razón, que no cesan de preguntarse con el mismo Dios, según frase profética, cómo es posible que llegue a tanta estupidez, pues, viendo realizados textualmente los vaticinios de los que eran bocas del Altísimo, no se preocupa de refle-

xionar sobre los mismos. Este pueblo fenómeno, que cumple una profecía en su dolor secular, padece por no haber querido seguir los caminos de Dios ni obedecer a su Ley. Cosa admirable: el desobediente a la ley divina, vive obsesionado con el Talmud, que aprieta entre su pecho escrupulizando en el estudio de una Ley que aborreció.

Aunque lea en la Biblia, que el castigo de su pecado no sería el exterminio completo del pueblo judío, sino la execración de su nombre y la agitación secular en medio de las naciones, al constatar en su dolor la realización del prodigioo, y al tener consignada en las páginas que venera este prenuncio, no por eso deja su obstinación ni se duele de su pecado, antes al contrario, persevera rebelde a su Dios, con la dureza férrea de su cerviz.

Si no se admite que el pueblo de Israel fué escogido por Dios para conservar el depósito de la esperanza del Mesías en medio de las naciones, nadie dará jamás una explicación del significado misterioso de este fenómeno popular, único en el mundo. La Iglesia Católica y la Sinagoga son dos hijas de un mismo Padre; una hereda una esperanza, la otra una realidad. La heredera de la esperanza fué invitada a entrar en posesión de la realidad mesiánica, pero la rechazó, y por esto vive repudiada por Dios y alocada en la obsesión de que un día se cumpla la promesa.

Para el judaísmo no hay otra solución que la que indica San Pablo. Al final de los tiempos, Israel será integrado a la gracia de Dios.

Es verdad que hoy, no pocos hebreos, ven en Jesús un judío ilustre, aunque no el Mesías, y contraponen la moral talmúdica a la moral cristia-

na; verdad es que han llegado algunos a pedir que se revisen las actas del juicio de Jesús para que, si llegasen a convencerse de mal procedimiento y mal fallo, Jesús quedase ante su vista, no como un judío pecaminoso, sino como un judío venarable; es verdad que con esto pretenderían en sus manejos dobles descargar de sus espaldas el fardo de la responsabilidad de su muerte, pero todo esto no quita que, celebrando los cristianos las fiestas de Navidad y la Pascua de Resurrección, acentúen los rabinos en sus sinagogas sus prédicas en contra del Catolicismo, y en favor de sus ideas talmúdicas, nacionalistas y racistas.

Conste que yo no trato de opinar, de lanzar al viento una teoría, una hipótesis, una conjetura, sino simplemente de rememorar hechos olvidados y expandir verdades ocultas para muchos.

Habla Tertuliano.

Dice el gran apologoista Tertuliano, que "tenían los judíos con Dios la privanza"; en ellos solos se hallaba la justicia, la fe y la religión de los primeros padres. En este solar nació la nobleza de su linaje, la sublimidad de su reino; y llegó a tanta felicidad, que los avisos de cómo habían de servirle y no ofenderle, él mismo se los daba por su boca. Pero cuanto ellos hayan abusado de este favor, *tomando licencia para pecar en confianza de la virtud de sus padres,* desviándose de los caminos de Dios por profanos modos, aun cuando ellos no lo confiesen, *el estado presente lo publica,* pues los vemos desparramados como gente que huye desbaratada, vagando por el mundo, desterra-

dos del suelo y cielo de su patria, sin que les valga el derecho de los peregrinos para pisar la tierra donde nacieron. *No tiene ya este pueblo a un hombre por cabeza, habiendo tenido a Dios por Rey.* No les tomó el castigo desapercibidos; ya antes, las Escrituras les amenazaron, y los mismos avisos les predicaban casi cada día los profetas: que *en estos últimos términos del siglo, había de escoger Dios de todas partes del mundo,* de todas las naciones y de todos los pueblos, *unos siervos más fieles, en quienes había de trasladar su gracia y su benevolencia con más abundante plenitud,* que para la doctrina del nuevo autor, había de emplearse la capacidad con más favores.

Vino, pues, *Aquel cuya venida estaba profetizada, Jesucristo,* Hijo de Dios, para reformar y alumbrar a este pueblo nuevamente escogido.

De esta *gracia,* pues, y *nueva doctrina,* fué anunciado en la Escritura por árbitro, maestro, iluminador y doctor del género humano, el Hijo de Dios; que *no nació de la asquerosa semilla del padre terreno...* El Hijo de Dios nació de una Madre limpia y pura, que no conoció varón, aunque tuvo aquellas sombras de casada.

Como la lumbre aunque encienda otras, queda entera sin menoscabarse, y no pierde los grados la matriz, aunque de ella se originen otras luces iguales, pues si se comunica no se mengua; así lo que nació de Dios es Dios enteramente e Hijo de Dios, y ambos un Dios tan solamente, Espíritu de Espíritu y Dios de Dios, en quien solamente *hace número el grado de la generación, el modo de la persona,* no la majestad de la esencia, que aunque

nace no se aparta; como el ramo, aunque nace no se divide del tronco.

Los judíos ya esperaban esta venida admirable, que así la leen prometida en los profetas: *que no niegan la persona, pues la esperan;* antes bien, no hay controversia tan reñida entre nosotros y los judíos como la *porfía con que niegan su venida, que aún esperan.*

Dos venidas señala de Cristo la Escritura: la primera, ya se cumplió en la humildad de carne humana; la segunda, que ha de ser en el fin del mundo, será en ostentación de divinidad manifiesta. Los judíos confunden estas dos venidas, y como *no esperan sino una de ostentación majestuosa,* no creen la primera, de condición tan humilde. *El no haberla conocido, castigo fué de sus culpas;* que si la conocieran la creyeran, y si la creyeran se salvaran. *Ya leen ellos este castigo en la Escritura*: que *habían de ignorar con la ciencia;* que *habían de cegar con la vista y ensordecer con las voces.*

Pero al que vieron aquí como *hombre* abatido *por su humildad,* debieran conocer por *Dios* grande *por su poder,* pues le vieron expeler demonios, alumbrar ciegos, limpiar leprosos, consolar paralíticos, resucitar con su palabra muertos, mandar los elementos, refrenar las tempestades, andar sobre los mares mostrándose *Palabra Primogénita de Dios,* primordial principio de las cosas con espíritu, razón y poder; que vivificando con su palabra se pudo conocer que era el mismo que en la primera formación del universo crió con la palabra.

De tal modo se exasperaban con su doctrina los

principales maestros judíos, porque los convencía, mayormente porque le seguía numeroso concurso de pueblo, que finalmente le presentaron a Poncio Pilatos, que gobernaba la Siria por los Romanos, y con votos violentos y extorsiones lo pidieron para clavarlo en una Cruz. Ya dijo Cristo antes que lo habían de hacer así: "Esto fuera poco, si antes no lo hubieran ya dicho los profetas".

Leísteis, pues, lo que expuso Tertuliano ante judíos y paganos, en el capítulo XXI de su monumental *Apología contra los gentiles,* el año doscientos de la era cristiana. (Biblioteca clásica. Tomo CXXV, págs. 219, 220, 221 y 222).

La historia del pueblo judío hasta la venida del Mesías, está escrita por inspiración de Dios. La Biblia marca su paso por el mundo. Es el pueblo que Dios había escogido para ser el depositario de las esperanzas mesiánicas. El Redentor saldrá de él. Llega Jesucristo cumplida la plenitud de los tiempos, y según estaba consignado por los profetas "los de su pueblo no lo recibieron. In propia venit et sui non receperunt". Su infidelidad y su deicidio los señaló Jesús en la parábola del hombre que plantó la viña y la arrendó, y al enviar a su Hijo querido para que le diesen los arrendadores parte de su fruto, lo arrojaron fuera y lo mataron. (Luc. XX, 9).

Su castigo lo expresó Cristo cuando llegando a Jerusalén en su marcha triunfal del domingo de Ramos, al contemplar desde lejos a la ciudad de Sión, que ofrecía el imponente espectáculo de su magnífico templo exclamó: "vendrán unos días sobre ti, en que tus enemigos te circunvalarán, y te rodearán de contramuro, y te estrecharán por

todas partes, y te arrasarán con los hijos tuyos, que tendrás encerrados dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra; por cuanto *has desconocido el tiempo en que Dios te ha visitado*". (Luc. XIX, 43 y 44).

Un hecho secular.

Hay un *hecho* irrecusable del cumplimiento de estas palabras proféticas. Israel, errando hace veinte siglos y llevando sobre su frente el marchamo de su deicidio. El pueblo judío lleva sobre sí la suerte que pidieron sus antepasados.

En efecto; cuando los príncipes de los judíos se concitaron para prender y dar muerte a Jesucristo, después de la comedia del juicio religioso, lo arrastraron hasta el tribunal civil, a fin de que el representante de la autoridad romana Poncio Pilato dictase sentencia de muerte. Tras mil ardides contradictorios apelaron finalmente a la acusación pérfida de ser Cristo enemigo del César. No lo acusaban de enemigo por amor a quien odiaban, sino por interés de que les resultase bien el negocio de sangre en que se empeñaban. Como Pilato no hallara en Cristo culpabilidad, trató de librarlo del furor del pueblo. Pero viendo que éste se le insurreccionaba, por miedo de la presión judía astutamente planeada, lo entregó al suplicio, diciendo mientras se lavaba las manos: "Inocente soy de la sangre de este Justo, allá os lo veáis vosotros". A lo cual respondiendo todo el pueblo, dijo: "*Recaiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos*". (San Mateo, XXII, 25 y 25).

El castigo de Dios no tardó en venir. Jerusalén

se vió desolada por el ejército de los romanos, sus hijos dispersos y sin templo, sin altar, sin sacerdocio, sin tierra, sin moneda, sin bandera, sin gobernante civil, marcha llevando sobre su frente la mancha de sangre, como Caín la de su hermano Abel. Desde entonces, es *el pueblo de las contradicciones*. Está en contradicción con todos los pueblos de la tierra, porque en todos se ve como paria, como desterrado. Está en contradicción consigo mismo porque lleva un libro, la Biblia, que habla de su misión universal redentora, y por otra parte, lo muestra como testigo de la infidelidad a esta misión divina al haber dado muerte al Redentor. Su fuerza religiosa se ve continuamente desmenuzada por las contradicciones de las interpretaciones violentas que se ve obligado a dar a sus textos; logrando así que muchos de sus hijos concluyan por ser materialistas en cuanto al concepto ético. Y por otra parte, se muestra íntimamente ligado aunque disperso, por razón de su espíritu de nacionalidad, de su espíritu de raza, que tiende a reunirse de nuevo en la soñada tierra de sus antepasados, o en otro lugar, donde vivir según sus tendencias ingénitas. Progresa en cuanto al orden material, técnico, social, intelectual, según el carácter de los pueblos que invade en sus ghetos, o barrios judíos, y se muestra estacionario en cuanto a su religión, de cuya letra no se desprende con tenacidad realmente admirable. Divididos en muchos planos los judíos se unen íntimamente en cuanto se refiere a la defensa de su raza y de sus tradiciones, por medio de sus cultos en las sinagogas.

Hasta el más criminal y ladrón se muestra so-

lícito del cumplimiento de los detalles de la ley mosaica en llegando los días de perdón.

Su culto y su interpretación talmúdica, en lo que tiene de mejor, lo ha copiado de los cristianos o goims, de los infieles, como nos llaman en su habitual desprecio.

Desterrado y vagando por toda la faz de la tierra con la maldición de su deicidio, este pueblo debe necesariamente odiar a todo lo que huele a cristianismo. Forzosamente ha de convivir con los pueblos que levantan como enseña de civilización la fe de Cristo. Pero esto lo soportará; nunca lo elogiará ni agradacerá. Vivirá en el seno de las sociedades como la serpiente en el seno de quien la libra de la muerte albergándola en su pecho para que entre en calor. Apenas pueda, su perfidia se trocará en insolencia. Lleva en el alma de su raza un resentimiento, un rencor, un odio, una envidia inextinguible. Donde ve un bien cristiano se acentúa su encono. Se hace aliado de todos los revolucionarios que se mancomunan para destruir el actual orden social.

Ramón Pérez de Ayala escribió, que: "el concepto semita de la envidia, es puramente dramático; más aún, trágico. Arranca de la *tristeza del bien ajeno;* engendra el resentimiento mortal; postula el odio asesino. El drama y la tragedia de la envidia exigen un toque postrero que los defina y perfile como fatalidad semítica, en el orden conceptual; son el drama y la tragedia revolucionarios. En el capítulo tercero del Génesis, se halla ya plenamente, aunque en germen y símbolo, el concepto de la lucha de clases de Carlos

Marx. ("Psicología Etnica". *La Prensa,* 16 de Octubre de 1938).

Son de la raza de los que levantaron por primera vez el puño en el Calvario, de los que sacan copia todos los revolucionarios.

Desparramados como deicidas por el mundo, al verse despreciados odian, se reúnen en barriadas o juderías para defenderse mejor de los que los señalan como raza de Caín, y una vez que poseen en sus manos medios suficientes para emprender la revancha, se rebelan. Por esto los encontramos encabezando todas las asonadas. No hay revolución social donde no tenga prestigio bien ganado un semita, judío, israelita, sionista, hebreo.

El pueblo rebelde a Dios sigue rebelándose doquier. Ya se quejaba en sus tiempos Marco Tulio Cicerón, de los manejos súbdolos de este pueblo pérfido, y del dominio que había ganado en las instituciones públicas, gracias al poder del dios dinero, que adoró en el desierto junto a su caudillo Moisés.

¿Cómo han de amar a la tradición verdadera los que saben que cuando se apela al pasado se ven denigrados por él? ¿Cómo han de amar las patrias los que se vieron desposeídos de ella por su deicidio? ¿Cómo han de amar las enseñas nacionales, los que no la tienen? ¿Cómo pueden respetar las autoridades los que las odian porque les impiden desarrollar sus planes maquiavélicos de restauración del reino de Israel?

Viven los judíos entremezclados con los otros pueblos para explotar intereses, no para asimilarse sus costumbres, sus tradiciones, sus glorias y sus temperamentos civiles. La nacionalidad que abra-

zan no es la expresión de sus ideas, sino un instrumento para lograr sus fines. Son judíos antes que argentinos, que italianos, que españoles o alemanes. Sus colonias son verdaderos Estados dentro de los Estados. Allí poseen de tal manera el dominio de las tierras, que no dejan lugar a que nadie viva holgadamente dentro de sus centros monopolizados o juderías. Nadie puede vivir que no sean ellos, porque utilizan la peculiaridad de sus costumbres, de su lengua, de sus negocios, de sus sinagogas, de su cementerio, de sus bancos, jueces, mataderos, escuelas y legislación, incomprensibles enteramente para un nativo. Un argentino es un extraño en una colonia o en un barrio judío. Los hechos no se desmienten con una protesta de propaganda en contra del antisemitismo.

Como no posee el poder legislativo, judicial y ejecutivo, el judío intensifica su acción para apoderarse de ellos mediante el poder económico. Sabe muy bien que "poderoso caballero es don Dinero". Por esto se conciertan sus magnates para adueñarse de la Bolsa, de los Bancos, del Comercio y de la Industria. Lo demás viene por concomitancia. Con el dinero se arman guerras y se desarticulan, con el dinero se paga la propaganda, se compra la prensa, se pervierten el teatro y el cine, se tapa la boca a los oradores de radio; con el dinero se arman revueltas pagando a agitadores revolucionarios, se insultan las creencias cristianas, se lanzan a los obreros en malones contra los templos católicos, y se destruye así el orden social so capa de regeneración proletaria.

La voz de la Historia.

Respecto de la invasión internacional judía y de su influencia dominadora en las naciones, os voy a ofrecer unas pruebas, sacadas de la historia por el genial apologista católico Alberto María Weiss. (O. P.).

Veréis desfilar junto con la tendencia a la expansión internacional, su tenacidad manifiesta a veces y otras velada, para imponer sus ideas.

"*El imperio romano,* dice el mentado autor, *era, sin exageración, una colonia judía.*

Muy frecuentemente era que los paganos ofrecieran sacrificios en Jerusalén. El altar de esta ciudad era considerado como santuario común por los judíos y por los paganos.

Los Tolomeos hicieron colocar sus vasos sagrados en el Templo, y lo mismo la emperatriz Julia y Socio, gobernador de Siria.

Pompeyo hizo ofrecer en él sacrificios; Augusto fundó un sacrificio diario de dos ovejas y un toro, y aún Vitelio ofreció personalmente un sacrificio.

Así se concibe cómo crecía el poder de los judíos y cómo se convertía en objeto de temor general.

En Egipto subió su número a un millón. *Allí, y en Cirenaica, formaron casi un estado por sí solos.* Su dinero y su actividad procurábales la mayor influencia. Quejábase el pueblo de que ambos países aceptasen sus costumbres.

En Babilonia, más allá del Eufrates, eran numerosísimos. En Antioquía era el número de adeptos también considerable.

En Damasco, casi todas las mujeres les eran adictas, y también manifestaron públicamente su simpatía por su doctrina y su vida.

En todas partes, dice Filon, *tenían colonias.* En Egipto, Fenicia, Siria, Pamfilia, Cilicia y en diferentes partes del Asia Menor, en Bitinia, en el Ponto, en Tesalia, Beocia, Macedonia, Etolia, Atica, Argos y Corinto, en el Peloponeso, en las islas Griegas, particularmente en Eubea, Chipre y Creta; tanto que *Jerusalén podía llamarse, no sólo capital de Judea, sino de todo el mundo.*

En la fiesta de Pentecostés, encontrábanse en Jerusalén partos, medos, elamitas, mesopotamios, capadocios, pontos, habitantes del Asia Menor, frigios, pamfilios, egipcios, libios, cipriotas, romanos y árabes. Según esto, no es de extrañar que diga el Talmud que en Jerusalén había 480 sinagogas.

Ya decía Sila que, *apenas había lugar en la tierra que los judíos no llenasen y tuviesen bajo su poder,* y Séneca repite estas palabras, y añade, como dije antes, que habían conseguido imponer a sus vencedores sus doctrinas y opiniones. Pero su ambición principal era Roma.

Hacía ya mucho tiempo que estaban establecidos en ella; por lo menos es sabido que Judas Macabeo hizo una alianza ofensiva y defensiva con los romanos. Ocurrió esto el año 161 antes de Jesucristo; pero desde el punto y hora que pusieron el pie en Roma, empezaron a difundir sus doctrinas con el celo que ellos ponen en sus cosas, y con éxito tal, que a los 22 años, *ya temían las autoridades por la existencia de la religión del Estado;*

¡tan poderosas eran las ideas que hicieron penetrar en el pueblo!

Dedúcese de esto la poca atención que ciertos sabios conceden a la verdad histórica, esos sabios, decimos, que consideran los últimos desarrollos de la cultura antigua como el florecimiento y el resultado final del Paganismo antiguo.

Completa confianza podemos tener en el juicio formulado por los hombres de Estado romanos sobre este punto.

Pues bien, es el caso que, apenas notaron estos la influencia de los judíos *sobre la opinión pública* de Roma, cuando empezaron a tomar medidas de rigor contra ellos; y así, ya en el año 614 (139 antes de Jesucristo), el pretor C. Cornelio Híspalo los arrojaba de la ciudad, obligándoles a volver a su Patria, pues se temía que con el culto sospechoso de Júpiter Sabazios, denominaciones de la divinidad, *contaminasen toda la vida romana.*

Sin embargo, estas medidas de rigor no duraron mucho, y sin duda alguna, debían encontrarse otra vez en Roma en tiempo de Sila, ya que, de lo contrario, no hubiera éste dicho lo que más arriba hemos notado.

Y así poco después, era su influencia tan grande que, *hasta los mismos tribunales públicos de Roma estaban sometidos a ella.*

En el año 19 antes de Jesucristo, el odio general contra ellos acabó por imponerse, a causa del terror que habían inspirado constantemente con su poder. Tiberio quiso dar un ejemplo notable de severidad para salvar a la ciudad de la invasión de las doctrinas judías y egipcias, haciendo apresar a los jóvenes más vigorosos de entre ellos, evi-

dentemente los que eran de baja condición, para emplearlos en rudos trabajos y someterlos al servicio militar, y, a este efecto, los hizo incorporar al ejército o descender a las minas de Cerdeña.

Sólo el número de éstos se elevaba a 4.000, de lo cual puede deducirse la fuerza que representaba la totalidad de los judíos en Roma. Pero como estos se rebelasen contra semejante acto de violencia, *fueron arrojados de Roma todos los judíos*. Sin embargo, la medida tuvo el éxito de siempre; *mientras los unos salían por una puerta, entraban por otra los primeros expulsados.*

En tiempos de Calígula, eran de nuevo poderosos en Roma, y se unieron públicamente a Filon, cuando éste se separa del Emperador.

Pero en tiempos de Claudio, fueron más numerosos y audaces que nunca. Y cuando los primeros cristianos llegaron a Roma, en donde conquistaron muy pronto numerosos partidarios entre ellos, y luego más aún entre los convertidos al Judaísmo, *encontraron de parte de ellos una resistencia tan terrible, que la tranquilidad pública pareció por un momento estar en peligro.*

De aquí que afirme Suetonio que Claudio, verosímilmente el año 49, *arrojó a los judíos de la ciudad,* porque suscitaban continuas turbulencias a propósito de un cierto *Chrestus.*

Pero sea que este Edicto no tuviese una importancia general, sea que no fuese ejecutado, o bien, los cristianoos fuesen los únicos inquietados por él, es lo cierto que, los verdaderos judíos continuaron en su mayor parte en Roma, o no hicieron más que dar una vuelta por las murallas de la ciudad.

Dion Casio, dice que eran demasiado numerosos

para poder expulsarlos, y que se contentaron con cerrar sus Sinagogas. Tampoco se podía procesarlos, porque *eran ciudadanos romanos*. Cuando Pablo llegó a Roma, los encontró allí de nuevo.

Estas persecuciones les enseñaron una cosa que *desde entonces les ha quedado como nota distintiva,* e imprimió a su futura historia un carácter enteramente nuevo. Tanto como hasta entonces se habían mostrado audaces en sus empresas *convirtiéronse después en circunspectos, reservados en la manifestación de sus propias opiniones en público, y prudentes en sondear a sus adversarios con tacto, permaneciendo invisibles y maniobrando en las sombras*". ("Apología del Cristianismo". Parte III, tomo I, págs. 194 a la 200).

Actualmente permanecen encuadrados dentro de este carácter tan magníficamente descripto por el padre Weiss.

La circunspección, la reserva, la picardía para sondear a los adversarios, y las maniobras invisibles y lóbregas de sus conciliábulos, los han llevado a delatarse como cultores manifiestos de la duplicidad y el disimulo.

Un pueblo recalcitrante ante su Dios, no repara en los medios para lograr sus fines. Los trusts, los monopolios, los negocios más deshonestos, se permitirán, mientras no ofendan directamente a los intereses de un hombre de la raza escogida de Israel.

Sarmiento y los judíos.

¿Creéis que me dejo arrebatar por mi fantasía? Oíd al mismísimo Sarmiento, a quien cantaron

loas pocas veces oídas nuestros dignos gobernantes, y a quien enaltecieron los mismísimos judíos: "El pueblo judío esparcido por toda la tierra, ejerciendo la usura y acumulando millones, vive *rechazando la patria en que nace y muere,* por un ideal que baña escasamente el Jordán, y a la que no piensa volver jamás.

"Este sueño que se perpetúa hace veinte o treinta siglos, pues viene desde el origen de la raza, continúa hasta hoy perturbando la economía de las sociedades en que viven, pero de que no forman parte; y ahora mismo, en la bárbara Rusia, como en la ilustrada Prusia, se levanta un grito de repulsión contra *este pueblo que se cree escogido y carece del sentimiento humano, el amor al prójimo, el apego a la tierra, el culto del heroísmo, de la virtud, de los grandes hechos, dondequiera que se producen".* Y más adelante, escribe: *"Nos declaramos desde ahora en huelga para perseguir a la raza semítica,* que con Cahen, Rostchild, Baring y todos los *sindicatos judíos de Londres y París, nos dejan sin blanca*; y los judíos Joachim y Jacob, que *pretenden dejarnos sin patria, declarando a la* nuestra artículo de ropa vieja negociable y materia *de industria.* ¡Fuera la raza semítica!" (Tomo XXXIV, págs. 177, 178 y 311).

Sarmiento dice, pues, que el judío rechaza la patria que lo recibe, perturba la economía de las sociedades, carece de sentimiento humanitario, y de amor a la virtud y al heroísmo, despoja a las naciones de sus dineros, y aspira a despreciar nuestra nacionalidad, pues considera a la patria como un trapo viejo que se vende.

Vamos por partes. Dice en primer lugar, que

el judío rechaza a la patria que lo recibe. Nada más natural. El que no tiene patria, el desterrado internacional, el infiel a la misión divina, debe necesariamente rechazar todo lo que le grita que es el pueblo que crucificó a Jesús. ¿Cómo va a amar lo que le recrimina? ¿Acaso cada patria civilizada no es hechura del espíritu del Evangelio de Jesús? ¿No tienen todas por base la virtud de héroes que se engrandecieron por la vitalidad de la gracia que mana del corazón del Redentor que mataron? Hoy mismo, ¿qué tienen de grande las naciones civilizadas, sino lo que heredaron de la doctrina sublime del Divino Ajusticiado? ¿Cómo no van a rechazar las patrias que encabezan sus constituciones, invocando su nombre preexcelso? ¿Cómo van a amar las patrias donde se yerguen los campanarios que invitan a los hombres a adorar a quien ellos odian? ¿Cómo van a amar a los Estados que se unen a una Iglesia, que es la prolongación en los siglos de la presencia de Cristo en el mundo? ¿Cómo no van a rechazar una humanidad que cultiva precisamente una civilización que lleva el nombre de Jesucristo, al llamarse cristiana?

Con su tenacidad característica, su facilidad para aprender los idiomas, su resistencia al sufrimiento, su espíritu de hipocresía, disimulo y duplicidad, y su facilidad de adaptación al medio ambiente, el judío inicia su penetración sistemática, para demoler los puntales del orden social de la patria que lo alberga, defendido por su espíritu de cuerpo, por su asociación cerrada en un particularismo odioso, por su *Kahal.* El instrumento que utiliza de entrada es el dinero. Por esto se hace

comerciante por excelencia; pero como no respeta leyes ni costumbres, ni tradiciones, ni moral, ni religión, ni personas de goims (pues todos los que no son judíos son infieles, a los cuales el dañar es, según el Talmud un acto sin culpabilidad), el comercio que ejerce resulta un desastre social. Es verdad que todos tenemos derecho a comerciar, pero ninguno tiene derecho a hacerlo en forma tal que, como acusa Sarmiento, perturbe la economía de la sociedad.

Bien está la unión para la defensa de los intereses de una clase, pero no para la ruina de todas las clases sociales. Cuando se utilizan procedimientos que minan el equilibrio económico, se anarquiza al pueblo y de la anarquía económica a la política no hay más que un paso. La Revolución tiene una base indefectible en la falta de pan, en el pauperismo, en la crisis de trabajo, en la impotencia para defenderse honradamente en la vida las clases laboriosas, por haber concentrado las grandes empresas judías todo el capital en pocas manos, siendo amparados solamente los del "pueblo escogido". Por supuesto, no son ricos todos y cada uno de los judíos; son ricos, y aquí está precisamente el mal, los dirigentes de la colectividad, que penetran por la escala de monetaria hasta las salas de los potentados de la tierra, para imponerles condiciones vergonzosas a un cristiano.

El judío, como permanece judío antes que argentino, italiano o inglés, se esmera en ayudar al de su pueblo, aislando al no judío. Este particularísimo extremo, a la larga engendra el predominio del comercio y el monopolio de esta raza. Quiere llegar al imperio por medio del emporio comer-

cial. Adueñándose paulatinamente de los productos, constituye negocios donde la competencia desenfrenada y desleal, obliga a cerrar sus almacenes a los no cristianos, que no pueden vivir fuera de las reglas que su moral les impone y, descartados los goims, no judíos e infieles, pueden después con toda tranquilidad ofrecer sus productos al precio que más les parezca en su criterio usurario.

Se adentran con ofertas de reclame para hundir a sus competidores. Pueden hacerlo, porque el Kabal o sociedad judía, concentradora de capitales enormes, les favorece el precio mínimo, y una vez desplazado el contrincante, como dueños de la plaza disponen a su antojo.

Claro está que estos procedimientos inicuos hay que encaretarlos. Por esto apoyan a los centros socialistas, anarquistas, comunistas y revolucionarios, que gritan que la culpa la tiene el capital. Pero, ¿qué capital?, ¿el judío? No; el capital judío se salva siempre, gracias a la red internacional de informaciones de la prensa. El capital que se ataca, la riqueza que se desparrama, los valores que se aniquilan, las glorias de arte que se pulverizan, las iglesias que se abaten, son las de los no judíos o cristianos.

El judío sin patria domina por el dinero a todas las patrias que no lo controlan, el judío sin dinero nacional propio se adueña de los dineros de todas las naciones. Una minoría domina a una mayoría, que ignora sus procedimientos y se deja sorprender. Trabajan subterráneamente, y cuando menos se acuerda, todo está en sus manos: el Parlamento, los bancos, la industria, el comercio, la propiedad, la prensa, la radio, el cine. Los argen-

tinos, si no nos ponemos en guardia, estamos como los demás pueblos de la tierra expuestos a ser inquilinoos de este pueblo, en nuestro propio Estado.

La usura del judío no va contra el judío, sino contra el no judío. Al extranjero, escribieron en la Biblia, prestarás con usura, con tu prójimo no debes hacerlo. Prójimo y judío son para los del pueblo de Israel palabras sinónimas. Jesucristo hubo de enseñarles que no era así, en la parábola del buen samaritano. Cuando se levantaron persecuciones contra el judaísmo, no se hicieron por razón de su raza o de su religión, si no de sus infames competencias económicas, por sus procederes usurarios, por sus tendencias subversivas del orden social existente, por su odio a la civilización que los albergaba.

Ved por qué dijo Sarmiento que los judíos "continúan hoy perturbando la economía de las sociedades en que viven, pero de que no forman parte".

Es que al decir del Dr. Lagomarsino, "la religión judía significa sobre todo y ante todo *patriotismo judío*. El judío es esencialmente *nacionalista, a base de su raza*. ("La cuestión judía". Cap. III, pág. 109).

Esto no quita que, cuando se le ataca por faccioso, perturbador de la economía, revolucionario solapado, insidioso contra la fe cristiana, enemigo del orden social que lo embarga, apele a los comités antirracistas, como si él no fuese el primer racista cerrado del mundo. Recurre entonces a las autoridades de la patria que lo alberga, sin decir que, según testimonia Sarmiento, rechaza a la patria de cuyos poderes se sirve en su duplicidad.

Así denuncia ataques de nacionalismo exagerado, un pueblo que lo practica a la faz del mundo hace miles de años. ¡Se necesita desvergüenza! Sólo la ignorancia o la torpe mala fe de los gobernantes y de los pueblos han podido transigir con esta farsa, gracias a la cual, los judíos pueden proseguir su marcha triunfal como pobres perseguidos, inocentes calumniados, heridos en sus derechos del hombre, despojados de los bienes que acumularon sus uñas usureras.

Con razón dijo Sarmiento que los sindicatos judíos "nos dejan sin blanca", es decir, sin dineros. Razón tuvo para gritar, "¡Fuera la raza semítica!"

Si la apoteosis de Sarmiento no ha sido una farsa; si los ciudadanos deben albergar en su seno las directivas de sus mayores, si nobleza obliga a responder con altura a la misión impuesta por los que nos forjaron la nacionalidad, ved argentinos, cuál es la consigna que debemos seguir. No atacar a nadie por guerra ofensiva, pero sí disponernos a emprender la guerra defensiva que mantenga en su integridad el orden perturbado por los enemigos declarados de nuestra civilización.

Un judío, expulsado hoy de Alemania o Italia, dentro de dos años tendrá más derecho que un argentino. ¿Me lo negáis? Os lo pruebo. Este judío expulsado, a los dos años tendrá carta de ciudadanía, y dispondrá con el peso de su voto del destino de nuestra nación, y un argentino de diez y siete años no tendrá este derecho.

Dijo, además, Sarmiento, que el judío "carece de sentimiento humano". ¿Es verdad esta afirmación de Sarmiento? Porque de serlo, nuestros gobernantes si quieren mostrarse dignos de las di-

rectivas de sus mayores, deben tenerla muy en vista para el bien de la colectividad.

Cuando Sarmiento aseveraba una sentencia tan horrible contra el pueblo de Israel, lo hacía respaldado por la Historia, es decir por la relación real de los hechos del pueblo judío.

Dos cartas judaicas.

No hay nadie medianamente culto que ignore que, según testimonio del historiador Marx, "en Córdoba, Toledo y Granada, se hallaban los judíos tan en su casa como en Jerusalén y Tiberías".

El año 620 el rey Sisebuto expedió un decreto por el cual obligaba a los judíos a abandonar a España o convertirse a la fe cristiana.

"Los que habían recibido el agua del bautismo para librarse de aquella terrible persecución, abrazaron de nuevo y con mayor empeño las creencias de sus mayores apenas murió Sisebuto, con lo cual hubieron de exasperarse nuevamente los cristianos, y por consecuencia se iba haciendo cada día más difícil la reconciliación de ambos pueblos...

La osadía de los hebreos, y el afán con que procuraban salir de su estado de abatimiento, los llevaba frecuentemente a cometer enormes desaciertos con que provocaban la ira de sus señores...

El judío siempre se inclinó a los revolucionarios.

No bien había ocupado Wamba el trono de Recaredo, cuando con la rebelión de Hilderico y de Paulo tomaron los judíos aliento para manifestar su rencor dando ayuda a los amotinados.

El año 697 los judíos de España, de acuerdo con los que moraban en Africa, tenían el proyecto de entregar la península a los moros.

La invasión mahometana en tiempos del infeliz don Rodrigo, tuvo éxito, "debiéndose esto muy principal y casi exclusivamente, a la eficaz cooperación de los judíos". ("Diccionario de Ciencias Eclesiásticas", por los doctores Niceto Alonso Perujo y Juan Pérez Angulo. Tomo VI, págs. 157 y 158).

Fernando e Isabel los expulsaron en 1492, por ser factores impedientes de la unión nacional, en razón de su aferrado exclusivismo y odio a la fe cristiana. ¿Qué hicieron entonces los judíos de España? Llevados de su espíritu internacionalista, apelaron de inmediato a las directivas de las otras agrupaciones o kahales, y así escribieron la siguiente carta a los judíos de Constantinopla:

"Judíos honrados, salud y gracia. Sabed que el Rey de España, por pregón público, nos hace volver cristianos, nos quita las haciendas y nos hace otras vejaciones, las cuales nos tienen conjuros e inciertos de lo que debemos hacer. Por la ley de Moisés, os rogamos y suplicamos tengáis en bien de hacer ayuntamiento y enviarnos con toda brevedad la deliberación que en ello hubiese del hecho. Chamorro, príncipe de los judíos de España".

Los judíos de Constantinopla, respondieron:

"Amados hermanos en Moisés, una carta recibimos por la cual nos significáis los trabajos e infortunios que padecéis, de los que en sentimiento nos ha cabido tanta parte como a vosotros. El parecer de estos grandes Sátrapas y Rabinos de la Ley, es el siguiente: que a lo que decís que, el Rey de España os hace volver cristianos, que lo hagáis, *pues no podéis hacer otro*, y a lo que decís que os hace quitar las haciendas, *haced vuestros*

hijos mercaderes, para que les quiten las suyas; a lo que decís que os quitan la vida, *haced vuestros hijos médicos y boticarios, para que les quiten las suyas;* a lo que decís que os destruyen vuestras sinagogas, *haced vuestros hijos clérigos, para que destruyan sus templos;* y a lo que decís que os hacen vejaciones, *procurad que vuestros hijos entren en oficios,* (puestos públicos), *para que sujetándolos os podáis vengar de ellos,* y no salgáis de esta orden que, de abatidos vendréis a ser tenidos en algo. Vluff. Príncipe de los judíos en Constantinopla". (Léase "La Cuestión Judía", por el Dr. Lagomarsino, págs. 112 y 113).

Si había una razón de Estado para expulsarlos, ¿era justo que concentrasen su poderío para organizar una criminalidad en la forma que lo enuncian estos documentos? ¿O es que los hechos se desmienten con la protesta de comité antirracista y antifascista?

¿Se equivocó Sarmiento cuando dijo que el judío carece de sentimiento humano? La Historia dice que no. ¿Y cuál es la palabra de la actualidad? ¿Han desaparecido sus príncipes del destierro?

Los judíos y el comunismo.

Dos hechos tenemos a la vista, impregnados de mesianismo judaico: el Comunismo y la actual revuelta entre árabes y judíos en Palestina.

Nadie discute ya cuán magníficamente sirvieron los hijos del pueblo escogido al grupo de la *inteligencia rusa revolucionaria.*

Dijo Jesús: "Sin mí no podéis nada".

La U. R. S. S. es un testimonio trágico pero evidente de esta verdad. A pesar de su grandeza territorial, del número de sus habitantes, de las riquezas de su suelo, del temperamento de sus gentes, de la inclinación religiosa del alma nacional, Rusia, por apartarse de la integridad de la fe cristiana, vió poco a poco marchitarse la vitalidad de sus hijos. El resorte elevador de un pueblo descansa primordialmente en la conciencia; la conciencia es iluminada por los principios morales, y éstos tienen por única base estable los dogmas incorruptibles de la fe. Pedro el Grande desprecia altivo al depositario divino del Evangelio que tiene su sede en la Cátedra de Roma. Se constituye en Zar y Pontífice, manejando a placer a la Santa Sínodo. La Religión se convierte en instrumento de la política. Se nivelan los intereses terrenos con los eternos y celestiales. Los popes son forjados según el criterio de los zares. Sale, pues, una casta de popes sin prestigio de autoridad moral e intelectual. El pueblo comienza por admirarse de su ignorancia y de sus costumbres, luego los desprecia, y por fin los odia. El rico se hace materialista, el burgués hipócrita, el funcionario conformista a las exigencias oficiales de los dueños de Rusia, y los militares se convierten en traidores. La corrupción acelera su marcha. Los del grupo de la Inteligencia Revolucionaria, comienzan su trabajo subterráneo. Se llaman Nihilistas, Terroristas, Socialistas, Anarquistas y Comunistas, Mencheviques o Bolcheviques. Sólo hace falta el hombre que de un puntapié arroje al desprecio de la Historia tanta hediondez.

Lenin se encarama para dar virtud a Rusia y al mundo entero. Es de la casta pérfida de los

judíos. Conoce astutamente los manejos necesarios de la ciencia revolucionaria, ya que, decir judío es decir paria, revolucionario por instinto, rebelde a toda nacionalidad por carecer de ella este pueblo maldito por Dios.

El comunismo va a desarrollar revolucionariamente lo que hasta entonces se aceptaba sumisamente. La medalla se va a dar vuelta. Si antes aplastaba la nobleza, ahora va a aplastar un Partido, según el espíritu del Kahal judío. Por esto, la nueva forma del gobierno serán: los Soviets o Consejos.

Como siempre, una minoría se apoderará del poder civil, del poder religioso, del poder moral, del poder judicial, del poder económico, del poder intelectual. El pueblo seguirá maltratado por una casta. Aunque el sacerdocio no sea la única causa de la decadencia, se le acharán todos los males. Se rectificarán las líneas directivas del alma nacional rusa a cualquier precio, pero siempre dentro del temperamento racial, es decir, con despotismo arriba y aplastamiento personal abajo. Los que aman terriblemente el dominio del poder, odian terriblemente a los que no tienen poder. Siempre el egoísmo individualista heredado del judaísmo racista, que persigue a todo lo que no es judío. Hay que perseguir al sacerdocio, pero no a los rabinos, a los capitalistas pero no a los judíos, a los comerciantes pero no a los judíos, a los gobernantes, pero no a los judíos, a los jefes de ejército, pero no a los judíos. ¿Quién llevaría si no a cabo la misión del judaísmo internacional? Esta agresividad silenciosa pero real del judaísmo se querrá ocultar, pero no se puede negar.

Así, los que dijeron que iban a enriquecer a un pueblo, concluyeron por enriquecer a una casta, a una raza, a una porción escogida. Por esto llegamos a la consecuencia lógica de que la misión judaica se identifica con la misión comunista. Las apariencias nos sorprenden, y uno se pregunta si esta afirmación no es una paradoja, ya que es el pueblo más adorador del oro que pisa la tierra, pero la realidad ilustrada por la distinción entre lo que es judío y lo que no es judío, no deja lugar a duda. La revancha contra el mundo cristiano se ha dado en forma gigantesca por parte de este pueblo errante, que usa de los derechos de nacionalidad para aplastar las glorias de toda nacionalidad fuera de la suya.

A los que se creen escogidos les venía muy bien valerse de la careta del proletariado para asestar un golpe terrible al mortal adversario de su pueblo: el Cristianismo.

Más todavía. Si son escogidos, ¿qué cosa mejor que entrar en un partido de escogidos cual es el comunista?

Voy a ceder la palabra al grave y erudito autor Waldemar Gurian, cuya imparcialidad y documentación concluirán por convenceros.

"Entre los pueblos extraños, los que más vivamente participaron en todos los esfuerzos revolucionarios, fueron los *judíos*.

Estos, más aún que la Inteligencia rusa, estaban excluídos de toda actividad social y política. Por *legislación especial* a que se hallaban sometidos, se veían reducidos a un espacio determinado de residencia, y sólo en algunos territorios del Oeste podían vivir sin permiso.

Además, a su afán de instruirse se ponía límite,

por el sistema del *numerus clausus* para los judíos, en los establecimientos de enseñanza superior y en las Universidades. Para ellos, para su generación joven, que no quería contentarse con el papel de comerciantes, obreros manuales y mercaderes, y que por lo tanto aspiraba a un papel directivo en la vida pública, la revolución vino a ser una acción de *liberación nacional,* aunque tal vez no se percataban de ello en su internacionalismo teórico.

Entre la Inteligencia rusa anterior a la guerra, los judíos *gozaban de una simpatía especial,* porque aparecían como símbolo de las injusticias del régimen dominante. El antisemitismo, favorecido artificialmente, era considerado por la Inteligencia radical, como una finta de gobierno, que especulaba con la ignorancia de las masas sin cultura.

De la combinación de la Revolución con los afanes de la libertad de los judíos, es característico el hecho de que muy pronto apareciera en sus distritos de establecimiento, un *partido socialista judío,* que tenía una tendencia rigurosamente *nacional,* y que se puso en conflicto con el partido Panruso, porque en todas partes quería formar *grupos socialistas judaicos separados.*

Este partido que tendió mucho tiempo al menchevismo más que al bolchevismo, se ha agrupado con los bolcheviques durante la soberanía de los Soviets.

Los judíos representan un papel en todos los grupos y partidos revolucionarios.

No puede decirse que sólo actúen entre los bolcheviques.

Entre los *revolucionarios sociales* condenados por éstos en 1922, había muchos judíos; entre los

mencheviques que en Marzo de 1931 comparecieron ante el tribunal revolucionario, la *mayoría* de los acusados eran de origen semítico.

También se encuentran en los grupos de origen marxistas y no marxistas.

Martov-Zederbaum es un corifeo menchevique marxista; Gotz pertenece a los fundadores de los revolucionarios sociales antimarxistas; Dora Kaplan, la *revolucionaria social*, hiere en un atentado a Lenin; Kannengiesser mata de un tiro al primer presidente de la Checa de San Petersburgo, al bolchevique judío Uritski.

De los bolcheviques son de origen judío Trotsky, Sinoviev, Kamenev, Litvinov, Sverdlov, Lenin, por no citar más que nombres de jefes.

Si la participación del judaísmo en la vida pública después de la revolución, *creció de un modo extraordinario,* esto se explica por el gran papel que la Inteligencia semita representó en el movimiento revolucionario.

Si bien por el paso de Stalin al partido bolchevista, se ha reducido la participación judía en los cargos importantes, es aún elevada en los puestos de mediana categoría. "El Bolchevismo", parte 1, págs. 23 y 24).

Oíd el juicio de Henry Ford, respecto de la colaboración del pueblo de Israel en el grupo de la *Inteligencia revolucionaria rusa.* Dice así: "El bolchevismo moderno, reconocido ahora como *mera envoltura exterior de un golpe de estado,* larga y detenidamente planeado con el objeto de asegurar el predominio de una raza determinada, adoptó inmediatamente la forma administrativa de los *Soviets,* por la sencilla razón de que *los judíos* de todas las nacionalidades, *que cooperaron a la im-*

plantación del bolchevismo en Rusia, están de siempre educados *bajo la forma y estructura del Soviet*... El Soviet nacido en Rusia, no es, pues, nada nuevo. Representa tan sólo una forma de gobierno impuesta brutalmente a Rusia no judía por los judíos rusos revolucionarios, en cuya forma gubernativa el pueblo judío está ya educado desde los primeros tiempos de su contacto con la humanidad". ("El Judío Internacional", Cap. XV, págs. 171 y 176).

Que la revolución comunista rusa sea una especulación judaica llevada a cabo para expresar el resentimiento y venganza de esta raza a todo lo que tenga cimiento cristiano, lo evidencian los nombres de sus principales caudillos. Lenin (Ulianow), a pesar de las negaciones de los semitas en sostener que no era judío, redactaba sus proclamas en argot judío, impone el sábado judío, educa a sus hijos en escuela judía, vive como judío, y hasta se casa con una judía.

La estrella de David no podía faltar en el escudo de la U. R. S S. Es verdad que tiene una punta de menos, la del Soberano o Príncipe del Destierro de Israel, pero hay que saber que este príncipe no puede aún revelarse manifiestamente. Entre tanto, las cinco puntas representan el dominio judaico sobre la Bolsa, la Prensa, la Nobleza, Palestina y el Proletariado.

En la U. R. S. S. fué perseguida con ensañamiento satánico toda institución cristiana, y en cambio las sinagogas y los rabinos fueron tratados con bastante corrección.

¿A qué proseguir sobre el particular, si los hechos cotidianos abonan continuamente nuestra aserción? ¿Hay, por ventura, una asonada comu-

nista, una penetración legal o ilegal de este sistema siniestro, en la cual no se vean enredados en primera fila los hijos del pueblo distinguido de Israel? ¿Qué partido revolucionario socialista, anarquista o comunista, no cuenta en sus filas con judíos conspicuos en el arte de difamar, perseguir e insolentarse contra la doctrina, instituciones, clero y fieles cristianos? ¿A abundancia de hechos para qué necesitamos de silogismos?

Cuando hace pocos días me denunciaban ante el Ministro del Interior como difamador, criminal y pérfido, contrincante del judaísmo, siendo así que yo me concretaba directamente a atacar al comunismo, ¿qué hacían sino evidenciar la ligazón íntima entre ambos conceptos?

Los judíos Litvinov, Radek y Kaganovich.

No quedaría satisfecho de mis datos referentes a la actividad del grupo judío revolucionario en la U. R. S. S., si no entrara en detalles elocuentes respecto de sus principales caudillos. Todo el mundo se enteró de la personalidad de Litvinov cuando nuestros periódicos tuvieron el honor de insertar su nombre en primera página. El judío Litvinov, había llegado a ser, gracias al clima endemoniado del comunismo, presidente de la Liga de la Sociedad de las Naciones. ¿Qué foja de servicios tiene este judío?

Leemos en un periódico europeo llegado hace poco:

"Tenemos ante nuestra vista el periódico parisiense *Le Journal, del* 19 de Enero de 1908, cuya primera página está dedicada enteramente a la noticia sensacional sobre la detención de un *célebre ladrón* por la policía secreta francesa, en la esta-

ción del Ferrocarril del Norte, en momentos de tomar con una amiga el tren expreso rumbo a Calais. Durante los días siguientes, ese diario y aún toda la prensa parisiense, publicaba con enorme indignación los detalles de un terribe asalto a un gran Banco ruso, en cuya oportunidad fueron robados en billetes 600.000 francos oro, quedándose en el lugar del crimen 32 empleados muertos y heridos. Se pudo comprobar que los billetes de Banco encontrados y llevados por el ladrón, provenían de aquel asalto, habiéndose comunicado a todas las autoridades europeas policiales, la numeración de ellos.

El mérito de haber dado con el ladrón, recaia en el inspector de la policía secreta, señor Guichard, quien hasta hace poco ocupaba dicho cargo. (6 de Febrero de este año).

Se conocía al ladrón bajo diversos nombres, entre ellos: Wallace-Meier, Burissuk, Graff, Maximovich, Finkelstein.

Recién al entrar en la arena pintoresca y divertida de a política mundial, el señor Finkelstein se agregó otro apellido más: *Litvinov.*

("Esperanza de Israel", por Walter Degreff. Litvinov, el hombre múltiple, pág. 135). Otro judío de los que tallan fuerte hoy día, a pesar del sensacional proceso que lleva su nombre, es el judío Radek, el periodista más eximio de la U. R. S. S.

La Ocrana, o policía secreta del zarismo, institución prolongada y acentuada por el régimen comunista, lo tenía prontuariado así: "Carlos Sobelson (a) Radek, miembro del Partido social democrático de Polonia y de Lituania. Por sus relatos hechos a la imperial Ocrana, y por apropia-

ción de los dineros de otros, expulsado del partido polaco y lituano"

Este judío ladrón llegó a ocupar los más altos puestos en la U. R. S. S. Fué uno de los que viajó con Lenin en el célebre tren blindado, desde Suiza a Rusia, astutamente preparado por el desgraciado general Ludendorf. Firmó la paz de Brest-Litovsk. Habilidoso como ninguno para desacreditar a sus amigos y acomodarse hipócritamente y con desfachatez en los planos más contradictorios, practicó como ninguno la dialéctica del *cambio* comunista. Fué jefe del periódico *Isvestia.*

De su cinismo da una prueba la siguiente relación del escritor *Essad Bey*: "A su amigo el poeta Pilnjak no solamente lo había elevado hasta las estrellas por su romance trotzkista *Mahagoni,* sino que hasta llegó a escribir el prefacio de esta obra; pero, sabedor al punto de que el libro no había hallado el favor de la aristocracia del Kremlin, no hesitó en solicitar que el autor fuese arrestado, deportado, y poco faltó para que no pidiera también el ajusticiamiento... El 1º de Ocubre de 1936, Radek era arrestado por la G. P. U. o policía secreta de la U. R. S. S.

La sentencia emitida el 30 de Enero de 1937, condenaba a la pena de muerte a Piatakov (gran organizador y economista), a Serebriakov (organizador de la producción del petróleo), a Muralov (que como simple soldado de infantería conquistó a Moscú para los bolcheviques), a Lifschitz, Drobnis, Boguslavski, Kniasev, Rataisciak, Norkin, Scestov, Turok, Grasce y Puscin.

Radek, que había confesado los más graves delitos, que había pronunciado las deposiciones más absurdas, y que más que cualquier otro había pe-

dido de rodillas la pena de muerte, fué condenado, junto con Sokolnikov y Arnold, a diez años de cárcel.

Según los conocidos métodos soviéticos, este sentencia corresponde a un veredicto de absolución.

Las trece sentencias de muerte tuvieron inmediata ejecución. Radek, principal inculpado, no sólo salvó la vida, sino que continúa representando en el sistema staliniano una parte importante aunque melancólica.

Burlones del Kremlin murmuran que los artículos más punzantes con que el periódico Isvestia fulminaba al propio director, se debían al estilo inconfundible de Radek!...

Si hoy no goza todavía de gracia completa, a nadie se oculta que la dirección de *Isvestia* está de nuevo en sus manos". ("Giustizia Rossa", páginas 67-69, y 110).

Por algo dijo Sarmiento, que el judío carece de sentimiento humano y de amor al prójimo.

Vaya otro ejemplo. En el firmamento de la U. R. S. S. lucen como estrellas de primera magnitud, primero Lenin, luego Stalin, y más adelante Kaganovich. Oíd al autor *Essad Bey*.

"El tercer astro del firmamento staliniano es Kaganovich, único hebreo dentro del círculo más íntimo del Dictador. El compañero Kaganovich es realmente el *brazo derecho de Stalin*. En un tiempo, trabajaba de sillero; su cultura se limita, efectivamente, a las nociones necesarias para fabricar buenas sillas. Oriundo de Hommel, pequeña ciudad de hebreos polacos, hasta el día de la Revolución no era más que un modesto artesano; la revolución le abrió el camino de su carrera, al principio muy modesta. Una pura casualidad lo hizo co-

nocer a Stalin, quien dándose cuenta al instante de cuánto podía servirle el sillero, comenzó por nombrarlo *jefe del personal del partido;* cargo que Kaganovich ocupó óptimamente. Sabía discurrir, tenía aire absolutamente proletario, y entendía al instante las cuestiones más complicadas.

Stalin, reconocido, lo elevó hasta el grado de *primer secretario general del Partido Comunista ukraniano;* pero este nombramiento tuvo para Kaganovich consecuencias inesperadas y penosas. El Partido Comunista ukraniano declaró con claridad y redondamente, que no quería reconocer como secretario general a un judío. Stalin amenazó, pero los jefes del Partido ukraniano, Ciubarj, Petrovsky y otros, respondieron unánimes que hubieran preferido pasarse todos a la oposición trotkista, antes que reconocer a un judío como superior. Por aquellos días Stalin no podía permitirse una contienda con el potente Partido ukraniano; reconociendo a tiempo el peligro, cedió y llamó a Kaganovich, destinándolo para otro puesto, el de Segundo Secretario General del Partido Comunista de toda la Unión Soviétiva, lo que equivalía a hacer de él, *el hombre más poderoso de toda la Rusia, después del mismo dictador".* ("Giustizia Rossa", págs. 53 y 54).

Los judíos están, pues, de parabienes. Tienen un buen inspirador de Stalin.

Verdad es que el dictador ruso quitó a los judíos los puestos supremos directivos que habían acaparado en la primera hora, pero no es menos cierto que prosiguen invadiendo los secundarios, orgullosos de tener entre tanto a su connacional Kaganovich, como el hombre más poderoso de la U. R. S. S. después de Stalin.

La masa revolucionaria judía fué más bien comunista menchevique que bolchevique. Los mencheviques luchaban en el comunismo por el *sionismo*. No querían al comunismo bolchevique porque llega al paroxismo de la destrucción. Los dejaba también a ellos sin esperanza de recuperar la patria perdida, en su furioso internacionalismo. Para el bolchevique no hay fronteras que valgan. ¿En qué iría a parar entonces la patria palestinense?

Claro está que esto no quitó el que los judíos más exaltados prosiguieran sin control de ninguna especie las consecuencias del judío Carlos Marx, aplicadas por el judío Lenin. Los bolcheviques en sus comienzos, no quisieron saber nada con el carácter nacionalista. Si hoy lo invocan es como un puente tendido hacia el internacionalismo, y como una escapatoria y resorte para desviar la atención de las masas rusas disgustadas por el baño de sangre que les ha impuesto el régimen nefasto. Stalin no ha tenido más remedio que aceptar esta tendencia ingénita.

"Antes de la guerra, dice el padre José H. Leidit (S. J.), los hebreos del Imperio Ruso, pertenecían *casi todos,* al mismo partido político, el *bund socialista*, con tendencias *mencheviques.* El *bund reivindicaba* para los hebreos la autonomía *nacional* y no *territorial,* o sea, *la autonomía aplicada a los ciudadanos hebreos, en cualquier lugar que se encuentren.* La lengua hebrea, el célebre Iddisch de la europa oriental, debía ser legalmente reconocida. El proletariado hebreo debía poder celebrar el sábado en lugar del domingo, el *bund* reivindicaba la creación de hospitales, y escuelas hebreas, etc. Los bolcheviques se opusieron enérgicamente a esto. Ellos creían que los hebreos ha-

bían de ser *asimilados.* (No habían leído a Sarmiento). La acción nacionalista del *bund* tendría por fin el reincluirlos de nuevo en su seno, *defenderlos contra la asimilación* que les venía de afuera, e incidentalmente protegerlos del gran movimiento marxista ruso". "Paradojas del Comunismo". Capítulo II, pág. 44).

El bolchevista apoya los nacionalismos revolucionarios, los que trabajan por su destrucción y tienden a autodevorarse, para entregarse de lleno en manos de la mesianica U. R. S. S.

Burich Levi, en una carta que dirigió a Carlos Marx, publicada por la "Revue de Paris" Nº 35, T. II, pág. 547, dice que "los gobiernos de los pueblos que formaran la república mundial, pasarán, gracias al triunfo del proletariado, sin esfuerzo, todos a manos judías. La *propiedad particular será suprimida* por los gobernantes de raza judía, que en todo el mundo *administrarán la propiedad del Estado.* Así se cumpliría la *promesa del Talmud,* de que los judíos, cuando llegue el tiempo del Mesías, estarán en poder de las llaves de los bienes de todos los pueblos de la tierra".

En la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas, "país que ha abolido el comercio, se comercia, dice el escritor M. Bardi. En esto, el hebreo ha puesto su mano. Bajo el zarismo no podía ejercer el comercio ambulante. Lenin lo ha equiparado con los otros ciudadanos, y él no ha sabido hacer otra cosa que dedicarse al comercio, y ha tenido éxito.

El israelita sabe cómo se hace para adquirir uno, dos, diez, veinte cortes de traje, con el sistema de introducir en las *colas* otros tantos individuos pegados con dos o tres rublos por corte, y la

experiencia lo lleva a establecer su comercio con una categoría de clientes que le son dignos: el campesino, el explotado campesino, siempre bien provisto. De este connubio resultan cambios ingeniosos, negocios inteligentes, cordialidad comercial. Todos saben quién tiene "medias" para ceder. ("Un fascista en los Soviets", págs. 61 y 62).

A propósito de la agresividad judaica en los crímenes políticos, escribió *Crisol* en su número del 1º de Diciembre de 1938:

"El atentado de París (del judío polaco Grynszpan contra el diplomático alemán von Rath), ha recordado que también fué un terrorista judío, Cohen Blind, quien planeó atentar contra la vida de Bismark en 1866; que el presidente de Norte América, Gárfield, en 1881 fué objeto de otro mortal atentado, cometido por el judío Charles Guiteau; que el primer ministro ruso Stolypin, murió en 1911 a manos del judío Bogorov; que el embajador de Alemania en Moscú, conde Mirbach, fué asesinado en 1923 por el revolucionario "social", el judío Blumkin, y que en 1936, Wilhelm Gustloff, fué víctima del atentado del judío David Frankfurter, quien quiso hacer así una manifestación política. Esta lista no es completa ni mucho menos. Pero basta para indicar la extraña participación de los judíos en los asesinatos políticos, habida cuenta del porcentaje de su número en la población total".

A nadie se esconde el desprestigio que sobre el rey Carol de Rumania, ha arrojado la tristemente famosa judía madame Lupescu. Nada valieron contra las maniobras judaicas los esfuerzos del doctor Goga, para dignificar a su nación; hubo de retirarse del poder exclamando: Venciste, Judá.

Ahora acaba de caer bajo las balas Cornelio Zelea Codreanu, abanderado de la lucha contra la prepotencia judaica. Los telegramas dijeron que fué muerto cuando al ser trasladado de prisión con 13 compañeros, pretendía huir. Este método de desligarse de enemigos sin compromiso aparente, es tan vulgar y tan simple, que no creo sea aceptado por ningún hombre sensato. Lo raro es que, de los trece compañeros de Codreanu, ni uno haya quedado vivo, aunque sea mal herido. De un tiempo a esta parte, los condimentadores de telegramas no aciertan ni una vez para dar en el clavo de la credulidad popular.

Judíos revolucionarios.

Rememoremos la colaboración revolucionaria judía en los años de la post-guerra.

Cedo la palabra al erudito escritor Walter Degreff:

"En la revolución espartaquista de Munich del año 1918, que fué una de las más terribles del movimiento general en Alemania en aquel entonces, mencionamos como elementos judíos y al mismo tiempo francmasónicos, las siguientes personas: el poeta Ernst Toller, Leviné-Nissen, Levien, Axelrod, siendo estos últimos tres verdaderas bestias; después Wadler (ex Adler, Aguila), el poeta Erich Muehsam (maestro masónico e hijo de rabino), Fechenbach, el famoso presidente de origen galiziano Kurt Eisner (ex Kosmanowsky), un tal doctor Neurath, Gustav Landauer y Ewinger.

Como uno de los episodios más trágicos de una nación, débese registrar la revolución en Hungría del año 1919. En ella los judíos habían erigido

una de las dictaduras más feroces, comprensible porque todos habían sido criminales de la peor especie. Justificaron su gloria. Aquí están: Kunfir (Kahn), Luksz, Diener-Denes, Bela Kuhn (Aaron Kohn), asesino múltiple; Tibor Szamuely, Alexander Garbay, (Gruenbaum) Bostanyi, Bienenstock), Ronay (Rosenstengel), Varga (Weiselbaum), Vice (Weinstein), Erdelyi (Eisestein), Bela Vagi (Salzberger), Bela Biro (otro Bienenstock). Todos, todos judíos. ¡Realmente valiosos elementos y representantes del Pueblo de Israel!

Durante los 131 días de gobierno de dichos criminales, la infeliz Hungría, solamente en material contante y sonante sufrió una sangría formidable. Los hijos de Judá, copiando a sus antepasados, cuando salieron del país de los Faraones, habían llevado afuera del país, en oro, joyas, etc., más de tres mil millones de coronas; 197 millones de coronas se fueron a Austria, para fomentar la revolución comunista.

Uno de los políticos más inteligentes y cabezas más esclarecidas de la primera mitad del siglo pasado, el príncipe de Metternich, dijo en 1849 lo siguiente: "En Alemania existen fuertes energías revolucionarias. En Alemania los judíos han ocupado los primeros puestos: *son los revolucionarios más atrevidos*. Son filósofos, escritores, poetas oradores, periodistas, banqueros, etc., teniendo en la cabeza y en el corazón toda la vieja vergüenza. *Traerán un día terrible para Alemania, al que probablemente seguirá para ellos una mañana terrible*". ("Judiadas", págs. 66, 67 y 68).

Los días trágicos preenunciados por Metternich, los estamos viviendo hoy en la furente revancha de un pueblo herido en sus más caros sentimientos

por este pueblo pérfido, hipócrita, y esquilmador por esencia, que apela a los derechos de todas las naciones que lo reciben, pero siempre esquiva sujetarse a los deberes que convienen al bien de la sociedad.

Siempre habla de las obligaciones que los demás tienen para su raza elegida; siempre habla de las deudas de los demás para con él, nunca de los beneficios recibidos ni de las maniobras farisaicas para escurrir toda responsabilidad que no esté dentro de sus normas mesiánicas. Si una nación descubre un procedimiento judaico solapado y se defiende, el judío desenmascarado se hace el inocente, el perseguido, el agredido, y forma comités y organizaciones *contra el antisemitismo, contra el racismo,* para embaucar a los mismos explotados. No dice que él constituye el pueblo que lleva la pasión racista hasta el erotismo. Con el común denominador del antisemitismo y antiracismo, se escuda, por lo menos cuando más arrecia la tormenta popular, dando tiempo para enderezar la opinión pública hacia otros factores. Sabe cuánto vale el poder del plomo de una linotype para confundir al pópulo cristiano. Los que lean estas líneas recapacitarán hoy cómo se levantaron hechos ascuas, cuando nuestros nacionalistas, como todos los sensatos y mesurados nacionalistas del mundo, denunciaron sus manejos subterráneos. Los grandes rotativos, por miedo, por defensa económica, por ignorancia o torpe mala fe, que no dijeron absolutamente nada o muy poco de los crímenes sin nombre perpetrados por el comunismo en la U. R. S. S., en México y España, se pusieron dócilmente a las órdenes de Judá para atacar a los gobiernos que los ponían en vereda. Al relatar he-

chos, no pretendo legitimar todos los procedimientos ni solidarizarme con los regímenes antisemitas. Cuando los dirigentes de la U. R. S. S., en su mayoría del pueblo de Israel, masacraban con sevicia a millones de cristianos rusos por medio de la Checa, G. P. U., Gugobes o Comisariato del Interior, las grandes empresas de información periodística, estaban como anestesiadas al respecto. En cambio, cuando Alemania, Italia o los árabes se defienden de esta plaga asoladora, todos se estremecen de compasión, se indignan, se rebelan, como si los rusos no fueran seres humanos. Explíquese el lector, si es que puede, este misterio, y sírvase popularizarlo para sacarnos de asombro.

Vaya un caso recientísimo y característico de la modalidad farisaica de este pueblo escogido. En "La Nación" del 27 de Octubre de 1938, se lee el siguiente telegrama de Jerusalén: "El gobierno ha anunciado que la cuota de inmigración a la Palestina ,durante los próximos seis meses, *se reducirá de* 6100 *a* 4860, *a pesar de las exigencias de los judíos para que se permita la inmigración hasta el punto en que pueda absorberla el país*".

De acuerdo con la *nueva cuota*, el número de inmigrantes *se reducirá a* 2020 *capitalistas*, que tengan por lo menos 5000 dólares cada uno; 40 artesanos con 1250 dólares cada uno; 200 rabinos y 1150 obreros, de quienes pueden depender otras 1450 personas, *exclusión hecha* de sus *esposas* y de sus *hijos*.

La táctica del fariseo hipócrita salta a los ojos del menos precavido. Realmente tiene esta raza, una mentalidad cuadrada. Veámoslo, si no.

La agencia *Imparcial* (judía), publica en la primera parte del telegrama, que no ingresarán a Pa-

lestina convulsionada por el despojo judaico empeñado en plantar de una vez *el hogar o patria israelita*, más que 4860 judíos. Se aparenta una reducción, pues antes ingresaban 6100.

En la segunda parte se descuentan las esposas y los hijos.

Suponiendo que la mitad son casados, tendríamos 2430 judías más; y calculando, lo que no es mucho en esta raza prolífica, que lleve dos hijos cada matrimonio, tendríamos 9620 judíos más. *Total*: 14.910, que en seis meses les adosarían a los árabes irritados ante esta avalancha que los desplaza de su territorio.

Concedido, argumentará alguno de mis lectores; pero, ¿es que los judíos no tienen derecho como cualquier otro pueblo, para habitar entre las naciones cristianas? ¿No son hombres iguales a los demás? ¿O tienen algún carácter psicológico racial que los distingue y los pone en la picota del desprecio ante los demás pueblos de la tierra?

Indudablemente, tienen derecho a la existencia. Sería un crimen negarlo. Pero sería también una estulticia negar que los otros pueblos tienen derecho a no ser despojados de sus derechos, y a vigilar para que no se perturbe su orden nacional. El verdadero amor comienza por hacer que el hombre se ame a sí mismo y a los suyos, y después a los demás.

Si una avalancha de inmigrantes influye para que sean despojados de sus derechos los hijos del país, está en el buen sentido de los gobernantes el impedir esta injusticia social.

Además, un pueblo que al decir de Sarmiento, rechaza la patria en que nace y muere, un pueblo como el judío, que perturba la economía de las

sociedades en que vive y de que no forma parte, que no tiene sentimiento humano ni apego a la tierra, que deja sin dineros a los nativos, y que considera a la Patria como un trapo viejo, ¿puede considerarse como otro cualquiera que se llega para engrandecer a la familia nacional, asimilándose por completo a nuestras costumbres, leyes, instituciones y directivas morales?

Ideal del juderío moderno.

Cuando queremos juzgar de un hombre, de un pueblo o de un ser cualquiera, enfocamos el criterio hacia sus finalidades. ¿Cuál es el fin, el ideal judaico?

Para que no creáis que me dejo llevar de alguna tendencia parcial personal, escuchad lo que dice un judío de hoy, Iser Guinzburg, quien, según el judío José Mendelson, "ha expuesto con brillo y notable competencia el origen y la formación del Talmud". (Pág. 10). En la traducción de esta obra, hecha por el judío Salomón Resnick, dice así: "El ideal judío consiste en la confraternización de toda la humanidad..., pero mientras no sea alcanzado este ideal, hasta tanto llegue esa *era mesiánica, el pueblo judío debe conservar su idiosincrasia propia, no debe mezclarse ni desaparecer en medio de las demás naciones*, de donde resulta que, *el aislamiento judío, el considerarse los judíos como pueblo elegido*, constituye por sí mismo un *medio* para la confraternización universal. (?) *El particularismo judío* es un paso hacia el *Universalismo*".

Stalin, usa hoy del resurgimiento espontáneo e incoercible del nacionalismo para expandir el in-

ternacionalismo. Coincidencias judaico-comunistas.

Más adelante dice el autor recién citado, que: "El judaísmo requiere buenas acciones y no hace hincapié en los pensamientos. El hombre debe hacer el bien, aunque fuese *con algún otro designio,* porque de un estado *interesado* llega *con el tiempo* a uno de *desinterés*".

Y concluye el libro con esta barbaridad: "El cristianismo se funda *exclusivamente en la fe,* y por eso no puede tolerar las ideas libres. El judaísmo exige hechos, y no le importa la ideología abstracta".

El cristianismo quemaba por las ideas *libres;* el judaísmo castigaba por las malas acciones. ("El Talmud". La ética, págs. 187, 189 y 190; edición de 1937).

Si el pueblo judío debe conservar su idiosincrasia, y para lograrlo no debe mezclarse con los otros pueblos, como lo hacen el italiano, el francés o el español; si el aislamiento judío, el considerarse pueblo escogido, su particularismo, es mirado por sus hombres cumbres como un paso a la confraternidad, que llegará sabe Dios cuándo. ¿Podemos considerar a este pueblo como a los demás que generosamente se confunden con nuestra alma nacional? A confesión de parte relevo pruebas. En esto está de acuerdo el autor judío con Sarmiento, cuando aseveraba que este pueblo rechaza la patria en que nace y muere.

Dice luego el autor mentado, que "el judío no hace hincapié en los pensamientos, y que el hombre debe hacer el bien, aunque fuese con otros designios".

¿No es esta afirmación la sanción de todas las ignominias e inmoralidades? ¿Acaso no hace mi

mano lo que piensa primero mi inteligencia? ¿El asesino no tiene antes el puñal en el corazón, y después en las manos? ¿Odiamos y amamos lo que pensamos o lo que ignoramos? Ved qué envilecido tiene el judío el sentido ético. Dice más: "Hay que hacer el bien *aunque fuese con otros designios*". ¿Qué entiende por Bien el judío? ¿La utilidad personal? ¿La familiar? ¿La de su raza elegida, que no debe mezclarse con las demás, según está mandado? ¿No hay, acaso, mil intereses de nacionalidad que están en contradicción con intereses de las demás nacionalidades? Entonces, ¿será para el judío un bien lo que es un mal para el cristiano gentil o cismático? Así colaboran estos al desenvolvimiento de nuestra nacionalidad.

Pero hay más. Supongamos que el judío realiza un acto que es indiferente en el concepto cristiano y el talmúdico. Ese acto, el cristiano no lo puede realizar si al efectuarlo tiene designios perversos, como sería el dar trabajo para corromper el alma. En cambio, el judío puede realizarlo, según el testimonio fehaciente del escritor. El judío no repara en *los otros designios* que lo guían, sino en la realidad presente.

Si esto se llama moralidad, me río de la moralidad.

¿Y qué decir de la infamia con que el judío juzga a nuestra ética? ¿Quién de entre mis lectores ha leído en un libro católico ni ha oído interpretar jamás un solo pasaje del Evangelio de donde se deduzca que se salvará *exclusivamente* por la fe? ¿No es ésta, precisamente, una de las fallas que continuamente repudiamos en el protestantismo, rama podrida del catolicismo? El autor mentado se ha olvidado de que, cuando pide imparcialidad

respecto del conocimiento del Talmud, debiera comenzar por practicarla con el Evangelio. Pero ya lo dijo Sarmiento: "este pueblo carece de sentimiento humano y de virtud".

Dice Guinzburg, que el Cristianismo no puede tolerar las ideas libres; y yo, repitiendo con mi débil voz las enseñanzas de la Santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana, he difundido a todos los ámbitos, por medio del micrófono, la sentencia de los Santos Padres de que, nadie puede creer a la fuerza, y que por ende, el que es protestante, budista, mahometano o judío, mientras permanezca en error invencible y no sea capaz de aceptar con libertad nuestros dogmas, debe ser respetado en sus creencias, porque Dios no quiere homenajes hipócritas y forzados. Dice que el *cristianismo quemaba* por las ideas libres, y confunde miserablemente a hombres cristianos más o menos instruídos, muchos de los cuales sólo tenían el nombre de cristianos, y obraban por intereses particulares con, *Cristianismo.* Las últimas palabras del autor sintetizan toda la ética judaica: "El judaísmo sólo castiga las malas acciones". Realmente así se manifiesta hoy día como fiel a su tradición. El judío puede elaborar los más horribles crímenes, puede planear lo más vil, puede engañar, por consiguiente, con un fin bueno para él.

Todo es según el color del cristal con que se mira.

Opinión de José M. Ramos Mejía.

Voy a citar a un autor cuya ideología derrumbará en mis contrincantes toda sospecha de prejuicio: al liberal y racionalista José María Ramos Mejía. Doy por descontado que al citar los hechos

que documenta, discrepo de la explicación que da a los mismos y de la generalización radical en que los embotella.

"El neurópata viajero que concurre a Salpetriére, el neurasténico errante que viene de los confines de Europa a buscar un alivio a sus males nerviosos, es siempre un judío; es el concurrente asiduo de todas las clínicas especiales de las capitales europeas, y errante de un lado a otro, *viajero eterno, movido* por un impulso incesante, no cesa en su carrera hasta que la postración de la demencia o el cansancio morboso de su astenia, lo retiene en el hospital. La fisonomía de todos expresa el sufrimiento, la laxitud y la desesperación; la cara adelgazada, los pómulos salientes debajo de dos carrillos agujereados, dice Meige, y la frente materialmente llena de surcos anchos, profundos, perdiéndose hacia arriba en el nacimiento de un cabello tan abundante como la barba; el ojo pequeño, triste y hundido, rodeado de círculos oscuros, y la nariz larga y encorvada, otras veces chata. Este retrato no es, seguramente, el del hombre feliz, sino, como dice Chamfleury, el de ese "viejo arrugado que arroja una mirada melancólica sobre los muros de las ciudades por donde pasa".

La nota dominante de su aspecto y sintomatología, es la *expresión dolorosa,* la *cefalea constante,* la *raquialgia,* las *perturbaciones dispéticas,* de los fenómenos oculares y de la sensibilidad general.

De todos los tiempos, *los judíos son los que han constituído las turbas más excitadas,* movedizas y caminadoras.

El judío delira fácilmente por disposiciones orgánicas propias, ya reconocidas por la ciencia; de la simple excitación mental pasa con facilidad y

casi sin transición a la locura... Es hoy un hecho de *notoriedad científica,* que existe en esa raza una disposición peculiarísima para todas las enfermedades mentales y nerviosas.

Sea por la frecuencia de los matrimonios consanguíneos, tan comunes entre ellos, o por otras causas, dice Jacoby, que la sordomudez y la locura son muy frecuentes entre los judíos, y la sordomudez es un padecimiento esencialmente degenerativo. Lo mismo sucede con el suicidio, que constituye otra de sus plagas. Según Lunier, la locura sería allí mucho más común que en los protestantes y en los católicos, lo que también podría atribuirse, dice, a la frecuencia entre los israelitas de los matrimonios consanguíneos. De los documentos recogidos por Legoit, resulta la misma cosa: que las enfermedades mentales son, en efecto, muy frecuentes. En Baviera, en Hannover, en la Silesia Prusiana, y en Wurttemberg, los censos especiales han demostrado el fondo de esta tendencia curiosa que *nos sirve para explicarnos muchas cosas de la psicología de los israelitas de aquel tiempo;* mientras los católicos dan un loco sobre 2006, y la misma cantidad sobre 2022 los protestantes, los *judíos dan un loco por cada* 1554. Por su parte, Luys agrega que las estadísticas de su clientela privada lo han dejado sorprendido al ver el tributo relativamente considerable que pagan a la locura. Bannister y Ludwig Kektoen, de Illinois, han demostrado, basándose en un censo muy completo que levantaron en 1888 sobre un número considerable de alienados, que la raza judía llevaba la delantera, particularmente para la *parálisis general,* la manía y la melancolía.

Ziemsem, judío de origen, autor de la "Enciclopedia Médica", se manifiesta del mismo modo sorprendido en presencia del gran número de enfermos del sistema nervioso, particularmente neurasténico, que ha encontrado entre sus compatriotas, y en las grandes familias de la aristocracia rusa.

Cuando no han podido reinar y han sido oprimidos, se han creído perseguidos; cuando se han sentido *ayudados* o *tolerados,* se han mostrado *exigentes y agresivos como nadie,* manifestando precisamente en esa tendencia de *perseguidos-perseguidores,* el virus degenerativo que viene circulando en su cabeza desde tiempos remotos y que ha inutilizado la raza, cuya *completa ausencia de sentido gubernativo es proverbial.* Uno de los signos de mayor perfeccionamiento en el cerebro de un pueblo, es su *aptitud para el gobierno propio* y para el progreso, y los judíos no han podido formar hasta hoy una nacionalidad ni sacar de su seno un principio de poder militar". (*La Locura en la Historia,* por José María Ramos Mejía. Obras Completas, VI, parte 1, págs. 99, 101, 104, 105, 106, 108 y 109).

Por algo dice Julio Alzogaray, en su libro *Trilogía de la trata de blancas*: "La figura abominable del judío tratante de blancas, fué una de mis mayores preocupaciones desde que ingresé a la policía a los catorce años de edad, en que sólo se reciben impresiones y poco o nada se observa o asimila". (Capít. 1, pág. 11).

Los que deseen datos concretos pueden consultar la lista impresionante de los socios de la siniestra sociedad *Zwy Migdal,* prontuariados por la policía

de la capital, publicada en la obra citada de Alzogaray (págs. 239 hasta 257).

El judaísmo constituye en todas partes un problema difícil de solucionar, por constituir esta raza como un cuerpo extraño metido en el cuerpo, que al extraerse desgarra dolorosamente el organismo.

El judío José Mendelson, en su prólogo a la obra "El Talmud", dice que la interpretación que los talmudistas "han fijado como *base de la vida de las masas israelitas* en sus respectivos tiempos, *ha ido transformando gradualmente a la religión hebrea* en una *concepción del mundo nacional*, convirtiendo al propio Dios en una *cuestión nacional*, en una especie de *numen del pueblo judío*, en una parte del genio creador de la *nación judía*". (Página 26, edición de 1937).

Así declaran los hebreos paladinamente, que constituyen una nación dentro de todas las demás naciones, un Estado dentro del Estado.

No creo que haya autoridades ni súbditos que se crean tan cándidos de que aquí harán los judíos una excepción a sus reglas. Los hechos demuestran lo contrario.

Judíos en la Argentina.

Es verdad que nuestra tierra abre de par en par sus puertas a todos los hombres de buena voluntad, pero no es menos cierto que esta libertad debe de tener sus límites y sus condiciones. Palestina enseña en estos días con su lucha sangrienta, a qué límites son capaces de llegar los judíos en sus pretensiones racistas y nacionalistas. Con su invasión

desmesurada del territorio palestinense, han puesto en jaque a la vida colectiva de los árabes, a quienes silenciosamente han pretendido desplazar de su dominio histórico. ¿Creemos que aquí no acontecerá lo mismo si no nos prevenimos contra los que, al decir de Ramos Mejía, "ayudados y tolerados se han mostrado agresivos como nadie"? En la República Argentina hay medio millón de judíos. Medio millón que, gracias al soborno, se agiganta aceleradamente, pues a pesar de las medidas restrictivas de inmigración, todos sabemos cómo abordan en la República del Uruguay o en Brasil, y de allí pasan muy luego a abrazar a sus paisanos de la diáspora argentina. Hasta se comentan públicamente connivencias de altos empleados, respecto de "brillantes" facilidades de desembarco...

Estando en prensa el presente volumen, nos enteramos por los periódicos, que la División de Investigaciones de la Policía de la Capital Federal descubrió una treta, gracias a la cual entraban clandestinamente en el país judíos expulsados de Alemania. Por medio del soborno, abonando $ 250, conseguían cédulas argentinas de identidad, gracias a las cuales se embarcaban en la República del Uruguay, como si fueran residentes antiguos de nuestra patria. Estos judíos eran, pues, corruptores antes que ciudadanos.

"Como se comprenderá, decía "La Nación" del día 11 de Diciembre de 1938, por este medio deben haberse introducido en el país — así lo supone también la policía — numerosos alemanes, *en su mayoría judíos*, que abandonaron su tierra de origen en virtud de las trabas opuestas por las autoridades de allí".

Pero esto no tiene importancia para la mentalidad judía. Ya dijo el judío Coralnik, que "cada línea de los códigos, de los libros de moral, de los documentos históricos y programas políticos antiguos o modernos está llena de mentiras". ("Gentiles y Judíos", pág. 178). Y Gerchunoff manifiesta que es propio de esta raza practicar el "disimulo y la duplicidad". ("Maimónides", página 218). Donde se asientan semejantes principios, no puede haber conciencia recta; donde no hay rectitud de conciencia no debe pedirse dignidad; donde no existe conciencia de dignidad para con uno mismo, no puede pedirse respeto para los demás.

Pero los judíos no se valen solamente de la ilegalidad. Apelan, cuando pueden y les conviene, a la legalidad, como cualquier hijo de vecino. Y como maestros en el arte de sacar interés, no podían desperdiciar el capital político que con el favor de sus votos prestaron al decrépito Partido Socialista.

Por esto melosamente uno de sus dóciles representantes, dijo en la sesión del 15 de Diciembre de 1938 en la Cámara de Diputados: "La Argentina, que se ha beneficiado con la inmigración de hombres provenientes de todas las razas del mundo, que tiene el orgullo de ser un criadero de razas, como ha dicho Justo, puede ahora aprovechar la persecución que se hace a los hombres de determinada raza, a los judíos, para *incorporarlos a su seno, y transformarlos* en un elemento que, con el andar del tiempo, *contribuya al engrandecimiento de nuestro pueblo*". (Palabras del diputado

Ghioldi, transcriptas por "La Nación" del 16 de Diciembre de 1938).

Lo que no han podido realizar 20 siglos de cristianismo en todas las épocas, climas, regímenes y culturas, espera este señor que lo realice la Argentina, desde hoy, con el *andar del tiempo*. Realmente estos socialistas son originales; no admiten el milagro divino y atribuyen un poder desconcertante mil veces más poderoso, a un simple factor de cambio. Porque después de oír a varones graves que, esta raza no se asimila, no se incorpora ni se transforma; después de escuchar de labios de los mismos judíos que, permanecerán obcecados en su racismo, se necesita candidez para emitir semejante juicio en plena Cámara de Diputados de una Nación como la nuestra.

Realmente, es para repetir lo que Calderón de la Barca, le hace decir a Segismundo en *La Vida es Sueño*:

Esto es sueño; y pues lo es
Soñemos dichas ahora
Que después serán pesares.

¿Quién ignora que el centro de Entre Ríos está en manos judías, y que el hebreo se siente allí como en su tierra nacional? Durante largas horas de viaje en ferrocarril, no sabe el viandante si atraviesa una región argentina o una nación judía. Todo, absolutamente todo, es judío. Dice el reputado escritor Juan Carlos Moreno: "Sé cuán vasta es la penetración judía en las provincias de Buenos Aires y Entre Ríos, pero me parece que su poderío está más sólidamente afianzado en Santa Fe. En la capital, en Rosario, en Rafaela, en Coronda,

en Virginia, en Ceres, en Palacios, en Hersilia, en San Gerónimo, en Reconquista, el comercio, la industria, las instituciones bancarias, los centros culturales, las profesiones, están en manos de los judíos. Algunas localidades son casi enteramente israelitas, como Moises-Ville, donde de 16 casas infractoras a la ley del trabajo, 14 pertenecían a firmas judías; Llami-Campbell, Villa, Las Toscas, colonia La Argentina. Todo es absorbido o dirigido, o controlado por las firmas comerciales judías, que en Santa Fe alcanzan estas dos máximas expresiones: Luis Dreyfus y Cía., y Bunge y Born Ltda.". ("Santa Fe Judaizada", págs. 7 y 8).

He recorrido este año las provincias de Catamarca, Jujuy y Salta, en ocasión de las grandes fiestas patronales, y en todas ellas he escuchado amargas quejas en contra de la penetración sigilosa israelita, que llega sin un centavo en el bolsillo, y se apodera de los dineros de los que llama goims, gentiles y cismáticos.

A nadie está prohibido comerciar; a todos está prohibido hacerlo en forma deshonesta y con métodos desleales, dobles, inmorales.

Vaya una noticia de último momento. La Federación Empleados de Comercio, acaba de ponerse en huelga. No discuto ahora ni la justicia ni la posibilidad de dar satisfacción a los deseos de la entidad. Refiero simplemente hechos. Deseosos los componentes de alcanzar solidaridad obreril, pegaron unos carteles, en los cuales invocaban como razón el patriotismo frente a la potencia patronal extranjera. La empresa zarandeada es judía.

Bastó que los obreros invocaran el patriotismo

de los demás, para que *"Mundo Israelita"* publicara en su número del 22 de Octubre: "Estas entidades (la Federación de Empleados de Comercio y Unión Cortadores de Confecciones, Medidas y Afines), en vez de limitarse al terreno exclusivamente sindical, *hacen incursiones en el campo racista"*.

¡Invocar, pues, el patriotismo, es ser racista! Decir que otro es extranjero, es un crimen. ¿Qué procedimientos democráticos usaron los hijos de Israel? Hable ',La Razón" de Buenos Aires del 10 de Diciembre de 1938. Dice así: "La Federación Empleados de Comercio, sostiene desde ayer un conflicto con la *Sociedad Comercial Israelita*, por haber aceptado esta entidad personal que no pertenece a la organización gremial, violando el convenio del 15 de Diciembre de 1937. Denuncia también la Federación Empleados de Comercio, que la Sociedad Comercial Israelita, *requirió los servicios de la policía*, intimándoles además a los huelguistas a que volvieran al trabajo *bajo amenazas"*.

De más está decir que, en los actos de protesta contra el racismo, los judíos serán quienes más abran la boca para gritar: humanidad y democracia... bajo amenazas.

¡Cuán cierto es que cuando más se invocan las palabras, menos se tienen las cosas que significan!

Nadie grita con voz más estentórea "¡fraternidad!", que los terroristas; nadie invoca con más brío los derechos de la República, que quienes no cesan de amontonar municiones para exterminarse; el conductor de un pueblo civilizado, hundido en la barbarie, es quien mejor canta al Progreso;

los que incitan al odio sin cuartel son los que se llaman redentores del orden social, los que levantan el puño y lo endiosan se llaman vanguardia de la cultura, y los que hace miles de años practican el Racismo judaico predican el antiracismo. No es posible usar más torpemente de la razón.

¿Para qué sirve la ciencia, si no ilumina a la conciencia, y ésta no domina a los instintos levantiscos?

A cuantos deseen ampliar detalles respecto de los manejos de los israelitas, les recomiendo lean: *El Pueblo, Crisol, Bandera Argentina, La Fronda, Il Mattino D'Italia, Clarinada, Criterio,* etc., donde hallarán sabrosa y abundante documentación.

¿Queréis saber qué sentido de responsabilidad moral tiene para el comercio, el judío? Enteraos de un método judaico entre mil.

Un hebreo va a abrir una casa de negocio. No tiene en el bolsillo un solo centavo. El Kahal deposita a su nombre en el Banco de Londres, por ejemplo, $ 20.000. Al solicitar mercaderías le piden responsabilidad. Indica que pueden pedir referencias al Banco de Londres. Desde el Banco contestan que el judío nombrado tiene depositados en su cuenta corriente veinte mil pesos. ¡Es una fianza segura! Pero, ¿qué pasa? Que una vez que le han entregado la mercadería, el Kahal retira los $ 20.000 puestos a nombre del hebreo, y los acreedores quedan sin seguridad. Si el judío vende, paga cuándo y cómo quiere, y de no, quiebra y desvaloriza la mercadería, y el cristiano se ve burlado. Según la moral judía, esto está muy bien hecho. El judío se ha hecho un bien. El señor Iser Guinzburg lo asegura en su obra "El Talmud",

cuando en la página 188 escribe que "el hombre debe hacer el bien, aunque fuese con algún otro designio, porque de un *estado interesado,* llega con el tiempo a uno de *desinterés*".

Otro método. Un judío se instala en un barrio y abre un comercio junto al similar de un cristiano. El Kahal le facilita mercaderías que por comprarse en cantidad ingente se pagan a un precio menor del que el cristiano debe pagar a su casa mayorista. Inicia el judío la venta a precios desconcertantes. Su método de vida y sus manejos sin conciencia, le permiten progresar unos meses en forma de acaparar a los clientes y hundir al fin a su competidor.

Cuando lo desplaza, eleva de inmediato los precios. Ha quedado dueño de la calle, o del pueblo. Ha perturbado a la economía en forma vil y en nombre de la libertad de comercio.

Juan Carlos Moreno, cita este caso de Santa Fe: "Se permitía deliberadamente que los empleados públicos se retrasaran en el cobro de sueldos, para que descontasen sus haberes en casas de prestamistas judíos, a intereses altamente usurarios. Se entiende que los rapaces talmúdicos *otorgaban buenas compensaciones.* Así se enriquecieron los banqueros judíos Iterman, que hoy se están apoderando de extensos campos gravados con préstamos hipotecarios. Los banqueros Iterman, hoy también establecidos en Buenos Aires, otorgaron un préstamo de un millón de pesos al gobierno de La Rioja, y se han adueñado de varias leguas de campo en aquella provincia". ("Santa Fe Judaizada", pág. 26).

El judío se muestra tan particularista en la Re-

pública Argentina como en cualquier parte del mundo, y aún más. En donde instala sus tabernáculos, juderías, ghetos o grandes barrios, planta sus sinagogas, sus teatros, sus escuelas nacionales, sus periódicos nacionales, sus cementerios nacionales, sus sociedades nacionales, sus colonias nacionales, sus hospitales nacionales, sus clubs nacionales.

Si alguno les contradice este particularismo, este exclusivismo, esta repulsión a mezclarse con las otras razas, este nacionalismo exagerado, este racismo, se revuelven, se demudan y gritan furiosos: ¡racista! De tolerados y ayudados se convierten, como dice Ramos Mejía, en exigentes y agresivos. Bajo la careta de perseguidos se escudan los eternos perseguidores.

Así los patriotas auténticos ven selladas sus bocas y destruídas sus tribunas, y el mal queda sin remedio.

¿Qué extraño es, entonces, que hombres con esta mentalidad exclusivista, llegado el caso vendan a la patria que los alberga, como a un estropajo, según escribió Sarmiento? Siguen los derroteros del traidor que vendió al Justo por treinta monedas. Como Judas besó la frente de Jesús, el judío no tiene empacho en besar la enseña patria para traicionarla. El negocio siempre es un bien para el judío. De los otros destinos que pueda tener una acción, no se preocupa.

Piedra de toque.

Para valorar el concepto que un pueblo tiene de las gentes, existe una piedra de toque infalible: la noción que se forja de la Divinidad. Cuanto más

profunda sea su especulación y su fe, más sentido humano habrá por repercusión.

Que el pueblo judío poseyó en el más alto grado esta comprensión hasta los tiempos de Jesús, nadie lo discute. Pero pensar que aún sigue en el patrimonio de este sentido espiritual supremo, sería un grave error. Es verdad que posee la Biblia, pero no es la letra la que vivifica, sino el espíritu con que se penetra su significado.

Oíd cómo se expresan hoy sus intelectuales: "A través del Talmud se ha elaborado una cultura *nacional religiosa*, por así decirlo, que *transformó* al *vetusto Dios hebreo. Jehová, Dios del Desierto* en un principio, y más tarde *Dios de los Profetas*, iracundo a la par que misericordioso, en un *Dios del pueblo judío* en el cautiverio, en una *Schejna*, en una *divinidad en reposo*, que anda vagando junto con los israelitas errantes y perseguidos a través de la diáspora, un Dios que llora el destino de su pueblo, y que lo mismo que los judíos, se levanta a media noche para gemir por las penurias de su pueblo y por el derrumbe de su país". Según esto, a nadie le extrañará que los judíos vean en la religión. "un *producto* de la labor espiritual del hombre. un eslabón en el desarrollo del pensamiento humano, una expresión de los sentimientos y expresiones del hombre". José Mendelson, en la obra mentada, págs. 23 y 11).

Cuando el racionalismo se apodera de la mentalidad de un pueblo, estas expresiones son naturales. La corrupción de lo óptimo es la peor corrupción.

El judaísmo, que fué escogido para conservar íntegro, hasta la venida de Jesús el depósito sobre-

natural de la fe, por la infidelidad a su vocación, por su deicidio, por la maldición que abogó para sus propios hijos, considera hoy a Dios, a Jehová, como una "*idea*", que se transforma con el correr de los años. Primero es el vetusto Dios hebreo producido por la mente primitiva del judío; después, el Dios del Desierto, que se eslabona en su peregrinaje sinaítico, y luego el Dios de los profetas, del pueblo cautivo, del pueblo en reposo, que responde simplemente a las expresiones y estados de ánimo del alma nacional judaica.

Vivir con tal concepto de la divinidad, es simplemente vivir sin ella.

A nadie ha de extrañarle entonces que el judío reverencie más al oro que a su Dios, y baile hoy la danza sacrílega de la fortuna, que bailara en el Desierto del Sinaí. Esto no empece a la pluma del judío Iser Guinzburg, para que asegure desfachatadamente que "los judíos ocupan *una posición superior* que los demás pueblos". ("El Talmud", pág. 186). Son la selección de la degeneración religiosa.

No escribo esto para que se los desprecie ni se los odie; que no es esto propio del cristiano, sino para que se los instruya, se prevengan los no judíos de sus manejos desgraciados, velen las autoridades por el tesoro de la fe de los pueblos que rigen con responsabilidad delante de de Dios, y las patrias civilizadas no se vean cercadas por sus tentáculos, tanto más peligrosos cuanto más silenciosos.

Vivamos en guardia frente a este pueblo que por su proclividad mercantil ingénita, posee un resorte internacional indiscutido. Vive de la revuelta,

porque aspira a medrar gracias al dolor de los pueblos que lo desprecian por errante y castigado por Dios. No olvidemos que, aunque internacionales por razón de la maldición que los dispersa, conservan un sentido nacionalista resistente, y por el Kahal colaboran para unificar sus planes y estrechar sus filas en un Estado. De esta forma, la cuestión judía no es sólo cuestión particular de un pueblo, sino que, además de asunto nacional es asunto político mundial. La cuestión judía es cuestión política antes que cuestión religiosa o de raza, pues los hebreos aspiran manifiestamente a realizar el cumplimiento de su raza escogida, superior a las demás en el mundo entero. Son mesianistas crónicos.

La habilidad del semita en la propaganda de sus ideas, su tendencia a la dispersión, su facilidad para el negocio, su carencia de sentido humano, su exclusivismo dentro de las naciones que lo alimentan, su principio mesiánico, su patriotismo judío, su organización religiosa nacional, su facilidad para amoldarse a las costumbres de los pueblos, su ilusoria superioridad, su tendencia a la agresividad cuando se les tolera, su predisposición a los trastornos nerviosos, lo hacen temible en la Argentina como en cualquier otra nación.

La tendencia a escalonar puestos privilegiados con habilidad indiscutible, la tenemos en forma irrecusable y alarmante catalogada por los fastos de la historia universal.

También en la República Argentina los judíos constituyen su *Bund*. El Partido Socialista les ha servido de magnífica careta, de tendencia menchevique. El Partido Comunista, adherido a la Ter-

cera Internacional de Moscú, hoy *Concentración Obrera,* representa a los bolcheviques, y aloja en su seno a los más exaltados judíos.

Constatad cuáles son los grandes barrios judíos, e inquirid cuáles son los resultados de las elecciones. Donde hay más judíos hay triunfo socialista revolucionario. Los mayores insultos que ha padecido la Iglesia Católica argentina, han provenido de ellos, directa o indirectamente.

A los argentinos y cristianos descastados, les hicieron pagar bien cara su adhesión al viejo y glorioso partido. Cada voto era el precio de un insulto a las tradiciones paternas. Esto se calla, se ridiculiza, se niega, pero no se desmiente.

El judío no entra como inmigrante judío en ninguna parte. Ingresa hipócritamente como francés, alemán, inglés, italiano, español, polaco o portugués. Cuando se siente fuerte, inicia en frase de Ramos Mejía, su agresividad. Herederos de los hipócritas y fariseos de que habla el Evangelio, no atacan de frente. Nadie saldría, si es buen cristiano, en su defensa, cuando ultrajan las tradiciones de su patria. Constituyen, pues: " ligas de Defensa de los Derechos del Hombre, comités para salvar a la Democracia, comités antifascistas y antirracistas, y al final adosan sus entidades contra el antisemitismo. No dicen contra el antijudaísmo, porque el mismo nombre los avergüenza. Como revolucionarios natos inician solapadamente, según Sarmiento, la venta de la patria que los abrigó generosa, y de la que no forman parte más que para esquilmarla. Esto es triste, pero esto es cierto.

Y entonces vemos que, hombres de hogares tradicionalmente cristianos, cuyos padres sentían re-

pulsión de convivir íntimamente con hombres de tan descentrados sentimientos, se llegan hasta los más altos funcionarios de la Nación para hacer sellar los labios, enmudecer la voz radiotelefónica y destruir, con una treta de bajo fondo, la cátedra de la verdad, de un sacerdote de Cristo, creyendo haber cumplido con esto un acto de elevadísima democracia. Como si fuera democrático ayudar a los que, al decir de Sarmiento, rechazan la patria en que viven y mueren.

A nadie debe injuriarse; a todos debe respetarse mientras no ofendan ni minen las leyes constitucionales; pero esto no quita que debamos prevenirnos, y llegado el caso, defendernos de los que al convertirse en perseguidos perseguidores, después de dejarnos sin dineros, pretenden dejarnos sin patria.

¿Cuántos judíos hay en la República Argentina? Según el *Manual del Saber Judío,* o Philo Lexi kon, publicado por una Editorial judía de Berlín el año 1937, habría 260.000 judíos que profesan la religión de Moisés. Judíos de raza, que no profesan la Ley, y judíos de sangre, mezclados con otras razas, unidos a los primeros, suman medio millón.

En el mundo entero, llegan a 16.120.000.

¿Sabéis lo que importa que dieciséis millones de hombres reciban esta consigna formulada recientemente en el *Congreso Mundial de la Prensa Israelita,* por el señor Goldmann: Los hebreos deben organizarse para su defensa, en cooperación de las fuerzas progresistas y democráticas del mundo y de los israelitas "norteamericanos", para resistir al antimetismo. La filantropía es insuficiente

para remediar la situación actual"?. ("La Nación", 28 de Octubre de 1938). ¿Creemos que los judíos, o sionistas, o hebreos, o israelitas, o semitas de la Argentina, se quedarán cruzados de brazos? Y esto, ¿no importa una cuestión judía aunque esté contra Sarmiento el parecer de algunos *padres de la patria?*

¿Para qué ha servido el fondo de defensa recolectado en todo el mundo, sino para pagar a la juventud sionista enrolada en Palestina y encargada de arrojar de su casa a los árabes?

¿Aún habrá imbéciles que cuando se apela a la democracia y al antifascismo, los secunden cándidamente con un mal sentido de humanidad? No advierten que hoy es contra los árabes y mañana será contra los argentinos.

Ojalá no lo veáis vosotros ni vuestros hijos; pero que a este paso el problema se llega, es indubitable. Negarlo es complotarse con el judaísmo. ¿Cuando al judaísmo lo estremece un temor cerval nada más que porque se toca el tema, no indica con esto que las cuentas no andan muy limpias?

Dije que había además del experimento ruso comunista, otro hecho de actualidad alimentado por los judíos, que da razón a Sarmiento cuando asegura que "pretenden dejarnos sin patria".

Judíos y árabes.

Volved los ojos a Palestina. Esta tierra que vivió en paz relativa bajo el dominio vergonzoso de los mahometanos, hoy está en pie de guerra, bajo el dominio poderoso de la garra dominadora de la orgullosa Albion.

¿Qué ha pasado? Una cosa muy simple. Los judíos pretendieron quitarle el predominio a los árabes, y sin contar para nada con el derecho histórico que les asistía desde hace miles de años como poseedores de la Tierra Santa, la invadieron en tal forma por medio de la inmigración, que en diez años llegaron a triplicar su número; hoy ascienden a la cifra de seiscientos mil los hebreos palestinenses. "La inquietud de los árabes, escribe Wiston Churchill, resultó natural. Tenían por delante la perspectiva de verse superados en número. Hubo de ponerse un freno a la *capacidad de absorción de Palestina*, que había ido más allá de lo que permitían sus medios". ("La Nación", 20-X-1938).

El judío marcado por Dios, que vaga pagando según su deseo, la sangre inocente que cae sobre su cabeza desde el Calvario, se rebela de tiempo en tiempo contra esta pena infamante. No se siente feliz, a pesar del dominio de la riqueza. Se ve despreciado doquiera pisa, porque mientras todos tienen patria, bandera, gobernantes respetados, moneda propia, tradiciones nacionales reconocidas, diplomáticos autorizados, ejércitos que los defienden, etc., etc., él no tiene nada de esto en castigo de su deicidio. Suma una muchedumbre ingente. Hoy cuenta este pueblo con cerca de 17 millones de súbditos. Posee en sus manos grandes capitales; tiene hijos eruditos más que sabios, y ha penetrado en las salas de los poderosos de la tierra. ¿Por qué no podrá preparar un atraco al poder, y utilizar toda su energía concentrada para dar un mentís a las palabras de Jesús?

Pasó la hora de los egipcios que lo dominaron,

la hora de los persas, de los griegos, de los romanos, de los seleucidas, de los árabes. Esta, dice ahora el pueblo de Israel, es nuestra hora. Arremetamos. Y no hay duda. Dicho sea en honor de la verdad, los jóvenes judíos con un móvil de idealismo apasionado han realizado esfuerzos titánicos para implantar en Palestina, de un modo solapado en un principio, y hoy en forma insolente, su dominio exclusivo. Reivindican la tierra de sus padres, con el mismo tesón con que recuerdan los judíos expulsados de España, las casas de donde los arrojaron los cristianos, y de cuyas puertas conservan aún las llaves, que se transmiten de generación en generación, para que sus hijos guarden rencor enconado a los cristianos que se defendieron de sus usuras y manejos subterráneos.

Así los árabes, de la noche a la mañana, se ven expulsados de sus casas y sus tierras, por obra de esta penetración astuta y prepotente.

Los que conocemos algo el odio racial de estas dos razas, no nos admiramos del terrorismo que hoy reina entre ambos bandos.

Los árabes no van a permitir así como así, que los arrinconen en cualquier parte, y menos los judíos, sus odiados y seculares enemigos. Si los israelitas reaccionan hoy en su mentalidad, los musulmanes también están en período de rejuvenecimiento idealista. La conciliación por división de territorio. no es posible.

"El sionismo, dice acertadamente Horacio Pedrazzi, no ha sido tan sólo un respiradero para la pobre gente israelita, que no sabía dónde vivir, sino que ha sido el *principio de un nuevo mesianismo*

judaico, de un salto en alto de toda la raza. El hecho de que después de dos mil años los israelitas volvían a poner el pie en Tierra Santa como amos, y que se cumplía de tal modo ese retorno a Jerusalén, tan suspirado en todas las oraciones de todas las sinagogas desde hacía siglos y más siglos, el hecho de que la dispersa grey de Israel encontraba por fin un punto de apoyo sagrado y político en el mundo, bajaba como un nuevo fermento en el corazón de los más descorazonados y humildes judíos, les prestaba un orgullo que desde remotas épocas habían olvidado. En la miseria moral de la dispersión al través de cien patrias distintas ellos sabían finalmente que había un puerto de refugio también para ellos, y que ese puerto era precisamente el soñado *reino de la tierra prometida,* la que los había acogido y salvado después de las desconsoladoras peregrinaciones en el desierto de Sinaí. Toda la raza ha renacido un poco con este fermento nuevo, se ha reforzado, ha vibrado y vibra de estremecimientos que parecían apagados. ("La Nación", 24 de octubre de 1938).

Con tal ahinco se han empeñado los israelitas en la constitución del nuevo reino palestinense, que sus elementos más decididos han llegado a declarar que desean que "Gran Bretaña se haga a un lado, retire su ejército de protección de Tierra Santa, y permita a los judíos de allí *terminar* con los árabes, que actualmente dominan por la fuerza la mayor parte del territorio de Palestina", publicaba el mismo periódico en un telegrama del mismo día y año.

¿Qué procedimiento usan los comunistas para la implantación de su ideal? El de los hipócritas ladrones y asesinos: el soborno, la fuerza brutal y

el asesinato. ¿Cómo lo llaman? ¿Qué verbos usan para decir que quieren exterminar a sus adversarios? Los verbos liquidar, depurar, limpiar. Los judíos usan el verbo "terminar". ¿Se equivocó Sarmiento cuando dijo que el judío no tiene sentimiento humano? ¿Se equivocó Sarmiento cuando dijo que el judío deja sin dineros y sin Patria? ¿No tiene fundamento Henry Ford cuando equipara la acción comunista con la acción judaica internacional revolucionaria?

Cuando un pueblo errante proclama sin pudor que está empeñado en perturbar todas las patrias, socavar toda economía, despojar a las naciones no judías y rematarlas como trapos viejos en los boliches de sus ghettos, ¿quién se va a extrañar de que usen como medios los instrumentos más viles?

Entre hebreos, la hipocresía, el fraude, la calumnia, el soborno, el sabotaje, la colaboración en todo movimiento están a la orden del día.

Un abogado y publicista judío holandés escribía a propósito del soborno como arma de combate, estas textuales palabras: "Entre los árabes indígenas existe vivísima agitación contra lo que ellos llaman el *peligro sionista*. Pero los árabes, y en especial los periódicos indígenas *se muestran muy accesibles al soborno*. Dada esta debilidad, perderán a la larga la lucha con nosotros". Citado por Henry Ford. El Judío Internacional. Cap. XV pág. 172).

¿No explica esta táctica siniestra, la conjuración del silencio de la Prensa mundial, respecto de la notificación de acontecimientos y tergiversación de los mismos, de notable trascendencia e interés para los cristianos?

Por una inmundicia digna de ser sepultada en el olvido, por un resfrío de un magnate de la banca judía, por un suceso policial que desconcierta a la moral pública, por un bochorno que hace desmedrar el prestigio de la autoridad nacional, llenan de papel impreso numerado, calles, plazas, vehículos y oficinas. En cambio, cuando hay algo que descareta al judío, nuestros periódicos, como ordenados a guardar silencio no dan ni siquiera la más escueta noticia. No hay que irritar a la fiera. Los colosos del papel impreso, necesitan mucho aceite, mucha energía eléctrica, mucho papel, torrentes de tinta para que puedan subsistir, y si llegaran a publicar ciertas notas, los matarían por hambre los dueños del dinero.

Mucho se ha discutido respecto de la autenticidad de los *protocolos de los sabios de Sión,* cuyos artículos decretan de una manera satánica el procedimiento que ha de emplear el pueblo de Israel en contra de los no judíos, los goims, los infieles; pero después de confrontar sus directivas con el proceso de los hechos que se desenvuelven día tras día, no podemos menos de convenir en que, es tal la consonancia entre el programa de los Protocolos y la realidad, que, de no haber sido escritos por los príncipes judíos resultaría este acuerdo el hecho más milagroso del presente. La casualidad no rige a la historia humana, porque la casualidad es una palabra sin sentido que oculta nuestra ignorancia. Los que se empeñan en desmentir la autenticidad de los Protocolos de los Sabios de Sión habrían de evitar cuidadosamente de que se cumplieran. Nada se gana con desmentir un programa cuando se realiza paso a paso. A

sus negaciones oponemos hechos, y los hechos no eliminan responsabilidades.

La iglesia católica.

¿Qué piensa hoy la Iglesia Católica respecto de los judíos?

Ia Iglesia Católica reconoce la altísima misión de este pueblo hasta la venida de Jesucristo, el Mesías prometido por Dios, delineado por los profetas, configurado por los escritores sagrados en los símbolos, hechos, personajes e instituciones del pueblo de Israel. En su Evangelio, divino por su doctrina, por su autoridad, por sus frutos, por su novedad, por su rápida implantación, por su inmutabilidad, por su adaptabilidad a todos los hombres de todos los tiempos, por su carácter divino y humano perfectísimo, y por su universalidad, encontramos la prueba irrecusable de la realización de la promesa mesiánica en la persona divina de Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre.

Vino el Hijo de Dios a redimirnos, y los de su pueblo no lo recibieron.

Después de repudiarlo lo asesinaron, y así cumplieron también las revelaciones de las Sagradas Escrituras. De este crimen colectivo se queja amargamente todos los años la Iglesia Católica, cuando el Viernes Santo le hace rezar a sus sacerdotes esta querella amorosa que pone en los labios de Jesús moribundo: "Pueblo mío, ¿qué te he hecho,, en qué te he afligido?, respóndeme. Porque te saqué de Egipto, porque te guié por el desierto cuarenta años, porque te alimenté con el maná, porque te introduje en una tierra feraz y buena, ¿por eso preparaste una cruz para tu Salvador?

¿Qué es lo que debí hacer por ti que no haya hecho? Yo te plante como una viña deleitosa y hermosísima y tú te has convertido en amarguísima e ingrata, y en mi sed me diste vinagre y abriste con una lanza mi costado. Pueblo mío, respóndeme. Yo azoté a Egipto con las plagas y la muerte de sus primogénitos y tú me entregaste a la muerte cubierto de azotes; yo te saqué de Egipto, dejando a Faraón hundido en el mar Rojo y tú me has entregado a los Príncipes de los Sacerdotes. Yo fuí delante de ti en la nube y en la columna de fuego y tú me llevaste al Pretorio de Pilatos. Pueblo mío, ¿qué te hice, respóndeme?

"Yo te alimenté con el maná por el desierto, te dí agua viva de la piedra, y tú me has dado hiel y vinagre; yo herí por ti los reyes de Canaán y tú has herido con una caña mi cabeza; yo te di un cetro real, yo te levanté con gran poder sobre todos los pueblos, y tú me has coronado con corona de espinas y me has colgado de un patíbulo". (Oficios del Viernes Santo).

La primera palabra de Jesús Crucificado fué la de perdón para los que lo mataban, porque no sabían lo qué hacían. Así evidenciaba con la práctica personal la doctrina de perdón fraternal que predicara. Naturalmente, este perdón se extiende a todos los hombres del mundo, del que no están excluídos los hijos del pueblo deicida si se convierten espontáneamente a su doctrina redentora. La Iglesia el Viernes Santo reza también por la conversión de los pérfidos judíos: pro pérfidis judaeis ¿Cómo se compagina entonces esta doctrina del perdón universal, de la fraternidad, e igualdad ante Dios y los hombres, con las persecuciones

que han sufrido los judíos de parte de los pueblos cristianos?

Lea usted, me decía hace poco un caballero, mostrándome el artículo sobre *El Estado Judío*, publicado por Theodor Woolff en "La Nación" del 10 de octubre de 1938: "A los judíos, dice este publicista, lo mismo que a los protestantes se los persiguió *por causa de su religión*, y desde el instante en que se hacían bautizar, se convertían en cristianos muy bien vistos, y a menudo honrados con altas dignidades en el Estado y en la Iglesia".

A esta objeción respondí de súbito con estas palabras textuales de León XIII. La Iglesia Católica precave que "nadie sea obligado contra su voluntad a abrazar la fe, como quiera que, según enseña sabiamente san Agustín, el hombre no puede creer sino queriendo". (Encíclica Inmortale Dei).

Por esto el único medio de expansión de la Iglesia Católica, es la predicación. "La Iglesia, dice el Código de Derecho Canónico, tiene el derecho y la obligación, independientemente de toda potestad civil, de enseñar la doctrina evangélica a todas las naciones". (Cánon 1322, párrafo 2).

El mismo Código enseña que "para que alguien esté sujeto a la ley puramente eclesiástica, se requiere y basta: 1º. que esté bautizado, 2º, que tenga uso de razón, 3º, que tenga siete años cumplidos, a no ser que el derecho disponga expresamente otra cosa". (Cánon 12).

La Iglesia cumple con un deber divino cuando ejerce su misión doctrinal entre todos los hombres del mundo. Cumple con un derecho cuando aplica sus leyes a los bautizados que están en edad canónica.

Recurrir al odio religioso o de raza, de nacio-

nalidad o de política con cristianos y con no cristianos, es un procedimiento que la Iglesia Católica reprueba, porque esto no es propio de hombres cultos ni de cristianos, sino de salvajes.

Si protestantes, paganos y judíos fueron perseguidos por causa de sus creencias, no lo fueron por inspiración de la Iglesia Católica, sino por católicos que buscaron en la religión, una razón de Estado o un pretexto para lograr sus intereses nacionales, civiles y políticos. Quien dice sociedad, nación o mundo cristiano, no dice cristianismo. No confundamos la doctrina con los discípulos, la ciencia con quienes la practican.

Hagamos ahora otra aclaración. ¿Es verdad que todos los enemigos de la Iglesia Católica son modelos de justicia y de honorabilidad? ¿Por ser adversarios o enemigos de la Iglesia Católica, serán santos y héroes de perfección? Para algunos miopes, basta que una persona sea enemiga de Cristo, para que ya merezca los honores de la apoteosis internacional. Esto se ve, pero esto se condena con razón. Lo hemos visto y se verá mientras haya ignorancias y explotadores que luchan con las mismas.

Todos aprendimos de las enseñanzas históricas que las naciones cristianas se vieron por momentos amenazadas con atentados políticos, económicos y religiosos, que constituían un serio peligro para el bien común. Un pueblo tiene derecho a defenderse de sus enemigos interiores y exteriores. Si los católicos creyeron en el pasado que debían defenderse contra judíos y protestantes, por constituir sus procedimientos un peligro social, no lo hicieron por odio a la religión o raza de sus adversarios, sino por título de legítima defensa de

los derechos inalienables de toda nacionalidad.

Es que a veces ciertos católicos recurrieron a medidas drásticas y a barbaries indignas de un discípulo de Cristo. Es verdad. Y esto la Iglesia no lo aprobó ni aprobará jamás.

El cristiano debe y puede defenderse con moderación, de suerte que su tutela no lo culpe; puede apelar a razones de defensa social; al perseguir los errores debe respetar las personas y tolerar civilmente los cultos extraños.

Si distinguiéramos siempre tiempos, personas, causas de las persecuciones, pretextos, e intereses reales, concordaríamos mejor los derechos de ambas partes y deduciríamos conclusiones más acertadas y puestas en verdad. No confundamos razones económicas, políticas y sociales con razones religiosas; razones de los representantes del poder civil, con razones de los representantes del poder religioso; no confundamos católico con ciudadano, pues un magistrado puede proceder por motivos civiles en defensa de su patria sin que esto importe que haya de señalarse su proceder con el único sello de su religión.

La Iglesia católica permite la defensa legítima pero condena con toda energía los métodos inhumanos, ilegítimos, injustos, vengan de donde vinieren.

Por esto, frente a la persecución judaica de estos días, digo con todas las fuerzas de mi alma que, los procedimientos drásticos usados en Alemania nacionalsocialista no pueden ser aprobados por ningún católico, aunque la culpabilidad de los hebreos fuese cierta y llegase al summum.

No es humano apelar a métodos injustos para recabar bienes nacionales, políticos o civiles.

Si del presente estudio se desprende el deseo de sembrar espíritu de previsión contra el dominio judío, conste que repudio el espíritu de exterminio del pueblo judío. Ataco injusticias, no personas; combato errores, no seres humanos. Claro está que, esto no lo entienden los materialistas que hacen primar a la carne y a la sangre sobre el espíritu; ni siquiera lo entenderán muchos judíos guiados por su criterio moral doble. No me importa; la verdad es más fuerte que los hombres.

Tan cierto es que la Iglesia Católica abomina las exageraciones que, Pontífices como Alejandro II, Alejandro VI, y Honorio III, ampararon a los judíos de las agresiones bárbaras que soportaban.

El historiador J. Marx, dice que "los judíos fueron amparados por los Papas, en cuyos Estados nunca se les movió persecución, y en los calamitosos tiempos del siglo XIV, casi todos los Papas publicaron decretos para protegerlos. Los judíos expulsados de España y Portugal, fueron admitidos por Alejandro VI en sus Estados, aún contra la voluntad de los israelitas establecidos en ellos.
El judío Gratz, hablando de la época de las Cruzadas, se ve obligado a confesar que "los príncipes y los ciudadanos abominaban de los asesinatos, y aún los prelados y el alto clero estaban de parte de los judíos". ("Historia de la Iglesia". Epoca Segunda, período IV, Cap. II, pág. 347).

Los judíos modernos reconocen paladinamente este amparo del Pontificado.

En la *carta abierta al cura párroco de Villa Devoto, Virgilio Filippo,* publicada en el "Der Argentiner Magazin", su autor, el judío V. Chernovetzky dice que las persecuciones hitlerianas y mus-

solinescas, "han sido firmemente repudiadas por el Papa".

Claro está que esto no importa, como aviesamente quieren propalar los judíos, socialistas, anarquistas y comunistas, que el Pontífice condene los actuales regímenes de gobierno, ni todas las razones de Estado invocadas, para prevenirse y defenderse contra el predominio judaico. Condena las exageraciones del nacionalismo, no el nacionalismo; condena los regímenes totalitarios y materialistas, no las dictaduras convenientemente transitorias y racionales que los pueblos se imponen para reprimir males mayores, como actualmente los del comunismo ateo; condena las religiones nacionales, los dioses nacionales que intentan la "loca empresa de aprisionar en los límites de un solo pueblo y en la estrechez de una sola raza a Dios". Protesta el Papa cuando ve que "con presiones ocultas y manifiestas, con amenazas, con perspectivas de ventajas económicas, profesionales, civiles, o de otra especie, la adhesión a la fe de los católicos, particularmente de cierta clase de funcionarios, es sometida a una violencia tan ilegal como inhumana. Nadie piensa, dice SS. Pío XI, en poner ante la juventud alemana tropiezos en el camino que debe conducir a una verdadera *unidad nacional*, y fomentar un noble amor por la libertad y una indisoluble consagración a la patria. A lo que Nos oponemos y debemos oponernos es al conflicto querido y sistemáticamente exacerbado, con la separación de estas finalidades *educativas* de las *religiosas*". "Si es verdad, prosigue el Papa, que la raza o el pueblo, el Estado o una de sus formas determinadas, y los representantes del poder estatal u otros elementos fundamentales de la socie-

dad humana, *tienen en el orden natural un puesto esencial y digno de respeto*; con todo, quienes sacándolos de la escala de valores terrenales, los elevan a la categoría de *suprema norma de todo*, aún de los valores religiosos, y divinizándolos con culto idolátrico, pervierten y falsifican el orden creado e impuesto por Dios, están lejos de la verdadera fe en Dios y de una concepción de la vida conforme a ella". (Carta Encíclica de SS. Pío XI, acerca de la situación de la Iglesia en el Reich Germánico).

La historia testimonia que las benevolencias de los gobernantes para con los judíos no fueron recibidas por estos en la mayoría de los casos más que como señales de debilidad y ocasiones para insolentarse en contra de sus bienhechores. Por esta razón los mismos Pontífices, que siempre han clamado contra las injusticias cometidas contra ellos, se vieron precisados a dictar órdenes especiales y severas.

"El Papa Gregorio XIII prohibió por una Bula, el *ejercicio de la medicina* a los judíos en los estados cristianos; y Paulo IV dispuso, en otra, que todos los judíos, tanto varones como mujeres, llevasen una *señal de color amarillo*, para ser distinguidos de los cristianos. Las mismas bulas dicen que los judíos estarán sujetos a todas las leyes del país en que estén tolerados. Inocencio IV y Clemente VIII, les mandaron después que quemasen su Talmud, y este último papa, por una Bula del año 1592, los expulsó de todas las tierras de su dominio *por sus exorbitantes usuras*. La mayor parte de los decretos que acabamos de ver, son leyes de policía que no exceden los límites de los estados del legislador que las publicó".

("Diccionario de Ciencias Eclesiásticas", por los doctores Niceto Alonso Perujo y Juan Pérez Angulo. Tomo VI, pág. 155).

Podría objetarme el lector: ¿y las guerras de religión? Son de una evidencia histórica irrefutable. La Iglesia Católica las ha permitido como medios defensivos de los derechos de sus hijos, no como ofensivos de otros derechos legítimos. El Catolicismo no puede permitir en principio que sus hijos sean degollados impúnemente. Enseña la bondad, el perdón y la caridad sobre todo, pero no la estupidez. Hoy como en el pasado, tenemos ejemplos palmarios de esta verdad, que sin duda enseñarán a nuestros adversarios a ser más prudentes en sus métodos de gobierno y en la promulgación de sus leyes; España enseña que las creencias no se pisotean y se aniquilan por un decreto o una ley.

No queremos que nadie crea en Jesucristo por la fuerza, pero no queremos que nadie nos obligue a renegar de Jesucristo por la fuerza.

La inquisición española.

¿Y la Inquisición?

Ya hablé detalladamente de este asunto intrincado, falseado y exagerado en mi primer libro intitulado: *Mírame en estampa aquí*, que publiqué el año 1928. Ahora sintetizo y aclaro:

¿Qué significa la palabra Inquisición, tan diabólicamente interpretada por novelistas con visos de historiadores imparciales?

"La Inquisición, dicen los doctores Cance y de Arquer, en su "Comentario al Código de Derecho Canónico", es la *indagación* del Superior hecha

legítimamente para descubrir el crimen y el autor". (Tomo II, título XIX, cap. 2).

Desde que apareció el Cristianismo, hubo legiones de hombres e instituciones empeñadas en exterminarlo. Césares, paganos, judíos, revolucionarios, sofistas, retóricos, etc.

Estados católicos pidieron colaboración a la Iglesia de Roma para defenderse de los enemigos del bien común. La Iglesia estableció entonces la Inquisición para indagar y descubrir a los herejes catalogados como insidiosos, que subvertían la *unidad del Estado nacional;* constatado el crimen de lesa soberanía, el Estado aplicaba el castigo. Estado e Iglesia se defendían mutuamente de sus enemigos solapados, peores aún que los agitadores manifiestos. Se trataba de la Defensa de la Religión del Estado, y por ende, de la existencia de la unidad nacional. Al defender a la Religión, defendían a la Nación.

Gobernantes pidieron al Pontífice de Roma autorización inquisitorial para que sus iglesias nacionales colaboraran con el Estado; el Sumo Pontífice concedía tal favor dentro de expresas condiciones, para que los jueces fuesen competentes y para que se salvase con la patria la civilización cristiana.

No olvidemos que los herejes y falsos conversos judíos de ayer, eran ni más ni menos que los revolucionarios de hoy.

Se abusó de la razón nobilísima de este tribunal. ¿Y qué? ¿Creemos que los hombres de antaño eran menos intrigantes, maliciosos e ignorantes, que los de hogaño? Si abusaron los hombres, ¿qué culpa tiene el Evangelio? Si los gobernantes políticos torcieron la trayectoria de la Inquisición, ¿qué

culpa tienen los Pontífices? Si abusaron los católicos españoles del siglo XIII, ¿qué culpa tenemos los católicos del siglo XX?

Nada tuvo que ver la Iglesia de Roma, ni en las barbaridades inútiles que pudo cometer el brazo civil, ni en las desorientaciones y extralimitaciones que se cometieron a nombre de un tribunal creado para fines tan laudables. La Inquisición, repito, indagaba crímenes y autores; no aplicaba penas, aunque así lo pinten novelistas truhanes, vendidos al oro masónico judaico.

Hubo jueces que eran instrumentos dóciles de gobernantes apasionados, y esto sirvió para que se confundiesen, exagerasen y explotasen villanamente los defectos de práctica con la finalidad sublime de este tribunal.

Donde hay ilustración religiosa se desea la existencia de la Inquisición, es decir, de un tribunal que indague con nobleza los crímenes religiosos. y condene el mal dondequiera que esté.

Los católicos pedimos simplemente que, cuantos nos arrojan al rostro las fallas de ciertos cristianos descentrados, tengan por lo menos la vergüenza de no hacer hoy, después de largos siglos de experiencia, lo que ellos condenan en quienes vivieron en siglos de hierro.

Los hombres sensatos de hoy prefieren sin duda alguna un tribunal inquisitorial a los procedimientos de la Checa comunista o a los progroms alemanes. Para obviar las dificultades, conviene discernir la Inquisición en general y la española en particular.

La Inquisición española se implantó con fines de unificación nacional y como instrumento peculiar defensivo contra los falsos conversos judíos.

El eximio escritor Ramiro de Maetzu, recientemente asesinado por los rojos de la España leal a Moscú, escribió estos párrafos sesudos: "Frente a los judíos, *que son el pueblo más exclusivista de la tierra,* se forjó nuestro sentimiento de catolicidad, de universalidad.

El principal cuidado de la religión de Israel es mantener la pureza de la raza. No es verdad que los judíos constituyan en primer término una comunidad religiosa. *Son una raza.* Creen en su propia sangre y no en ninguna otra. Son la raza más pura del mundo, porque han evitado cuidadosamente mezclarse con las otras, desde los tiempos de Esdras, a quien llamaban los hebreos, "príncipe de los doctores de la Ley", y en cuyo libro de la Biblia puede verle el lector, rasgándose las vestiduras de indignación al oír que los judíos se habían casado con gentiles, por lo que les dice que las otras tierras son inmundas". Y por tanto, no deis vuestras hijas a sus hijos, ni recibáis sus hijas para vuestros hijos, *ni procuraréis jamás su paz y prosperidad"* (IX, 12), y finalmente les exhorta a que: "Hagamos un pacto con el Señor nuestro Dios, que echaremos todas las mujeres (extranjeras), y los que de ellas hayan nacido". (X. 3).

La prueba de no ser una comunidad religiosa en primer término, es que *no quieren prosélitos.*

Cuenta Israel Friedlander que, cuando se admitieron, fué siempre: "bajo la condición expresa de que, con ello abandonaban el derecho a ser *judíos de raza".* Por esta causa fueron rechazados los *samaritanos,* que profesaban su religión, pero que no procedían de su sangre.

Y de otra parte, *un judío sigue siendo judío*

cuando abjura de su fe. Por ello precisamente nos obligaron a establecer la Inquisición. No podíamos confiarnos en su conversión supuesta, porque la Historia enseña que los judíos pseudocristianos, pseudopaganos o pseudomusulmanes, que adoptaron cuando así les convino, una religión extraña, vuelven a la suya propia en cuanto se les presenta una ocasión favorable, y aunque tengan que esperarla varias generaciones.

Cuenta el historiador Walsh, que en 1284 pagaron en Castilla 853.951 judíos varones y adultos el impuesto de tres maravedises por cabeza, lo que indica que el número total de judíos era de *cuatro a cinco millones,* en una población total que se calcula en 25 millones de habitantes, y que la peste negra redujo a la mitad.

Si hubo un momento, hacia el siglo XII, en que la raza judía se mezcló con los españoles, no tardó su ortodoxia en volver, como Esdras, por la pureza de la sangre y la *absoluta separación de razas.* Son el ejemplo que ofrecen los mejores antropólogos para demostrar que *el influjo de la herencia* es más poderoso que la *adaptación al medio* en el destino de una raza.

Cuando abrigaban el intento de alzarse con España, no era para convertirnos a su religión o igualarnos con ellos, sino para poder cumplir mejor con los preceptos del *Deuteronomio,* que establece de una vez para siempre, *la duplicidad de su moral*: *"Prestarás a las demás naciones y no recibirás prestado de ninguna". "Al extraño cobrarás intereses; al hermano no se los cobrarás".* Y fué por la repulsión que produjo esta *doble moral* entre los españoles, a medida que se fueron dando cuenta de ella, por lo que no prevaleció su inten-

to de alzarse Israel con la Península. San Pablo lo había dicho ya: *et omnibus hominibus adversantur*, "y son enemigos de todos los hombres". (I Tes. 11, 15). "Defensa de la Hispanidad. La Hispanidad en crisis. Contra moros y judíos", páginas 184, 185 y 186, Edit. S. Francisco, Chile).

¿No tenía razón Sarmiento cuando afirmaba que el pueblo judío rechaza la patria en que vive y muere, y carece de sentimiento humano?

¿Qué acaba de afirmar una autoridad indiscutible como la de Ramiro de Maeztu, sino que es el pueblo más exclusivista de la tierra, que tiene orden de no procurar jamás la paz ni la prosperidad de los gentiles o pueblos que les son extraños, aunque sean de la misma religión como los samaritanos, por no ser de la misma raza?

Después de leer las palabras transcriptas del gran pensador español, no me extraña su muerte trágica en manos de los rojos españoles. Conociendo hoy a ciencia cierta la penetración comunista de Moscú en lo que se llama la España leal a las infames directivas del Soviet, y por otra parte enterados de la ligazón de judíos con comunistas, no me extrañaría que el día de mañana nos enteraran haber influído en la muerte de este eminente hombre de letras una inspiración judía.

La doble moral de que habla Ramiro de Maeztu es tradicional entre israelitas. Siempre utilizaron la duplicidad, el disimulo, la hipocresía, con arte excepcional. En el Evangelio tropezamos a cada paso con la reprensión amarga del Redentor, que los llama hipócritas, porque siempre le preguntan no para aprender, sino para insidiar, para hacerlo caer en contradicción o en engaño.

Primero, lo halagaban, lo incensaban, lo llama-

ban Maestro, bueno, veraz; y luego, como hábiles en la doblez, le preguntaban: ¿Es lícito pagar la contribución?" Si Jesús decía que sí, por estar los judíos bajo el yugo romano lo harían odioso al pueblo oprimido, y si decía que no, lo acusarían ante el procurador de Roma como subversor. Sólo la ciencia divina podía responderles y desbaratarlos, como lo hacía Jesús cuando les respondía: "Hipócritas, por qué me tentáis? Dad a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios".

Otra vez quieren ponerlo en contradicción con Moisés y le presentan una mujer adúltera, quien según ley debe morir apedreada. Se gozan sus enemigos sospechando el apremio del Divino Maestro para dar solución ecuánime y mostrarse a la vez misericordioso. Jesús los desbarata nuevamente, manteniendo el respeto a la Ley, cuando después de escribir en el suelo, probablemente la lista legal de los acusadores, se endereza y dice: "El que de vosotros se halle sin pecado, tire contra esta mujer el primero la piedra." Como los hipócritas aún permaneciera en contra de la desgraciada, se inclinó Jesús de nuevo, para unir al nombre de la lista legal los pecados personales. Los acusadores se trocaron en acusados y entonces huyeron llenos de confusión.

Los Evangelios.

No me sentiría satisfecho si no transcribiera, a propósito de la hipocresía ancestral judía las palabras con que Jesús profligara a los escribas y fariseos.

Narra San Mateo en el capítulo XV de su Evangelio que dirigiéndose a Jesús "ciertos escribas y

fariseos que habían llegado de Jerusalén le dijeron: ¿Por qué motivo tus discípulos traspasan la *tradición* de los antiguos, no lavándose las manos cuando comen pan? Y El lés respondió: ¿Y por qué vosotros mismos traspasáis el *mandamiento de Dios* por seguir vuestra *tradición?* Pues que Dios tiene dicho: Honra al padre y a la madre; y también: Quien maldijere a padre o a madre, sea condenado a muerte; mas vosotros decís: cualquiera que dijere al padre o a la madre: la ofrenda que yo por mi parte ofreciere redundará en bien tuyo, ya no tiene obligación de honrar o asistir a su padre o a su madre: con lo que habéis echado por tierra el *mandamiento* de Dios por vuestra *tradición.* ¡Hipócritas! con razón profetizó de vosotros Isaías, diciendo: *Este pueblo me honra con los labios: pero su corazón está lejos de mí.* En vano me honran enseñando *doctrinas y mandamientos de hombres.* (vrs. 1 al 9).

Y en el capítulo XXIII el mismo evangelista dice que Jesús profligaba a los personajes de Israel con estas imprecaciones: ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!, que cerráis el reino de los cielos a los hombres; porque ni vosotros entráis ni dejáis entrar a los que entrarían, (impidiéndoles que crean en mí). ¡Ay de vosotros conductores de ciegos!, que decís: el jurar uno por el templo no es nada, no obliga; mas quien jura *por el oro* del templo está obligado. ¡Necios y ciegos! ¿Qué vale más, el oro o el templo que santifica al oro? Y si alguno (decís) jura por el altar, no importa; mas quien jurare *por la ofrenda* puesta sobre él, se hace deudor. ¡Ciegos! ¿qué vale más, la ofrenda o el altar que santifica a la ofrenda? ¡Serpientes, raza de víboras! ¿Cómo será posible

que evitéis el ser condenados al fuego del infierno? (vrs. 13, 16, 17, 18, 19 y 33).

Un testimonio del vigor del mandato de Esdras, de no dar sus hijas a los gentiles o cristianos o goims o cismáticos, utilizando la hiprocresía, lo tenemos en el telegrama que acaban de publicar los periódicos y que transcribo de La Razón de Buenos Aires, del 17 de noviembre de 1938. "The Daily Express" anuncia que la Scotland Yard (Central de policía de Londres) reveló que una oficina de matrimonios secretos fomentaba los *casamientos de conveniencia* con objeto de que acaudaladas judías alemanas puedan adquirir la nacionalidad británica, casándose con trabajadores o desocupados británicos, a quienes pagan 60 libras esterlinas, (poco más de mil pesos argentinos). A estar a la misma información, los agentes de la citada oficina se apersonaban a los novios en perspectiva, y les ofrecían las 60 libras, trajes adecuados y todos los gastos pagos, con tal de que se casaran con una judía. También les hacían firmar, cuando aceptaban, un documento comprometiéndose a no hacer vida común con la esposa, una vez cumplida la ceremonia matrimonial."

Así con la habitual duplicidad moral pisotean sin escrúpulos la dignidad de los gentiles y las leyes de las naciones, incitando al disimulo para concluir en un rotundo desprecio de los pobres desgraciados que, al comprometerse a tales manejos se veían asediados por la policía, pues se dieron casos de acusación por bigamia, según el mismo periódico.

Los que, según Jesucristo, no reparaban en poner el oro sobre las majestad del templo, y la ofren-

da sobre la santidad del altar, no es extraño que utilicen estos métodos.

Cuando los Reyes Católicos los expulsaban de España recurrieron también al oro para corromper a los mismos monarcas. Comisionaron a un judío para que ofreciese a los Reyes una donación de treinta mil ducados que se destinarían para los gastos de guerra contra los moros.

Enterado Torquemada, inquisidor general, de la duplicidad de la treta armada por los judíos, requirió audiencia a los Reyes, y estando en presencia de ellos mostróles un crucifijo y les dijo: "Judas vendió a Cristo por treinta monedas de plata; Vuestras Altezas le váis a vender por treinta mil", y arrojando el Cristo sobre la mesa exclamó: "Tomad y vendedle."

Autores judíos.

Fuera del Talmud no hay escritura sagrada y respetable para el judío.

Según asegura el judío Abraham Coralnik en su obra: *Gentiles y Judíos,* recién publicada, "cada línea de los códigos, de los libros de moral, de los documentos históricos y programas políticos, antiguos o modernos, están llenos de mentiras, como unas granadas, dulces al principio y ácidas luego, y brillan como aquellas cual espejos". (Pág. 178)

¿Qué respecto puede merecerle a un judío lo que un cristiano diga, haga y piense, con semejante criterio? ¿Qué importancia van a darle al escrito de un cristiano, los que según el mismo judío Coralnik, se jactan de ser los únicos que de la Biblia conocen "todos los matices de aquellas pala-

bras: (Reino del cielo, Hijo del Hombre o el Mesías?'' (Gentiles y Judíos, Pág. 45).

Creo que lo que antecede basta para demostrar que a los judíos se los debe respetar como hombres pero no se los puede considerar como nobles compatriotas. Ellos mismos lo confiesan. El mismo judío Mendelson dice en la obra citada que la base de la vida del pueblo judío ''ha sido enteramente religiosa; digo *Nacional-religiosa.*'' (El Talmud, pág. 22).

De tal manera se diferencian de la civilización cristiana que, se idearon en ese pueblo órdenes severas, que los hijos de Israel habían de cumplir, para distanciarse en forma esencial de todo pensamiento renovador infiltrado por el espíritu del Evangelio.

No invento; para que me creáis reproduzco un último párrafo del judío Guinzburg; dice que en el Talmud ''estableciose la *prohibición* de mantener relaciones con los judeocristianos, de emparentarse con ellos, de comer de su *schjita* (matanza ritual) de emplear su pan, su vino y aceite. Un rollo de la Ley escrito por un cismático (cristiano) debía ser quemado, en parte porque se sospechaba que lo hubiese adulterado. Implantáronse muchas costumbres nuevas, aboliéndose algunas antiguas, *a fin de que los cristianos no mantuvieran pruebas para afianzar sus opiniones.*'' (El Talmud, pág. 119).

¿Qué significan los ghettos o grandes barrios judíos sino una resonancia de esta prohibición de mantener relaciones con los cristianos, aunque sean argentinos, fuera de aquellas que se necesitan para comerciar? Ellos pueden despotricar por medio del disfraz de un partido proletario socialista,

anarquista sindicalista o comunista en contra de las costumbres, ideas y sacerdotes católicos, en los demás barrios de la ciudad, pero cuidadito con que a ningún católico se le antoje ir a arremeter contra sus atropellos en las juderías o ghettos. Respecto de la prohibición de emperantarse con los cristianos, es verdad que ellos son libres de hacerlo, pero es verdad también que contradice esta orden prohibitiva talmúdica al espíritu de asimilación prohijado por nuestra Constitución nacional.

Nosotros tenemos un Matadero digno de servir de modelo a los del mundo; pero el judío debe tener matanza aparte.

El erudito periodista profesor Juan José de Soiza Reilly dice que "los propios judíos decentes nos dan prueba de su honestidad, no permitiendo que los delincuentes de su raza sean enterrados en el mismo cementerio de los judíos honrados." (El judaísmo visto con ojos argentinos. Pág. 12). Realmente, los hebreos no se contentan con pretender cementerio aparte para no contaminarse ni después de muertos con los gentiles, cismáticos goims o cristianos, como despectivamente nos llaman, sino que, cuando tienen un criminal nos lo arrojan a la cara.

Entre tanto en nuestra tierra libérrima se le prohibe esta interdicción a la Iglesia que sostiene el Estado, siendo, como es, un medio de enseñanza moral. Así los extraños viven con más derechos que los hijos. ¡Viva la igualdad! ¿Queréis otra prueba evidente del fundamento que tenía Sarmiento cuando dijo que este pueblo "carecía de todo sentimiento humano y de culto a la virtud"?

Oíd lo que dice el judío José Mendelson en la

introducción a la obra El Talmud de Guinzburg: "Bajo el concepto de *Talmud* deben entenderse *las maneras de interpretar* el antiguo régimen de vida y *las leyes consignadas en la Biblia,* así como *el amoldamiento de éstas a las nuevas condiciones de la vida,* que cambian permanentemente y se modifican sin cesar para todos los pueblos y más para el pueblo judío, en su calidad de *nación errante y perseguida,* carente de territorio y de un centro político." (Pág. 25).

¿Cumple el judío con estas leyes? Que responda el mismo autor en la página siguiente: "hoy en día son muy escasos los que lo hacen"

¿Qué moral tiene entonces este pueblo? Con qué principios se rige? Si su particularismo no le hace aceptar la moral de los principios cristianos de las naciones en que vive, y por otra parte confiesan que pocos interpretan las leyes talmúdicas en la práctica ¿qué puede esperarse de él?

¿Véis con cuánta razón dije al principio que este pueblo es el pueblo de las contradicciones, el continuo agitador de las ideas, el revolucionario por excelencia, el que, al decir de Sarmiento, rechaza toda patria, y cuando puede la vende como un trapo de sus boliches?

¿A quién le va a extrañar que de un pueblo racionalista, egoísta, individualista, que no repara en los pensamientos y sólo acepta hechos saliesen los revolucionarios comunistas, que no hicieron más que explayar las ideas neuróticas concentradas en sus cerebros alucinados?

Si eternamente se empeña el judío en no asimilarse a los pueblos que lo cobijan humanitarios, eternamente estos pueblos deben cultivar por razón patriótica un antisemitismo defensivo de sus de-

rechos, no sea que les pase lo que a los árabes hoy día.

Moralmente hablando debe existir el antisemitismo. Nuestros principios morales no están de acuerdo con los del judaísmo talmúdico. Esta discrepancia fundamenta un antisemitismo moral.

La Sociedad Hebráica Argentina publica en la página 94 de la obra del VIII centenario de Maimónides (año 1935) que "Dios" no ha autorizado a aprender de los *profetas* sino de los *sabios,* esto es, de aquellos que presentan razones y opiniones." Traspasan el mandamiento divino con opiniones humanas.

¿Queréis opiniones de Maimónides, a quien llama el judío Joseph Klausner "el grande entre los grandes que el judaísmo renovador produjo desde los tiempos de los profetas hasta hoy? (Obra citada, pág. 266). Pues leed estas opiniones paladinas: Jurad en vano si es preciso y perjurad sin temor. Fuí perjuro y lo seré diez veces más, si es imprescindible para salvarme (¿el negocio?) y para salvar el *derecho de ver el mundo con mis ojos de adentro y no con los del cadí* (juez)." Con estas normas inmorales griten bien alto los demagogos de que el peligro judío no existe. Pobres comerciantes cristianos con semejantes sentencias. ¿Qué seguridad puede tener la economía nacional frente a un pueblo que vuelca tales doctrinas en la página 225 de una publicación oficial, conmemorando al más grande de sus hijos desde el tiempo de los profetas?

En la página 114 de la misma obra autorizada por la Sociedad Hebráica Argentina, con sede en la calle Callao 348, el judío Ajad Haam escribe:

"Séame permitido señalar *incidentalmente* que S. D. Luzzatto atribuye a Maimónides otro error pernicioso: el de haber hecho de las *Opiniones* la base de la perfección, eliminando así toda diferencia entre el justo y el impío, en cuanto que *también robando, matando, codiciando*, el filósofo puede conquistarse la vida eterna, *que no depende de las virtudes morales.*"

¿No tuvo razón Sarmiento, cuando dijo que este pueblo carece del sentimiento de la Virtud? (Tomo 36 de las Obras de Don Domingo Faustino Sarmiento, pág. 177 y 178).

Hoy lo asegura el judío Guinzburg desfachatadamente en su obra *El Talmud,* pág. 190: "el judío exige *hechos* y no le importa de la ideología abstracta". Hechos, negocios, cambios, intereses, capitales, fábricas, revoluciones, muertes, robos, perjurios, siempre "hechos", no importa qué calidad los caracterice, no importa si son buenos o malos, patrióticos o antipatrióticos, religiosos o irreligiosos, morales o inmorales, piadosos o impíos. Si la vida eterna no depende de virtudes morales, menos la vida terrenal. ¡Qué conicidencia! El judío pone los hechos sobre la finalidad y el criterio que debe regirlos, y el comunista pone los hechos, la realidad por encima de la finalidad moral.

Lenín dice: Destruíd, robad, asesinad, con tal que sea útil a la revolución. El judío dice: robando y matando se puede conquistar la vida eterna.

El judío modifica de continuo la interpretación de su Ley; en el libro tan extenso de la *Mischneh Torah,* dice el judío Joseph Klausner: "casi no quedó ningún concepto *fundamental* del judaísmo *sin modificación*". (Maimónides, pág. 251). Y el

comunismo no deja ningún concepto fundamental del orden social cristiano sin modificación; su norma dialéctica es la del cambio, de la mutación continua.

El judaísmo opina que por este cambio "no desgarra el presente del pasado sino que transforma el pasado de acuerdo a las imágenes del presente, porque de otro modo no podría realizarlo". (Obra cita, pág. 252).

El comunismo dice que realiza la revolución transformando el pasado de acuerdo a las nuevas imágenes del presente.

El judaísmo se arroga en la eternidad de su raza un mesianismo universal. El comunismo se arroga por medio de la revolución social una redención internacional.

El judaísmo afirma que por razón de las amenazas "Maimónides aprendió el talento versátil del *disimulo* y la táctica necesaria de la *duplicidad.*

Disimulo y duplicidad. Es la doble contradicción, dice en su volumen citado la Sociedad Hebráica Argentina, es el triste equívoco que los pueblos numerosos impusieron invariablemente al judío". (Pág. 218).

El comunista sostiene la tática del disimulo y de la duplicidad cuando apela a los medios de penetración sistemática que llama de la legalidad y de la ilegalidad, del paso atrás para dar dos adelante, de la mano tendida cordialmente para ahogar con la otra al adversario, etc.

Dice la Biblia en el libro del Eclesiástico, Cap. VI, vers. 1, que "el hombre malvado tendrá por herencia el oprobio y la ignominia,, particularmentodo pecador envidioso y de lengua doble o falsa".

Si el Judío admite como tática necesaria la du-

plicidad o lengua doble no debe extrañarse de la herencia de oprobio e ignominia que lo acompaña. Dios no se engaña ni miente. Las sociedades tienen derecho a defenderse de esta declaración de guerra moral donde se utiliza el fuego cruzado de la hipocresía y la agresividad.

Si los judíos son los que han constituído las turbas más excitadas; si en ellos existe disposición peculiarísima para todas las enfermedades nerviosas y mentales; si de ellos sale el mayor porcentaje de locos, degenerados y suicidas; si de tolerados se convierten en agresivos y de perseguidos en perseguidores, y por otra parte, sabemos por el mismo Ramos Mejía que "no son los criminales los únicos que entre los degeneradores toman parte en las revoluciones; se ha visto también mezclarse a ellas a los locos salidos de los manicomios y hospitales, cuyas puertas siempre han abierto las turbas, permitiéndoles abandonarse libremente a sus delirios, en las plazas y en las calles públicas mejor que en sus celdas solitarias", ¿a quién le extrañará el porcentaje de judíos dirigentes en la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviétivas? ¿Quién se asombrará de las sevicias cometidas por esos corredores a sueldo de Moscú, para propaganda de los postulados de una sociedad anónima que se llama el Partido Comunista Internacional? ¿Quién no encuentra en esta declaración científica una de las razones secretas de esos procesos idiotas, inexplicables, que dejan estupefactos a los psicólogos y se realizan en la primera patria del proletariado? Esa prédica delirante de la persecución proletaria por parte del capitalismo, ¿no encuentra en los cerebros judíos predisposición admirable, en su monomanía de perseguidos? ¿Y ese

grito de Revolución Social, no halla en ellos consonancia con su agresividad patológica, cuando las circunstancias los favorecen? Desbaratado después de la venida de Jesucristo en sus esperanzas mesiánicas, ¿quién no ve que ese pueblo infiel a su vocación y tenaz en esperar al Mesías vaticinado, halla en la resonancia de las voces de sus profetas un impulso que lo lleva a constituirse en el pueblo mesiánico que ha de redimir, gracias a las revoluciones sociales, al mundo entero? ¿Podemos requerir juicio y razones a un pueblo de esta naturaleza?

En todas las revoluciones preguntad de inmediato, *¿dónde están los judíos?* Y los veréis a la cabeza. No hay revolución a la que no le paguen su tributo patológico y su rencor secular. Los que están compenetrados de un mesianismo político, no se resignan a escuchar razones.

Jesús.

Alguien pudiera objetarme: ¿Y Jesucristo no fué judío?

Contesto. El pueblo de Israel fué escogido por Dios para preparar entre las naciones la venida del Mesías Redentor. Esto no quiere decir que Dios librara a Israel de la libertad que le haría caer en mil desgracias del cuerpo y del alma. Todos sabemos que Israel tuvo transiciones de insolencia contra su Dios, de desconfianza, de desobediencia colectiva, y hasta de idolatría.

De cualquier manera, conviene tener presente que, una cosa es el pueblo judío preservado por Dios antes de Jesucristo, y otro el que vaga del otro lado de la Cruz. Israel, antes de Cristo fué el cris-

tianismo en esperanza. Después de Cristo, es el pueblo deicida.

Antes de Jesucristo Dios señaló en él, detalles que indicarían la procedencia del Redentor. No saldría de cualquier parte del pueblo. Según la Biblia nacería Jesucristo en Belén, de la tierra de Judá (Mateo, 11, 6); procedería de la estirpe de David, (Juan, VII. 41 al 43). Es hijo de Dios, engendrado desde toda la eternidad, según el salmo 2, versículo 7, y el reino que ha de fundar es eterno y abarca a todos los pueblos, razas y siglos, según los salmos 44, 71, y 23, 2 y 21. El valor de Jesucristo no procede de ser de tal madre, sino por habitar en su alma y en su cuerpo la segunda persona de la Santísima Trinidad, que es el Hijo de Dios. Jesucristo no nació como los demás hombres. Tuvo madre en la tierra, pero su Padre es Dios eterno, que lo ofrece a la tierra encarnado por obra de su Espíritu Santo. La única persona que existe en Jesucristo es la persona divina, unida hipostáticamente al cuerpo y al alma. Si Cristo nació de una mujer judía, ello se dió para demostrarnos Dios su poder en el cumplimiento de las profecías señaladas en los Libros Santos de la Biblia.

Dios cumplió sus promesas, a pesar de los óbices físicos, morales, intelectuales, biológicos y religiosos que le ponía el pueblo de dura cerviz.

Si Dios señaló las gentes, la estirpe y la persona de la Virgen que había de dar a luz a su Hijo, nos manifiesta que su diestra omnipotente cuidaba de la pureza de la carne y de la sangre que habían de servir para que se aposentara la segunda persona de la Sma. Trinidad. Dios lo podía hacer,

convenía que lo hiciese así. Nadie puede discutírselo.

Jesucristo no había de nacer entre israelitas por superioridad de raza sino por voluntad divina, por recompensas espirituales y no raciales, merecidas por Abraham, David, y sus descendientes.

Jesucristo no se presenta como judío o ario, aunque ama a su patria, sino como *Hijo de Dios* e *Hijo del Hombre.*

A los que nos objetan la miseria actual de la raza judía respondámosles que en dos mil años que soportan la maldición del Calvario muchos males se acrecentaron en él, y otros nuevos aparecieron. Es un milagro permanente puesto por Dios para iluminar a los cristianos con la terquedad de su ceguera.

Como en toda familia se dan excepciones, así en todo pueblo. No hemos de creer que toda la raza se halle corrompida, ni hoy ni ayer. Esto sin olvidar que Dios hizo sanables a los pueblos.

Además, cuando de tanto envilecimiento vemos surgir la superioridad extraordinaria del Redentor, y de un amasijo de terquedad y delirio tanta sabiduría; cuando se contrapone a la mayor corrupción la santidad perfectísima, y del fondo del pueblo más exclusivista surge el ideal universal pahombres de todos los tiempos, edades, y condiciones; cuando del pueblo que baila ante el becerro de oro brota el personaje divino del desprendimiento, que enseña a amar a Dios sobre todas las cosas y al hombre como a nosotros mismos por amor de Dios; cuando el pueblo más vil ofrece a la humanidad un espejo de virtudes que desespera la imitación de todas las almas hermosas, y aparece hombre completo sin dejar de ser Dios perfecto, no po-

demos menos de convenir que, en la regla general se da una excepción providencialmente querida por Dios, para demostrar que su mano está allí modelando el cuerpo de Jesús y creando su alma, para exhibir el poder de su misericordia en la persona divina de su Hijo muy amado.

No olvidemos que el espíritu es quien informa al cuerpo y que la Persona divina sin destruir a la naturaleza humana ni confundirse con ella está unida hipostáticamente a la humanidad del Redentor. En este ideal humano y en este milagro intelectual y moral divino, prima la divinidad y no la sangre. En la encarnación de Jesús, Dios condena visiblemente toda doctrina racista exagerada. Escoge a la raza más vil para confundir a los soberbios. El hombre es hombre por su alma espiritual, no por la materia de su cuerpo animal. Jesucristo nos enseña que si están bien las relaciones sanguíneas de familia y de raza son infinitamente superiores los lazos del espíritu.

Su Reino no es de este mundo, no es de barro, de carne y huesos. El Reino de Dios está dentro de nosotros, en nuestras almas por la Verdad, el Amor, la Justicia, la Gracia, y la Paz que nos ha traído Cristo.

Dios no necesita carne para hacer brotar hijos suyos; puede despertarlos de las mismas piedras, según leemos en el capítulo III, v. 9 de San Mateo.

La Ciudad de Dios no se edifica sobre el barro sino sobre la fe y las buenas obras. No se vale por ser sino por hacer.

Esta es la única razón de la superioridad ante Dios y los hombres.

Que Cristo haya nacido, pues, en tal o cual parte del universo, de tal o cual linaje no le da ni

quita dignidad a su Persona. Nació en Belén porque Dios lo dispuso así, y no por superioridad de raza.

San Pablo dice en el capítulo III de su epístola a los Gálatas: "Todos sois hijos de Dios por la fe en Jesucristo. Pues todos los que habéis sido bautizados en Cristo, estáis revestidos de Cristo, y ya *no hay distinción* de judío ni de griego; ni de siervo ni de libre." Vers. 26 al 28). Le Camus, interpretando este pasaje dice que: "todas las diferencias de nacionalidad, de condición, aún de sexo, desaparecen en aquel que penetra, llena, transforma a todos sus fieles y los une en un solo cuerpo, Jesucristo. El es la verdadera descendencia de Abraham, en quien se realizan las verdaderas promesas de salvación. (La Obra de los Apóstoles. Parte 2, Vol. 2, pág. 148).

El mismo apóstol san Pablo prosigue en su carta, respecto de los que perturbaban la Iglesia de Galacia por el rito de la circuncisión que "respecto de Jesucristo ni la circuncisión ni la incircuncisión valen nada, sino que lo que vale es el ser una nueva criatura". (A los Gálatas. Cap. VI, ve. 15).

Necio es, pues, sembrar ideas sobre la carne de tal o cual personaje, cuando lo que significa y salva son los frutos del espíritu; y el espíritu lo crea Dios. En cuanto al reparo que pudiesen objetar los Judíos de que Cristo nació en el pueblo de la Ley de Moisés, respondo con san Pablo que "la ley escrita dejó sujetos a todos al pecado, para que la promesa se cumpliese a los creyentes por la fe en Jesucristo.". (Gálatas. Cap. III, v. 22).

"De hecho, dice Le Camus, la Escritura nos da a entender que la Ley no justificó a nadie, parece

que nunca pudo hacer más que una sola cosa: condenar a quien la violaba.

¿De qué, pues, sirvió en defintiva? Desempeñó el papel del sirviente que se da al niño para conducirle a la escuela y acompañarlo luego a su casa para vigilarlo en sus paseos o en sus juegos, para preservarle de accidentes y también de relaciones peligrosas.

De este modo, la Ley exigente en sus minucias, tuvo por misión, mantener bajo su dependencia, en una *sumisión insuficientemente meritoria, porque* era *forzada* a Israel, *pupilo* que le había confiado y que iba a tratar como a niño *insubordinado* y *caprichoso*, hasta el momento en que llegara a Cristo, término de la Antigua Alianza. Su oficio no era sino *temporal*. (La Obra de los Apóstoles. Segunda Parte. Volumen II, pág. 146).

Creo haber contestado con esto suficientemente a las dos objeciones que pudieran interponer en nuestro estudio judíos e incrédulos.

El judío y la propaganda.

El judío se apropia del oro, lo conserva, aumenta y gasta para acaparar más oro. Y a fe que lo hace industriosamente. Se vale del arte por excelencia entre los de su raza: *La propaganda.*

Por esto se adueñó primordialmente de los medios de divulgación. Teniendo la prensa en sus manos tiene fácilmente la riqueza de las naciones, porque el periódico forma la opinión, el periódico mete por los ojos los avisos comerciales, el periódico infiltra tesoneramente las ideas más descabelladas con las cuales nos familiariza a la postre, el perió-

dico transcribe telegramas que inventa, tuerce en su sentido, mixtifica o si le conviene niega. ¿Quiénes pagan el gasto de impresión del periódico? Los avisadores. He aquí por qué el judío se dedicó primero a este arte. Habiendo más avisos se rebaja el precio del papel impreso y entonces los lectores se multiplican. Como el avisador tiene interés en la cantidad de lectores el negocio crece en proporciones geométricas.

Como con el aviso van los telegramas y con los telegramas la formación de la opinión pública, deducid, si podéis, los desastres que ocasionan los judíos en el plano monetario, comercial y político, nacional e internacional. El caso actual de la guerra española lo declara manifiestamente.

Las principales agencias de información periodística están en manos de los hijos de Israel. La *Agencia Havas* fué fundada por el judío Charles Louis Havas, el año 1835; la mayor agencia de información inglesa fué la que fundó el hijo de un rabino: Josaphat Beer, que cambió su nombre por el de Reuter. El judío Bernhard Wolff se instaló en Berlín.

Recordando el concepto que tienen de la moralidad os explicaréis cómo han influído poderosamente para pervertir la mentalidad pública hombres sin conciencia que odian al cristianismo.

Ahora sabéis la razón última de los escándalos públicos provocados desde las columnas periodísticas contra las tradiciones patrias y las creencias autorizadas de los pueblos. Se publicará en letras gigantes cualquier estupidez, pero no se dará importancia a los actos que los dueños de la información crean inoportuno publicarse, y el pueblo cré-

dulo todavía los secundará, comprándoles el periódico.

Todos vivíamos inquietos por el temor de la avalancha judía que podía penetrar en nuestra patria con motivo de la expulsión de los hebreos alemanes. Astutamente no desembarcaban como en puerto terminal Argentino. Lo hacían en naciones vecinas. Luego se trasladaban a Buenos Aires muy campantes, como llegando de Montevideo. Y si alguien objetaba este manejo súbdolo se le tapaba la boca desde muy arriba, porque, poderoso caballero es don dinero. Basta saber por cuánto se vende un hombre. Teniendo los judíos las agencias informativas poseyeron un medio magnífico de enriquecimiento indefinido. Una noticia mal dada o suspendida basta para que los valores bursátiles declinen. Se compran entonces los títulos y luego se da muy tranquilamente la noticia real. Vuelven a subir las acciones y el judío centuplicó sus dineros. Así acrecentó Nathan Rothschild su monstruosa fortuna, con motivo de la batalla de Waterloo. Dueño de la agencia informativa falseó la información atribuyendo el triunfo a Napoleón. Los valores bajaron, y el astuto judío ordenó la compra de todos los títulos posibles. Luego dió muy campante la noticia verdadera. No te extrañe, lector, este procedimiento. Ya lo confiesan desvergonzadamente cuando dicen que practican sin escrúpulos la duplicidad y el disimulo por conveniencia. ¡Viva la hipocresía! He aquí la consigna que se le impone al periodista si quiere comer un plato de lentejas.

Vaya en abono de mi aserto un testimonio fehaciente de un perito en la materia. Leed lo que enuncia Juan José de Soiza Reilly, nada menos que un

folleto contrario al antisemitismo. Dice así: "El arte periodístico tiene ese defecto: *Nos infiltra el hábito de sustentar dos ideas distintas, dos opiniones antagónicas sobre el mismo asunto*". (El judaísmo visto con ojos argentinos. Pág. 7).

Es verdad que absorbidos por esta vorágine incesante hay muchos cristianos que practican estas directivas farisáicas; pero no olvidemos que están en contra de sus principios, andan descentrados del camino de la verdad, no están en su centro, son apóstatas de la moral cristiana. Respiran el *espíritu judío* y viven quizá de sus normas sin darse cuenta aunque sean cristianos. ¿Ves la diferencia? El judío vive conforme a sus creencias, el cristiano es desleal a ellas. En este hay posibilidad de rehabilitación, en el otro nunca.

El Talmud.

¿Qué juicio debemos formarnos del *Talmud?*

Prefiero citar textualmente autores eruditísimos que sinteticen las orientaciones importantes sobre el tema, pues de hacerlo yo directamente, no recibirían crédito mis palabras entre los judíos imbuídos con prejuicios tales que no han vacilado en catalogarme enfurecidos entre los vulgares ignorantes y pérfidos delincuentes, ensañados con la raza semita.

Dice el gran apologista Pablo Schanz que "todo el Talmud contiene sentencias *humanas*, muchas veces en la forma de jurisprudencia casuística o de narraciones anecdóticas por boca de afamados rabinos. Entre *mucha escoria* hay ocultos algunos granos de oro, pero no siempre son fáciles de descu-

brir. Al lado de *Reminiscencias cristianas* se *manifiesta un odio terrible a los infieles cristianos.*

Los *midraschim,* esto es, *discusión,* aplicación de una parte de la Sagrada Escritura o de una *mishna,* del siglo VI al XII están compuestos de una serie de cortas interpretaciones de los textos, de forma enteramente especial. Fúndanse en equívocos, en causales semejanzas de las palabras usadas en diversos pasajes, en sutilezas de razonamiento. *Páginas enteras son enigmas no interrumpidos*; así es que ni una discreta traducción puede ser entendida por los profanos, si antes no recibe amplias informaciones sobre los hechos y materia. Montefiore observa que, para el empleo racional de la literatura rabina es necesario que uno se haya familiarizado con ella desde su juventud.

Pero todavía es peor la *Cábala,* tradición secreta de los judíos, que más tarde, desde el siglo XIII se aplicó a descubrir el sentido oculto de la Sagrada Escritura.'' (Apología del Cristianismo. Parte II. Tomo I, Cap. XI n. 3, pág. 407). Dice el judío Carlos Mendelson que ''el Talmud no debe ser alabado ni censurado... *Lo que se necesita es comprender exactamente el Talmud,* darse cuenta de su origen, de su época, *conocer su contenido.* Despues de todo *ya ha dejado de ser un libro secreto...* Debiera agregarse un *estudio comparativo entre el Talmud y las grandes obras escolásticas y teológicas* de otros pueblos *paganos o cristianos,* de aquella época, más o menos *análogas al Talmud,* y entonces sería posible juzgar si el *espíritu creador del judío ha sido más elevado y más noble que el de los pueblos circundantes que lo han subyugado.*'' (El Talmud, por Iser Guinzburg, Introducción, págs. 12 y 14).

Parece mentira que llegue a tal grado de absurdidad la mente humana. Porque se necesita realmente coraje para afirmar que un libro que contiene mucha escoria y algunos granos de oro no fáciles de descubrir, con páginas enteras que son enigmas ininterrumpidos, un libro que no merece ser alabado ni censurado se confronte con la obra escolástica del más grande genio teológico y filosófico, Santo Tomás de Aquino, llamada: *Suma teoológica contra los gentiles,* exponente inmortal de las más altas cumbres que en el plano intelecttual pueda escalar mente humana.

No me extraña este proceder después que ha llegado la insolencia judáica a querer sentar cátedra de doctrina cristiana; ni más ni menos.

Los judíos que en Tallmud consideran la divina persona de Jesucristo como un *judio pecaminoso* en una carta abierta que publicaron en la revista israelita mensual intitulada *Der Argentiner Magazin* (El Magazin Argentino) llegan a decirme que yo, ni siquiera soy cristiano, a pesar de ser sacerdote y Cura párroco ¿Sabéis por qué? Simplemente, ell articulista señor V. Chernovetzky me excomulga y hasta pretende borrarme los dos caracteres indelebles de cristiano y sacerdote, cosa que ni el mismo Dios hará, simplemente porque cuando los judíos me trataron de criminal propalador de ideas antisemitas yo dije que no era cierto, como es verdad.

Decía un sabio estratega:: Divide y vencerás. Yo parodiando la frase digo: define y vencerás. ¿Qué se entiende por antisemita? ¿Quién es antisemita? ¿Quién ha creado el antisemitismo? ¿Cuántas clases existen de antisemitismo? Un pueblo que

se cree, según acabamos de leer en El Talmud de Guinzburg poseedor de un "espíritu creador más elevado y más noble que el de los pueblos circundantes" que tiene en su fe religiosa un fundamento indestructible de nacionalidad particular, que se cierra en su exclusivimismo racial, que no se asimila a los otros pueblos en que vive y muere, que tiene máximas de odio terribles para los cristianos, a quienes llama con desprecio goims, que no se contenta con los derechos que nuestra Constitución da a los demás extranjeros, sino que pide excepciones para sus cementerios, escuelas, festividad sabática,etc., que confunde defensa nacional con persecución nacional y llama *anti o contra semitismo* a lo que es precaución, defensa y previsión, un pueblo que rechaza al Mesías vaticinado y pide que caiga como maldición la sangre del Justo sobre las espaldas propias y las de sus descendientes, prosiguiendo esta obra de repulsión al través de los siglos de su dispersión o diáspora, un pueblo que entraña la agresividad a la civilización cristiana y proclama como lícita la duplicidad moral, un pueblo que aspira a colocar su religión sobre el sepulcro de las demas ¿no excita en las naciones en que vive, no digo odio de raza o de religión, pero sí hostilidad, movimientos de opinión incontenibles en razón de sus particularismos despectivos? ¿No les será lícito a los cristianos premunirse contra esta atmósfera de perversión de principios morales, patrióticos, religiosos y a veces económicos?

Si esto se llama antisemitismo, oidlo bien, este antisemitismo lo practican todos los cristianos, desde el primero hasta el último fiel a las doctrinas

de Jesús. Ni como católicos ni como argentinos podemos estar con el judaísmo. Si a esta exclusión sin odio, sin desprecio, sin agresividad racista, sin vilipendio de personas, sin intolerancia civil de cultos , se llama antisemitismo, venga la palabra en buena hora. No la tememos porque la conocemos, la queremos y la defendemos.

Jamás aceptaremos estúpidamente, según acaba de publicar la *Sociedad Hebráica Argentina,* con motivo del octavo centenario del nacimiento de Maimónides, el Moisés español, Dios tenga confianza solamente en los judíos. 'Sabed que esta Torah que tenemos, es la verdadera Ley de Dios, que nos fué dada por el Señor de todos los profetas, tanto de los primeros como de los últimos. Por ello *nos distinguió* el Creador, de los demás hombres (no son racistas) pues fué dicho: sólo en tus padres tuvo confianza Dios y ha *elegido* a sus hijos *hasta nuestros días*'' (Maimónides, pág. 307) Que Dios escogió a este pueblo hasta la venida del Mesías, convenimos. Pero que, llegado el Redentor, que derribó todas las barreras de exclusivismos odiosos y proclamó le fraternidad universal, hayamos de aceptar semejante barbaridad de parte de un pueblo que, al decir de Sarmiento, no tiene sentido humano, es pretender algo que, por ser impío, es a la vez antinacional e inhumano.

¿Cómo no ha de existir un antisemitismo teológico, nacional, religioso, entre el pueblo israelita y el cristiano, si después de haber recusado a Jesucristo como Mesías, a pesar de cumplirse en El las profesías bíblicas, se pasean los judíos por el mundo repitiendo con Maimónides:: *Creo en la llegada del Mesías,* y, aunque tarde en venir, espero

sin embargo día a día que llegará?'' (Maimónides, pág. 297).

¿Cómo no ha de existir un antisemitismo teológico y filosófico cuando la inteligencia se indigna frente a las contradicciones de un raza que, frente al hecho incontestable de su maldición deseada, después de sostener su creencia en el Mesías, llega a aceptar por boca de sus heraldes modernos que "es verdad que todo hebreo *ha de creer* en la venida del Mesías porque así está escrito en los profetas y fué ordenado por los sabios; pero no se puede considerar esta creencia un dogma; dogma es sólo aquél que al ser apartado, se derrumba todo el edificio. Más, he ahí que, *aún cuando se elimina la creencia en la venida del Mesías, subsiste firme el edifcio de la fe judaíca?''* (Maimónides, pág. 297 y 298). ¿Podemos convenir intelectualmente con quienes imponen una creencia sagrada y al mismo tiempo permiten repudiarla?

¿Cómo no vamos a cultivar un antisemitismo teológico los católicos y cristianos en general, cuando le oímos decir al judío Alberto Gerchunoff que el pueblo de Israel debe cultivar sus tradiciones "sin barrer de su pensamiento y de su médula el *profetismo judío,* la *esperanza mesiánica?* (Maimódines, pág. 226).

Un argentino debe cultivar un antisemitismo discreto cuando le oye decir al mismo autor en la página 219 de la obra citada: "Me preguntarán; por qué no se convierte, *por qué no se asimila.* (el judío). Contestaré que los que hacen esa pregunta *ignoran completamente la historia,* y tampoco saben deducir de los acontecimientos a que asistimos *normas de continuidad histórica''.* El judío, como

el comunista, le echa la culpa a la Historia. Se cuida bien de atribuirse a sí mismo culpabilidad, aunque lo consigne Dios en la misma Biblia. No espere entonces ningún pueblo de la tierra la asimilación de esta raza errante y maldecida por Dios, según voluntad de sus antepasados. Seguirán aferrados a su racismo secular hasta el fin del mundo.

Como esta afirmación podría parecer audaz en mi boca al señor judío V. Chernovetzky, y no tendría ningún valor por declararme ignorante en su Carta abierta, voy a ceder la palabra alu judío Hilel Zeitlin en su estudio sobre "*Maimódines en el Pueblo*": "Maimódines dice en la Carta al Yemen: "Así como el Santísimo (bendito sea, no puede dejar de existir, así tampoco podemos dejar de existir nosotros, los judíos; no podemos desaparecer del mundo". (Obra citada, pág. 309). El judío no se asimila. Esto se llama, en frase de Gerchunoff, "norma de continuidad histórica". Los que no nos conformamos con este círculo vicioso es porque ignoramos completamente la Historia. Por algo el judío Carlos Marx, le echaba la culpa a la Historia cuando no tenía razones para abonar sus esupideces socialistas.

Alberto Gerchunoff dice que " el Talmud es el libro de la Diáspora, como la Biblia es el libro de al *definición nacional de los judíos,* y de su concepción monoteista dell Universo. No se hubiera concebido la elaboración talmudicista en un pueblo desenvuelto en un territorio propio, en una *nación estable.* Esa severidad rugosa del Talmud dió al judaismo unidad en la vida de dispersión, como la Biblia le dió coherencia para formar

una aglomeración diferenciada entre los pueblos idolátricos de la antigüedad. Maimónides reunió en un cuerpo cohesivo las normas preservativas, sin ignorar que lo que es en ellas en apariencias más pueril debía ser lo que asegurase su eficacia. Esto en cuanto a su esfuerzo de codificador. En lo que se relaciona con los aspectos contemplativos y filosóficos, le confirió la solidez de una construcción orgánica.

Creó la *Summa Theológica* de los judíos. Esa alusión a Santo Tomás no es puramente literaria. (Maimónides y el espiritu judío, pág. 223 Op. cit).

Y en la página anterior dice "El Talmud está entretejido de poesía, es una jurisprudencia, una teología y una filosofía de destierro en que la imaginación "*novelesca*" se codea con la interpretación sistemática. con la hermenéutica, con la escatología'.

Ordenes talmúdicas.

¿Quereis conocer algún pasaje del Talmud, donde se luzca "la severidad rugosa" de la teología, a que se refiere Gerchunoff?"

En el Talmud de Babilonia, orden o seder I, Tratado o massecht 1º está escrito: "Los judíos y particularmente los sacerdotes, maldecirán tres veces al día a los cristianos, a sus autoridades, a sus pontífices, y les augurarán toda clase de males y suplicios'.

Los judíos emplearán como Dios manda, toda suerte de medios y de fraudes para apropiarse de los bienes de los cristianos".

La carta que envió Vluff, príncipe de los julíos de Constantinopla a los judíos de España perseguidos, está pues de acuerdo con el Talmud. En el orden o seder 4, tratado o massecht 8, está escrito, que, de parte de Dios'' los judíos considerarán o tratarán a los cristianos como verdaderas bestias''. Los judíos no deben hacer *ningún daño a los paganos,* pero deben tentar todos los medios posibles *para hacer perecer a los cristianos''.* Un judío viendo a un cristiano al borde de un precipicio está obligado a empujarlo hacia abajo inmediatamente''.

En el orden o seder2, Tratado o massecht 1, se afirma que "las iglesias de los cristianos son casas de idolatría que los judíos están obligados a destruir''.

¿Será por esta orden que los comunistas, socialistas, anarquistas y revolucionarios judíos, pulverizaron las glorias del cristianismo español y convirtieron en museos antirreligiosos los templos cristianos de Rusia?'

Es verdad que el judío José Mendelson dice que "las masas judías llevan un género de vida esencialmente diferente del que especifica el Talmud'' (El Talmud, pág. 12), pero no debemos olvidar que, la Sociedad Hebráica Argentina ha sancionado lo que publicó la autorizada pluma de Zeitlin en la pág. 298 de la obra Maimónides, donde se lee que *''toda palabra de la Torah es fundamental''.* Si recordamos que el judío considera lícita moralmente la duplicidad y el disimulo, no deben extrañarnos estas contradicciones evidentes.

¿Qué línea recta de conducta puede tener un pueblo, cuando al libro que reglamente la tradi-

ción sagrada de su pueblo, de su religión y de su nacionalidad, lo interpreta contradictoriamente la porción más selecta del mismo?

Se que al formular esta severa requisitoria me saldrá al paso mi contricante, el señor V. Chernovetzky, y como en su Carta Abierta al Cura párroco de Villa Devoto Virgilio Filippo me volverá a tratar de ignorante. (Der Argentiner Magazin. Año IV, Nº 38).

Para, que mi ignorancia no sea velo que entorpezca la clarísima inteligencia de mi sapientísimo arguyente, voy a contentarme con hacer palmaria la duplicidad, la contradicción, el disimulo del judío, aún en el criterio con que escudriña la Torah o Ley, citando a dos autores judíos de hoy día.

Dice Zeitlin en la pág. 300 de la obra Maimónides que "si se admite como dogma que la Torah nunca puede ser cambiada y *no puede ser dada otra Torah por el Altísimo*, se está guarecido de los ataques tanto cristianos como musulmanes". (Maimónides).

Y en la misma obra pág. 251, José Klausner escribió que "en el libro tan extenso (de la Mishneh Torah) *casi no quedó ningún concepto fundamental del judaismo sin modificación*".

Tenemos pues que, lo que no puede cambiar ni el mismo Dios, según Zeitlin, lo pudo modificar fundamentalmente Maimónides, según publica Klausner en el mismo tomo autorizado por la Sociedad Hebráica Argentina. Oid la explicación que por capciosa es realmente judía.

"Han sido modificaciones *inconscientes*" (pág. 251).

Al Altísimo le discuten poder para modificar la Ley conscientemente, y a un hombre le dan poder para modificarla inconscientemente.

Estos judíos tienen una manera de raciocinar realmente admirable. Son tan agudos en sus argumentaciones que ni ellos mismos se entienden.

Una vez más se cumple que la corrupción de lo óptimo es la peor. Este pueblo que un tiempo fué señalado por Dios con carismas especiales, para preparar la venida del Redentor, al ser infiel a su mesianismo juega hoy, en frase de Maritain, "un papel fatalmente subversivo".

De esta subversión tenemos derechos a defendernos como cristianos y como argentinos, y si a esto, repito, se llama antisemitismo, venga en buena hora el insulto, pues de otra manera tendríamos que aceptar que, ser humano es sinónimo de estúpido. La tolerancia, la humanidad, la hospitalidad de una Nación no excluyen la previsión y la justicia.

¡Fuera los exclusivismos, fuera los particularismos odiosos, fuera el racismo exagerado, vengan de Berlín o de Israel!

Hace poco el gobierno argentino dió un decreto restringiendo la inmigración. Los judíos por medio de su Organización Popular contra el Antisemitismo, el Club Israelita Argentino y todas las demás entidades que forman la resaca revolucionaria socialista, anarquista, comunista y liberal, protestaron adhiriéndose a la iniciativa del Comité contra el racismo y el antisemitismo. En conclusión el gobierno argentino por ley de previsión social, venía a ser racista y antisemita; es decir, fascista según mentalidad hebrea. Se efectuó un

Congreso anti-racista los días 6 y 7 de Agosto en la sala del Concejo Deliberante de la Capital Federal, donde el ataque al racismo fué un pretexto para emitir las ideas más revolucionarias, atacar judaicamente las ideas cristianas argentinas e incitar a la revolución social.

El Dr. A. Bunge dijo que, el racismo se levantaba "en su afán de *distraer* la atención del mundo de las causas fundamentales que provocan la trágica situación actual de las masas productoras, según publicó el periódico *Contra el racismo y el Antisemitismo,* en su número del 11 de setiembre de 1938. Hasta se habló de Franco que "impone a los católicos vascos una persecusión, por el enorme delito de luchar por su libertad. (pág. 4 del periódico mentado).

Se habló del racismo alemán y del racismo italiano, pero no se dijo ni una palabra del racismo judío, que por milenario no impresiona a los desprevenidos, ni del exclusivismo odioso del Partido comunista, mil veces peor que todas las dictaduras habidas desde que existe recuerdo de gobiernos de gentes civilizadas.

Esta duplicidad y disimulo no nos asombran, porque están permitidas, según Maimónides y Gerchunoff, a los pobrecitos judíos.

Los que las denunciamos a la opinión pública somos ignorantes, o criminales. Nosotros los católicos, al combatir un error lo repudiamos donde quiera se actualice. Mil veces irradié desde L. R. 8, Radio París de Buenos Aires, en mis conferencias dominicales de las 13 horas, que condeno al racismo, los extremismos y las tiranías donde quiera que se den: en la Unión de las Repúblicas Sovié-

ticas o en Alemania. La libertad de Cristo no nos la arrancarán jamás del alma.

En cambio, ¿qué hicieron los semitas en el Concejo Deliberante? Sirvieron de trampolín a los revolucionarios y nada más, pues combatieron un error en los demás, y se olvidaron de señalar el propio de la raza y el de sus colegas los socialistas y comunistas. Y esto es simplemente delatar un mal para eliminar del medio al adversario, que impide se desarrolle el mismo bajo otro nombre y en otra clase o pueblo.

No hay mejor medio para hacer que triunfe una idea infame, que el atacarla en los enemigos y perdonarla en los amigos. Quitados los obstáculos de la competencia, el mal triunfa con más expedición y queda sin remedio.

El judío habla de fraternidad de razas y cultiva la exclusividad; habla de solidaridad y se aísla, habla de patriotismo y no se asimila; habla contra el racismo y lo fomenta. ¿Qué valen los discursos de un congreso antirracista y antisemita, frente a la historia de veinte siglos que se obstinan en prolongar hasta el fin de los tiempos?

Los que se presentan bajo el aspecto de pobrecitos perseguidos sería mejor que hiciesen pública confesión de sus intenciones y de sus orientaciones de raza, de religión y de nacionalidad, cultivadas en sus conciliábulos y periódicos que, por redactar en iddisch, quedan interferidos a los profanos y al gran público en general.

Los que apelan a la humanidad, a la democracia y a la buena voluntad, sería oportuno que no las minaran con hechos cuando la invocan con palabras. Me diréis, judíos que leáis estas páginas,

que también entre los cristianos se dan estas miserias, y estoy en esto de acuerdo. Pero no olvidéis que el mal lo condenamos dondequiera que esté. Y que la gran "diferencia" que existe en este caso como en los demás, es que cuando nosotros procedemos mal, vamos contra nuestros principioos divinos y nos acusamos como infieles a nuestra vocación altísima; andamos fuera del camino, y si queremos rehabilitarnos debemos repudiar el mal hecho. En cambio vosotros estáis en vuestro ambiente, porque os es lícito utilizar los métodos viles de la duplicidad, de la hipocresía, del disimulo, y hasta robar y matar a los que no son de vuestra raza.

Los mayores crímenes y las mayores destrucciones han sido cometidas por revolucionarios judíos que se habían imbuído en esta mentalidad inhumana.

No ha habido una sola protesta colectiva de entidades colectivas judías contra los horrores del Comunismo en la U. R. S. S. y en España. Quien calla, otorga.

El aforismo de que a río revuelto ganancia de pescadores, lo realizáis vosotros a las mil maravillas, pues, os valéis de la confusión que sembráis por periódicos, radios, revistas, libros y discursos para sacar del confusionismo el lucro de vuestros antojos ancestrales: el dominio mesiánico internacional.

Os infiltráis en todas las sociedades revolucionarias para demoler el orden social que os da pan, albergue y defensa, y concluís por insultar lo que os honra con agresividad inaudita. Vuestros revolucionarios hablan del opio de la religión, pero se

cuidan bien de que toquen una sola de vuestras sinagogas. Protestáis contra el culto católico, pero con táctica disimulada infiltráis las orientaciones religiosas talmúdicas. Ni las escuelas judías, quedan libres de esta tendencia exclusivista. Y si os descubren los manejos, como el Talmud os da derecho al disimulo y a la duplicidad, negáis la evidencia y hasta comprometéis a los funcionarios públicos, como lo hicisteis cuando al descubrirse siete escuelas comunistas judías, financiadas por una de vuestras sociedades, según lo testimoniaron representantes del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, del Consejo Nacional de Educación, y del Departamento Nacional de Higiene, en unión de los funcionarios policiales, proclamásteis cual inocentes corderos, que aquello era un infundio vergonzoso y un abuso de fuerza. Sois bilingues, sois arteros para disimular, pero no olvidéis que siempre sale uno que es más hábil que vosotros en el arte de la sutileza.

Sería una imbecilidad decir que una minoría bien rentada de judíos se vuelque directamente hacia las ideas subversivas. Yo no hablo de excepciones honrosas. Hablo de la generalidad. Y si estimular con la voz de alerta es sembrar el antisemitismo, venga en buena hora esta acusación, pues de seguro que estarán de mi parte todos los judíos a quienes Dios haya dado luz para comprender mi finalidad

Si queréis que os respeten, respetad. No prediquéis doctrinas disolventes, y al defenderos no elogiéis a los revolucionarios como el judío Carlos Marx, y a hombres siniestros como Freud, según

lo hacéis en los mismos periódicos en que combatís el racismo y el antisemitismo.

En vuestra publicación *Contra el Fascismo y el Antisemitismo,* del 11 de Septiembre de 1938, leo en la página 2 el elogio de Marx, cuyas doctrinas han incendiado y están cebando las llamas siniestras de la hora actual con el experimento ruso, y leo también, el elogio de Freud, a quien Alexis Carrel, exornado con el premio Nobel de Medicina-ha juzgado en esta forma: "Freud ha hecho más daño que los más extremados mecanicistas. Sería tan desastroso reducir al hombre a su *aspecto mental* como a sus *mecanismos fisiológicos y físico-químico*". ("La incógnita del hombre". Capítulo VIII, párrafo 2, pág. 294).

En mi volumen de conferencias del año 1936, intitulado: "El Reinado de Satanás", escribí bien claro que "reconozco el mérito de sus métodos científicos. Lo que le refutamos los católicos es *su concepción racionalista del ser humano,* que por una falsa filosofía, lo hace aparecer como campo de batalla donde traban lucha el primer instinto de volver a lo inanimado, o sea el instinto de muerte y los instintos conservadores, primando entre ellos la libido o fuerza sexual". (Pág. 103). Me alegro de estar de acuerdo en este punto fundamental con un sabio tan eminente como Alexis Carrel, a pesar de lo que haya lanzado cierto crítico sobre el particular, juzgando toda mi obra por las contadas páginas que dedico a este asunto. Desgraciadamente, no advirtió que no es sólo la obra de Freud la que comento, sino también las descentradas orientaciones de ciertos discípulos, que son los que hacen más mal aquí en nuestra

patria. Si me extiendo en la fisiología de la dormición, no lo hago sino con la intención de dar a mis lectores fácil comprensión de lo que puede resistir una teoría que aunque profundamente descansa en este fenómeno esencial al compuesto humano, es incapaz de explicar la ciencia.

Hostilidad al cristianismo.

Si habláis de tolerancia, no insultéis a los que les pedís colaboración, como lo hicisteis por *El Diario,* periódico de dirección, administración y orientación judía, que a propósito de la entrada del gran filósofo y conferencista español Manuel García Morente, en la carrera sacerdotal, publicó esta insolencia en su número del 13 de Agosto de 1938:

"El profesor García Morente, ha resuelto abrazar la carrera eclesiástica. Morente se encuentra en La Coruña, lo cual *no quiere decir que se encuentre en España.* Los bombardeos le resultan molestos, y los cañonazos perturban su estilo. La sangre le parece una substancia poco decorativa, y *morir por una causa le parece un indicio de mal gusto. En los conventos se vive bien y se mastica discretamente.* Hacemos llegar al doctor García Morente, *y por su por su intermedio al Espíritu Santo,* nuestros más respetuosos saludos".

Insultáis a los españoles cuando decís que La Coruña no está en España; insultáis a la paz, cuando preferíis la actuación en la guerra fratricida al retiro conventual; ofendéis al catolicismo, cuando os referís con ironía al Espíritu Santo, que invocan los profetas en la Sagrada Biblia, y concluís

insultando a la ciencia que siempre encontró en los muros conventuales la atmósfera más propicia para su desarrollo. Como esta afirmación brota, según la carta del señor V. Chernovetzky (no es judío, ni ruso, ni comunista), como esta afirmación, repito, brota de labios de un ignorante, voy a respaldarla con la autoridad de Alexis Carrel. Sostiene este sabio, que las almas que buscan algo más que el dinero, el dios Oro, ante el cual bailaron en danza sacrílega los judíos en el desierto del Sinaí, las almas que se rebelan contra la vulgaridad "se refugiaban en los monasterios, en las Ordenes caritativas y contemplativas, en las que hallaban la pobreza y el trabajo rudo, pero también la dignidad, la belleza y la paz. A los individuos de este tipo debería dárseles, en lugar de las *condiciones hostiles de la sociedad moderna,* un medio ambiente más adecuado al desarrollo y utilización de sus cualidades específicas". ("La incógnita del hombre". Cap. VIII, art. 12, pág. 329)

Precisamente, todo lo contrario es lo que piensan los periodistas judíos, directores, administradores y escritores de los papeles impresos que titulan *El Diario.* La tolerancia la tienen en los labios y la practican con los pies; cuando los persiguen piden humanidad, pero cuando insultan grotescamente invocan la libertad. Siempre la doble moral como instrumento.

Los que siempre sueñan con un Mesías terrenal y le preparan el camino por los métodos del judío Carlos Marx, no pueden menos de mirar con hostilidad a un hombre que busca algo más que el dinero, y un día vestirá un hábito, que es una recriminación constante a las infidelidades y al dei-

cidio de su raza. Hay que suprimir lo que obliga a pensar; lo que obliga a comparar, y por lo mismo, avergüenza.

Jamás la Iglesia católica pregonará el antisemitismo. Pero si vosotros persistís en ofenderla, naturalmente vuestra acción originará entre católicos argentinos una reacción que nadie sabe en qué finalizará. Si queréis que os respeten, respetad. Vosotros queréis que respetemos los valores de la sangre. Está bien. Reconocemos que todos procedemos de Adán y Eva. Pero no olvidéis que, hechas las debidas consideraciones a las culturas de las razas, los cristianos ponemos por encima de la sangre el lazo del espíritu.

Creéis que el antisemitismo previsor y defensivo no existe, porque no lo oís nombrar o no lo véis organizado, y os equivocáis. Esta posición es inherente al cristianismo frente al judaísmo. Si el antisemitismo de cuando en cuando tiene en ciertos ciclos históricos cierta expresión más acentuada, se debe a vuestra agresividad, y a la falta de moral en las naciones cristianas. Vuestra agresividad nace de vosotros. En cuanto a la irreligiosidad, a la expulsión de Dios del corazón del pueblo, a la mentalidad subversiva, convendría que reparáseis la parte de culpa que os cabe, por la acción nefasta de vuestras actividades anticatólicas, antinacionalistas y antitradicionalistas. Cuando en lugar de fomentar la tradición vosotros infundís en las mentes vuestra mentalidad morbosa de racionalismo utilitario la duplicidad y el disimulo, resignaos a soportar los más crueles castigos. El pecado os traerá la penitencia, tarde o temprano.

Una colectividad como la judía, que no se indig-

na cuando preclaros hijos suyos imprimen, propagan y hasta defienden, la venta de libros, que en frase del Intendente Municipal, Dr. Mariano de Vedia y Mitre, encierran ofensas a cuanto sentimiento noble y respetable existen: Dios, héroes, próceres, símbolos, instituciones, valores, humanos, etc.", como las obras intituladas: "Tumulto", de José Ananía, editada por Samuel Kaplan; y la obra "Trapecio", original de Demetrio Zadan, y pretende por sus plumas más ágiles que se legalice el comercio de la pornografía, como lo expresara el judío Israel Zeitlin o César Tiempo, en la revista judía *Columna,* no tiene derecho a inquietarse cuando se levantan los vientos de la indignación popular para barrer con tanta agresividad espúrea e insolente.

Este procedimiento indica con luz meridiana que, no hablan de derechos del hombre y de fraternidad humana por convicción, sino por cálculo.

Queremos defender los derechos humanos, pero no los derechos judaicos. Los derechos argentinos, no los derechos de la raza hebrea.

Os quejáis del antisemitismo que recrudece por momentos en asonadas incontrolables. Y no queréis confesar en vuestra duplicidad moral que la causa de semejantes ordalías las provocáis vosotros mismos con vuestros denuestos a lo más sagrado que poseen los pueblos cristianos que os asilan, y cuyas riquezas estáis empeñados en devorar. Si no queréis los efectos no provoquéis las causas; pues quien origina conscientemente el mal, es necio cuando se queja de sus consecuencias. Los hechos, aunque vuestras mentes cerradas no alcancen a reconocerlo, tienen su lógica inexorable.

Cuando hablo de provocaciones judías no me refiero a la Edad Media, no. Hablo del presente, del año 1938, durante el cual se ha publicado la traducción de la obra *Gentiles y Judíos* (los gentiles somos nosotros, los no judíos), y en la cual leemos párrafos insidiosos como los siguientes que transcribo, de las páginas 148, 149 y 150: "El obispo de Hipona, San Agustín lo llaman, había dicho a la comunidad cristiana, hace muchísimo tiempo, antes que tú y yo estuviéramos en el mundo: "*es preciso enterrar a la sinagoga en forma decente*". Y los que vinieron después le hicieron caso; sólo que la forma no ha sido decente. Nos han quemado y martirizado, nos han perseguido y asesinado, no hay tortura ni dolor que no hayan inventado para nosotros".

En primer lugar preguntémonos: ¿en qué sentido dice San Agustín que es preciso enterrar decentemente a la Sinagoga? No hay un solo católico que no entienda que la Sinagoga, quedaría sepultada en la fosa del oprobio, de la maldición divina, de la irrisión de los pueblos, del desprecio de las gentes. Se trata de una muerte espiritual por la infidelidad a la Misión que Dios confiara a Israel. No se trata de exterminio total racial del pueblo. San Agustín había leído e interpretado con clarividencia inigualada las epístolas de San Pablo, y más que nada los santos Evangelios, donde se habla manifiestamente del castigo secular que el pueblo de Israel soportará como vagabundo crónico en todos los lugares de la tierra. No hablaba, pues, sino de un entierro moral, político, religioso, nacional, patriótico del pueblo deicida. El judío Coralnik, con intención aviesa da a entender que

los cristianos hemos seguido el consejo en forma despiadada. No necesito responder a esta infamia. Todos sabemos en primer lugar que los judíos fueron los más encarnizados enemigos de los primeros cristianos; que ellos, al decir de San Pablo, a quien elogia en su libro, son los enemigos de todos los demás pueblos, todos sabemos que no siempre fueron católicos los que los vejaron, y que las persecuciones tuvieron por razón no el sepultar la Sinagoga sino el defenderse de sus robos usurarios y de sus viles manejos económicos.

Advertid cómo más adelante se creen puntales de la civilización cristiana:

"Si la Sinagoga será realmente enterrada, en forma decente o no, con honores o de un modo infamante, *derrumbaráse también todo el edificio de Pedro y Pablo, la cúpula del Vaticano y la Basílica de Letrán*".

¿Son, acaso, nos decimos, únicamente los cristianos, enemigos de la Sinagoga?

Además, ¿quiénes han sembrado el ateismo, el liberalismo, el socialismo, el anarquismo y el comunismo en el mundo? ¿No se cuentan entre los principales revolucionarios, los hijos de Israel? ¿No son también los enemigos de toda religión y del mismo Dios, los que se encargan de perseguir a los creyentes en general, sean del credo que fueren?

Asegura el autor de la obra mentada, Abbrahan Coralnik, que de enterrarse la Sinagoga, también se derrumbará la cúpula del Vaticano.

Nosotros no creemos en el exterminio de la Sinagoga en forma total, porque según el mismo San Agustín, el pueblo de Israel servirá de testimonio

fehaciente del cumplimiento de las profecías realizadas en Cristo.

San Agustín.

Escuchad a San Agustín, en sus *Enarrationes in Psalmos:* "Cuando queremos mostrar a Cristo profetizado, les ofrecemos a los paganos estas letras (de la Biblia). Y para que ni por pienso digan, los duros para la fe, que nosotros los cristianos las compusimos, con el fin de que con el Evangelio que predicamos fingiéramos los profetas, por los cuales apareciese como predicho lo que predicamos; a propósito de esto les argumentamos que, todas estas escrituras, en las cuales Cristo está profetizado, están en poder de los judíos, y todas estas letras las tienen los judíos. Extraemos los códices de las manos de unos enemigos para confundir a otros enemigos. ¿En qué situación de oprobio se encuentran, pues, los judíos? *El judío es portador del código por el cual cree el cristiano.* Han sido constituídos en nuestros bibliotecarios, al modo cómo suelen los sirvientes llevar los códices tras sus amos, a fin de que *ellos llevándolos pierdan, y éstos leyéndolos, aprovechen".* ("Enchiridion Patristicum", por M. J. Rouet de Journel. S. J., página 520.

No subsistirá el Cristianismo porque subsista la Sinagoga, sino que subsiste la Sinagoga en servicio humillante del Cristianismo, como un miembro de familia desheredado por su mala conducta. Subsistirá para que se conozca el poder de Dios, a pesar de las maquinaciones de la libertad descentrada de los hombres, que se empeñan en desobedecer sus leyes.

Más adelante, dice el judío Coralnik en la misma obra, que: "Es más fácil destruir y aniquilar la obra *dos veces milenaria del Cristianismo,* que la Sinagoga arcaica".

Parece mentira que se lancen impúnemente semejantes desafíos a nuestra generación, y los hombres cristianos permanezcan indolentes ante retos tan temerarios. Sólo una mente encenagada en la estulticia más cerrada, puede aseverar semejante desatino y contradicción. Pues, ¿qué intelecto aceptará que una religión como la cristiana, que tiene profecías evidentemente cumplidas en su Fundador, resplandeciente por la majestad de la doctrina, del milagro y de la supervivencia en 300 millones de hijos; quién aceptará que una religión que respalda la seguridad de su porvenir en la vitalidad del presente y en la fortaleza del pasado, y ha resistido embates de trescientos años de persecución en sus orígenes, tan terribles, que hicieron exclamar a un emperador romano que el nombre del Cristianismo se había borrado de la faz de la tierra, haya de desaparecer con más facilidad que la Sinagoga, que vive gracias al favor de los pueblos cristianos que la albergan? ¿Cuándo levanta la Sinagoga sus muros aislados, sino después que la Cruz de Cristo ha dispuesto el terreno para dar el pan de la caridad a sus hijos perseguidos? ¿Cuándo aparecen los judíos, sino cuando ya las naciones prosperan? ¿Dónde se multiplican, si no donde el campo económico está ya dispuesto por el cristiano? ¿Esto no indica manifiestamente, que viven como parásitos del Cristianismo?

Las pruebas de la divinidad del Cristianismo y de su vitalidad inexterminable, las pueden leer to-

dos los judíos en las magníficas apologías científicas publicadas por las cumbres intelectuales de la Iglesia Católica. Desde radio París me esforcé en dar una síntesis el año 1935, en mis conferencias dominicales, que publiqué después.

De cualquier modo, hay algo que habla de la inmortalidad de la Iglesia de Jesús, profetizada por su mismo Fundador cuando no había fundamento humano alguno para pensar en la realización de la misma.

La prueba de la vida indeficiente de la Iglesia, no la ponemos nosotros solamente en que haya atravesado los siglos superando a todos los regímenes, filosofías, dinastías y constituciones; no recurrimos a su resistencia en soportar los golpes terribles de la persecución incesante, bastarda, opresora y ciega de sus enemigos, que según promesa del Fundador, la acompañará hasta el fin de los tiempos; no recurrimos solamente a su adaptación a todos los climas, regímenes de gobierno, culturas, razas, y condiciones psicológicas de los pueblos, para demostrar que la voracidad del tiempo no podrá nada con ella. No invocamos únicamente su paciencia para esperar, y su bondad para perdonar las injurias de todos los que se empeñaban en enterrarla, y reciben al fin y al cabo el responso de sus hijos en sus sepulcros deshonrados; no oponemos exclusivamente a los que decreten su desaparición el acervo de sus beneficios y la fecundidad de sus instituciones, de sus almas selectas, de sus principios civilizadores, que forjaron y conservan lo mejor que el mundo posee. Para demostrar que la Iglesia es inmortal, no invocamos la voz estentórea de sus ministros y apóstoles co-

mo no tiene ninguna otra religión del mundo, dominando al fragor de todas las tempestades revolucionarias y predicando la igualdad de las almas, la libertad de las conciencias y la fraternidad de los cuerpos al pie de todos los tronos y cadalsos, menos deleznables que las ambiciones de los hombres que los trabaron; para demostraros, oh judíos, que la Iglesia de Cristo es divina y por lo mismo inmortal, no necesitamos recurrir a razones que evidencian que, sin ella, el poder sin freno llega a los opresiones de la tiranía y al libertinaje de la maldad, la familia se desmorona sin el puntal del altar, la propiedad es presa de avaricias solapadas, de las utopias delirantes revolucionarias y de la envidia de los perezosos; para demostraros, oh judíos, que la cúpula vaticana proseguirá irradiando con luz indeficiente la verdad inmortal, no necesitamos recurrir a los fracasos comunistas, donde en ensayo gigantesco, los hijos de Israel amontonaron ruinas que los sacerdotes de Cristo esperan volver a reunir, para levantar con perseverancia divina los altares donde se unan en el abrazo del sacrificio, Dios y los hombres. No necesito invocar estas razones, porque ni os convencieron las de Jesucristo, el Divino Maestro. Para contestaros, sin pretensión de convenceros pero sí de venceros, me basta señalaros respecto de la inmortalidad del Cristianismo, la base de la constitución religiosa de nuestra Santa Madre la Iglesia de Roma: "la Fe. Haec est victoria quae vicit mundum, fides", decía San Pablo. "Esta es la victoria que venció al mundo, nuestra fe". ¿Os dáis por enterados? ¿Penetráis la fuerza incoercible de nuestra vitalidad? ¿Sois capaces de

especular respecto de este principio de fecundidad inagotable que ha dejado restos gloriosos, no digo igualados y menos superados, pero ni siquiera comparables en las demás religiones? Nuestra fuerza es la fe, y por constituir un factor espiritual íntimo, que descansa en la conciencia, en la persuación, en la convicción racional, en la gracia de Dios, en la libertad espiritual, en la dignidad personal, por ello mismo la Iglesia no morirá jamás. Jesús sabía lo que decía cuando aseguraba a sus discípulos: "Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos".

Si la vitalidad católica descansara en el dinero otro más rico nos pisotearía; si descansara en los monumentos, como neciamente escribe el judío Coralnik en la página 149 de su obra, el tiempo o las brutalidades de los demagogos delirantes se encargarían de pulverizarla; si descansara en la espada sería una religión que impondría la brutalidad, pero no el amor; si descansara en la ciencia, se vería expuesta al criterio de los orgullosos; si invocara el poder, se vería manoseada por déspotas, que en lugar de expandir sus beneficios se interesarían en medrar a su costa como con un vil instrumento. No descansa en nada de la tierra, porque tiene origen y savia divina. Dios la alimenta con su gracia, y sus fieles responden con su fe.

Cuando se quebranta a los fieles de una Iglesia particular, la española, la mexicana, la rusa, la francesa, la alemana o la austríaca, no se quebrantan los principios fecundos del Cristianismo. La verdad no muere. Si sus adeptos padecen lo estudian mejor para defenderlo, lo conocen mejor pa-

ra expandirlo, y lo aman más al venerarlo. Ya lo decía santa Margarita María Alacocque: "Tanto más mi amor se acrece, cuanto más mi amor impugnan". Con gentes de este temple, no hay nada que hacer.

Asegurar impudentemente que ésta no es la mentalidad de las generaciones en veinte siglos de la Europa Cristiana, y escribir ,como lo hace el judío Coralnik en la página 149 de su obra *Gentiles y Judíos,* que "los pueblos de Europa jamás se han impregnado de la grandiosa idea, del aroma esencial del Cristianismo, tal cual naciera del suelo de Galilea", es lanzar un mentís no sólo a la obra de la Religión, sino a la Historia, a los Hechos, a los Monumentos; es pisotear la creación de las nacionalidades bautizadas en la pila cristiana por sus fundadores, la Realidad presente y la Autoridad de los más preclaros genioos, no sólo cristianos, sino también adversarios, y hasta enemigos encarnizados de la fe. Realmente los judíos testimonian cada vez más que, agitados en el mundo cristiano, no saben lo que quieren, lo que dicen, ni lo que hacen. Son más ignorantes que malos. Perdónalos, Señor, pues no saben lo que escriben.

En lo pasado, los judíos preocuparon a los jefes de Estado de Egipto, Persia, Cirenaica, Grecia y Roma. Fustigados se hacían más prudentes, pero no menos pertinaces. Hoy, continúan en el mismo tren. Y sin pretender justificar ni las intenciones ni los métodos, ni las doctrinas sustentadas por sus perseguidores, básteme sólo insinuar que, razones muy sólidas de Estado han existido, para que llamen la atención de Italia, Alemania y Palestina, según lo patentizan sus inquietudes actuales.

Que este pueblo sirva al mundo cristiano de testimonio de la venida del Mesías, que su ceguera constituya un castigo secular milagroso, que haya dispuesto el terreno al Redentor, que su vida errante resulte en ventaja de la confirmación del cristianismo, no son razones para que los pueblos cristianos vivan desprevenidos de sus intromisiones audaces ni para que sean despreciados por razón de nuestra raza o de nuestra religión.

Recordando que del pueblo judío salió Jesucristo, luz del mundo, hemos de rogar para que su perfidia, según reza la Iglesia el Viernes Santo, se trueque en luminosidad, ahora para la mayoría de sus hijos proscriptos, y en el final de los tiempos para todos los que forman colectivamente el pueblo de Israel.

La caridad, método cristiano de conquista.

Tengamos presente que ningún judío queda excluído de la posibilidad de conversión al cristianismo. Esto será, si queréis, difícil por su orgullo de religión, o por el mote de traidor que el judaísmo dá a los que pasan a otra religión, pero no es moralmente imposible.

"San Vicente Ferrer, recorriendo multitud de poblaciones y predicando en ellas con la elocuencia persuasiva de una fe ardorosa, había conseguido convertir al cristianismo una multitud de rabinos, que después prestaron grandes servicios en pro de la religión que habían abrazado. En el año 1407, sólo en un día consiguió el santo la conversión de más de cuatro mil judíos en la primer metró-

poli de España, quedando desde entonces convertida en iglesia su principal sinagoga.

La conversión de Pablo de Santa María, que llegó a ser Obispo de Burgos, la de su hermano Alvar García, y la de sus dos hijos Gonzálo García Alonso y Pedro de Cartagena, comisionado el primero por Benedicto XIII para vigilar el cumplimiento de la Bula de Valencia, y honrados los últimos con dignidades civiles y eclesiásticas; la de Juan Alonso de Baeza, de Fray Alonso de Espinosa, de Juan el Viejo y de otros ilustres rabinos, acreditados por su saber y amor a las letras, daba gran impulso a la cultura española". ("Diccionario de Ciencias Eclesiásticas", por los doctores Niceto Alonso Perujo y Juan Pérez Angulo. Tomo VI, páginas 164 y 166).

En la Basílica del *Ecce Homo* de Jerusalén, existe una *Archicofradía de la Oración y Sacrificio por Israel.* Precisamente la última intención general del mes de Diciembre de 1938, del Apostolado de la Oración, aprobada y bendecida por el Papa, pide que roguemos para que Dios suscite apóstoles aptos para convertir al pueblo judío. No olvidemos que la Iglesia Católica ve almas por encima de todo. El sacerdote Teodoro Ratisbonne, judío converso, fundó una sociedad llamada de Nuestra Señora de Sion, encargada primordialmente de convertir a hebreos.

Dice E. S. Gonella que "en Jerusalén tienen los sacerdotes de esta Congregación, una escuela que recibe más de 200 niños judíos, a los que se les enseña la Sagrada Biblia, la moral del Decálogo, y se les instruye en el respeto que deben mostrar a Cristo, a la Cruz y a la Iglesia. Igualmente las

Hermanas de Nuestra Señora de Sión, admiten alumnas israelitas en sus pensionados de Jerusalén, Viena, Budapest, Rumania, (en este país tienen más de 500 alumnas hebreas), y Bulgaria, donde la mayoría de las alumnas son judías. En Inglaterra, desde hace ya 20 años, la *Catholic Guild of Israel, da semanalmente sus conferencias* en el barrio judío de Wistechapel, disminuyendo así muchos prejuicios y contribuyendo a establecer relaciones amistosas entre cristianos y judíos. Por su parte, los israelitas conversos de los Estados Unidos de Norte América han trabajado con energía, aunque aisladamente. *Ninguna organización ha dado resultados positivos, por falta de sacerdotes que sostuvieran y dirigieran estos esfuerzos".* ("El Mensajero del Corazón de Jesús en las regiones Andinoplatenses". Año XII, Nº 12, pág. 490).

El pueblo judío permanecerá, según la profecía de San Pablo, endurecido en el error de su corazón hasta el fin de la humanidad. Recién entonces se convertirá hacia el Dios de sus padres. Entre tanto, vagará obstinado, fuera del reino de la Verdad, del Amor, de la Justicia y de la Paz, instituído por Jesús. Proseguirá odiando a nuestra civilización, que por estar impregnada del espíritu evangélico se llama cristiana, vale decir, repulsiva de las actuales ideas judaico-talmúdicas.

El pueblo judío es el más hábil seductor, y a la vez el más seducido, por los errores. Ya dije en un principio, que es el pueblo de las contradicciones. Debe estar expuesto a todas las ilusiones de la mentira y de la iniquidad un pueblo que, por su dura cerviz está empeñado en ignorar las ver-

dades de la fe Cristiana. "Querer ignorar siempre, dice Tertuliano en su Apología, es gana de aborrecer, y fomento del aborrecimiento el desvío de la noticia". (Cap. I, pág. 137). Inquirid cuántos judíos se esmeran por conocer lo que desprecian y combaten. La ignorancia voluntaria los envilece. San Pablo dice que "se perderán, por no haber recibido y amado a la verdad a fin de salvarse. Por eso Dios les enviará o permitirá que obre en ellos el artificio del error, con que crean a la mentira, para que sean condenados todos los que no creyeron a la verdad, sino que se complacieron en la maldad o injusticia". (2a. a los Tesalonicenses. Cap. II, vers. 10 y 11).

Bossuet.

"La incredulidad de los judíos, dice elocuentemente el más grande orador sagrado, Bossuet, no puede hallar excusa de ninguna suerte".

Por esta razón, desde esta época (de la Encarnación del Hijo de Dios, el Mesías prometido), observamos señales indudables de que *figuran en el número de los réprobos.*

Después de Jesucristo, no han hecho otra cosa que *hundirse más profundamente en la ignorancia y en la miseria,* de que cuando llegue el tiempo fijado por la Providencia divina como fin del *castigo de su ingratitud,* y cuando *su orgullo esté domado,* saldrán *por la fuerza extrema de sus padecimientos, por la vergüenza que les cause el haber sido largos años presa del error,* y más que todo esto *por la bondad de Dios,* que los sacará de tan lamentable estado. Hoy siguen siendo objeto de

burla para las naciones, y *objeto de su aversión,* sin que a pesar del largo cautiverio que han sufrido, abran los ojos y se den por convencidos.

Díceles San Jerónimo: "¿Qué esperas, judío incrédulo? Durante el mando de los jueces, has cometido muchos crímenes; tu idolatría te ha hecho esclavo de las naciones vecinas a la tuya; Dios, sin embargo, tuvo piedad de ti y se apresuró a enviarte salvadores. Durante los Reyes, multiplicaste tus idolatrías, y las abominaciones que cometiste en los reinados de Acáz y Manasés fueron castigadas con setenta años de cautiverio. Vino Ciro y te devolvió Patria, Templo y Sacrificios, mas al fin fuiste destruído por Vespasiano y Tito, y acabó de exterminarte Adriano, cincuenta años más tarde, haciendo ya cuatrocientos que permaneces en la opresión". Esto les decía san Jerónimo, cuyos argumentos se han robustecido después, debiéndose añadir ahora *mil novecientos* años a los de la desolación del pueblo judío.

Y ya que van transcurridos, no cuatrocientos años, sino diez y nueve siglos de su cautiverio, sin que el yugo se les haya convertido en menos pesado, preguntámosles también: "¿Qué has hecho, pueblo ingrato? Esclavo en todos los opaíses y bajo todos los gobernantes, no sirves a los dioses extranjeros. ¿Cómo Dios que te eligió, te ha olvidado? ¿En qué se han convertido sus antiguas misericordias? *¿Qué crimen, qué atentado mayor que el de la idolatría, te hace sufrir un castigo que jamás merecieron tus antiguos pecados?* ¿Callaste? ¿No comprendes por qué causa se muestra Dios inexorable contigo? Recuerda estas palabras de tus pa-

dres: ¡*Caiga su sangre sobre nuestras cabezas y sobre las de nuestros hijos!*, y también: *No tenemos otro rey sino el César.*

"No será tu Rey el Mesías; guarda bien lo que has escogido, y sigue siendo esclavo del César y de los gobernantes, hasta que la "plenitud haya entrado en el gremio de Jesucristo, y que todo Israel se haya salvado". (Discurso sobre la Historia Universal. Cap. XXIV, págs. 290 y 291).

EL JUDIO FREUD
COMENTADO POR EL
JUDIO ZWEIG

Bases materialistas.

Freud es el psicólogo del materialismo dominante. Es un judío irreligioso y ateo. Ha estudiado medicina, y se ha iniciado en los estudios psicológicos, según la mentalidad de las escuelas racionalistas de los liceos y escuelas secundarias, donde cuando estudian psicología experimental, estudian todo menos psicología, es decir, la ciencia del alma, pues el alma no entra en sus disquisiciones. Para comprobar la existencia y procesos de los fenómenos psíquicos sensibles, ascendemos de los efectos a las causas y de la complejidad de las causas secundarias al principio vital que informa a los seres vivientes.

Freud no procede así. Entorpecido por sus prejuicios racionalistas, materialistas, y ateos, entra en el vasto campo de las experiencias delicadas y complejas del ser humano, y declara con un: yo lo digo y basta, que todos los trastornos psíquicos

proceden en los seres humanos de la inhibición de un deseo sexual no satisfecho, y trabado por las fuerzas ciegas del abismo humano en la región de lo inconsciente.

Es exclusivista en tal forma, que no admite réplica de nadie ni nunca. Nadie ha visto antes que él y nadie puede explicarlo mejor que él. Binet, Charcot, Claparede, Eymieu, Ferrari, Foucault, Gemelli, Grasset, Janet, Le Boy, Lubbok, Pennazza, Richet, Ribot, De Sanctis, Wasmann, Wundt, y otros mil autorizados maestros en la materia, no pesan nada en la balanza de sus juicios indiscutibles.

No admite objeciones de ningún género, ni de su maestro Charcot.

Que las neurosis nazcan de deseos no satisfechos, pase. Que siempre nazcan de la inhibición y siempre por las trabas que ponga una tendencia inconsciente, ¿quién podrá sostenerlo con fundamentos de razón? ¿De cuándo acá, enseñó la experiencia de la historia humana, que el instinto sexual domine y dirija toda la vida del hombre? ¿No hay, por ventura, potencias superiores que nos cautivan y elevan a regiones ideales, y de tal manera nos absorben, que orientan, encauzan, reforman, disciplinan, gobiernan y mantienen a raya todos los instintos, todas las tendencias inferiores que nos inclinan hacia la emoción, la pasión y hasta a la inversión de los instintos humanos?

Para Freud, "libido" es en principio, una fuerza psíquica, instintiva e indefinida que tiende a expansionarse por actos sexuales, o bien puede "espiritualizarse" en mil formas. Todo se debe a esta fuerza, según su opinión.

¿Veis a ese niñito que descansa sonriente en los brazos de su madre? Extiende sus manecitas para apretar algo que se le ofrece y llevarlo a la boca. ¿Por qué? Por causa del instinto sexual, que se desenvuelve en el proceso de la nutrición, lugar donde se inician todos los instintos del goce humano.

Diréis que a esta tendencia es el instinto de conservación quien la alimenta, para que nuestra naturaleza alcance su perfección por medio de los objetos que le brindan bien al ser humano, objetivo de la naturaleza; y que esto es confundir el *apetito sensitivo de conservación* con el *apetito sexual,* de orden y objeto distintos. Aduciréis en vuestro favor, la experiencia personal y la autoridad de infinidad de sabios psicólogos. Es verdad. Pero esto interesa poco o nada a quien se arroga el derecho de invención de una ultrapsicología cubierta con el profundo título de abismal, cuyos principios ofrece desde el primer momento como indiscutibles.

Oíd a su panegirista, el judío Stefan Zweig, lo que escribe en el capítulo VII, pág. 119, respecto de la exposición doctrinaria del tendencioso hombre de ciencia:

"Los perversos, no son, según la creación de Freud, seres cargados de herencias, de enfermedades, ni sobre todo criminales; son en su mayor parte, *seres que se acuerdan con una fidelidad fatal de cierta forma de realización voluptuosa* de su época pregenital; de un acontecimiento erótico de su período de desarrollo, y que, dominados por la familiaridad de la repetición, *no pueden buscar la voluptuosidad más que en esta dirección*".

¿Qué es un perverso? El Diccionario Espasa lo define un ser "sumamente malo, depravado en las costumbres u obligaciones de su estado".

Pues bien, según Freud, no es ni malo ni depravado el hombre perverso, sino simplemente, un ser que "*se acuerda con fidelidad fatal de cierta forma de realización voluptuosa*". Nada más. Y cuando un padre reprenda a su hijo y entienda encarrilarlo por las sendas de la moralidad preceptuada por Dios para beneficio del individuo, de la familia y de la sociedad, ese padre podrá escuchar de la boca de su hijo, que está equivocado, pues la ciencia moderna, que habla por boca de los autorizados psicólogos, que repiten el credo de Freud, dice lo contrario. Así pues, el que dijere lo contrario miente.

Y ya que he citado al judío Zweig, voy a proseguir a su lado en el comentario de su compatriota, pues de un golpe mataremos el vuelo erróneo de estos pájaros judíos.

Haekel había formulado que *la ontogénesis recapitula a la filogénesis.* Es decir, que todos los procesos evolutivos de la vida animal hasta el hombre, se encuentran sintetizados en el embrión humano, en las diversas fases de su desarrollo, en el laboratorio del claustro materno.

Freud dice que: "cada individuo renueva simbólicamente en su *desarrollo ético, toda la historia de la civilización.* Invisiblemente, puesto que es inconscientemente, que cargamos todos en nuestra sangre los viejos instintos bárbaros... corrientes misteriosas de nuestro inconsciente, nos conducen todavía y siempre, a esos tiempos primitivos *sin ley y sin moral*". ("Freud", cap. VII, pág. 123).

Reflexionemos. Si cargamos con una tara de viejos instintos bárbaros que nos conducen a tiempos sin ley y sin moral, y por otra parte, nuestros actos dejan de ser perversos por hallarnos dominados por la familiaridad de la repetición, ¿qué responsabilidad deja a la persona humana para que pueda presentarse con grandeza de carácter y merecer con aplauso unánime el goce de su conciencia en el deber cumplido cuando vence sus malas inclinaciones? ¿En qué va a parar la persona humana, es decir, nuestra substancia espiritual, una, indivisa y completa, que conoce y tiene conciencia de la responsabilidad de sus acciones?

Es que Freud, se nos arguye, no pone solamente el instinto inconsciente como base de todos los actos psíquicos de nuestra vida. "Por esta causa, prosigue Zweig en su obra mentada, pág. 123, desde el principio ha opuesto teóricamente, a la lujuria, al instinto centrífugo, que tiende a sobrepasar al Yo y a fijarse, otro instinto, que llama *primer instinto del Yo*, en seguida instinto agresivo, finalmente instinto de la muerte, y que impulsa a la extinción en vez de la reproducción, a la destrucción en vez de la creación, a la nada en vez de la vida".

Si Freud y su comentarista Zweig hubiesen leído el catecismo que nosotros le enseñamos a los niños de primera comunión, hubiesen sabido mejor que Platón y todos los filósofos paganos, que el hombre tiene alma y cuerpo. Que el alma es substancia espiritual, libre, inmortal, unida pero esencialmente diferente del cuerpo material, al cual informa. Y al recordar las primeras páginas de la Biblia, se hubieran apercibido de que, por ley de

solidaridad el pecado de nuestros primeros padres, sin destruir nuestra naturaleza, además de privarnos de la gracia de Dios nos dejó más propensos e inclinados al mal. Y así naciendo degenerados aunque sin culpabilidad personal, hoy, heredamos esta tendencia a deslizarnos con más facilidad por las sendas del mal que a ascender con robustez viril, es decir, con virtud, por las sendas del bien que perfecciona. Esto por supuesto, sin querer esquivar la influencia hereditaria de la sangre pervertida o sumamente ardiente de nuestros antepasados, que influye de un modo evidente en la marcha de las actividades, aunque sin impedirnos el libre ejercicio de nuestra voluntad, excepción hecha de los enfermos.

Así pues, si estos hombres se hubiesen cuidado de hojear no solamente los libros de psicología que brindan los racionalistas, sino también los que maneja larga, concienzuda, penosa y profundamente un futuro sacerdote, en las fecundas horas de su Seminario de ideas, habrían encontrado en sus reducidas y bien probadas tesis que, nosotros admitimos en el ser humano tendencias o *apetitos racionales,* procedentes de una facultad espiritual y tendencias y *apetitos sentivos,* que se originan en una potencia orgánica animal.

Así se hubiera librado Freud de tener que recurrir al instinto del yo, de la muerte y de la *agresividad,* que se afirma pero no se demuestra, por que es una pura fantasmagoría. El Yo no es un instinto ciego y fatal, orgánico y animal, sino simplemente *una persona en el sentido estricto de esta palabra, esto es, una substancia indivisible, distinta de los otros hombres, capaz de entender y*

responsable de sus acciones, según definición del sabio jesuíta J. de La Vaissiere, sostenida en su "Psicología Experimental", premiada por la Academia Francesa. (Número 73).

El mismo Zweig declara paladinamente en la página 124 de su obra citada que *"Freud no ha conseguido representar este instinto contrario tan claramente y con forma tan persuasiva como el instinto sexual. El reino de los instintos llamados del Yo, en su cuadro filosófico del universo, ha quedado bastante vago".*

Y concluye con este paliativo, que es la condenación a la vez que la explicación de sus desvaríos:

Exageración.

"Se tenía necesidad de exagerar para que el pensamiento pudiese conquistar la época".

Toda exageración consciente es una falsedad, es un error consciente, es un engaño a que se induce al ignorante. He aquí por propia confesión de parte, de qué medios se vale una doctrina, que de ser real, no necesitara de vehículo tan desastroso y miserable: la exageración.

En la página siguiente afirma el crítico de Freud que: *"el Yo que existe en el sueño,* no es el mismo *que en el estado de vigilia".*

De acuerdo; pero, ¿cómo se compagina esta sentencia con la anterior, de que *"todo sueño es la revelación de la voluntad más íntima"?*

¿Cómo pueden ser expresión de nuestra voluntad íntima actos que no están regidos por el "yo voluntario", sino por el "yo afectivo", que no es el mismo?

Si hubiesen de juzgarnos por estos actos mal llamados de voluntad, habrían de encerrarnos a todos en manicomios, en casas de retardados o en presidios, pues el "yo onírico o de los sueños" es, según explica Zweig, *"el Yo total, la suma de nuestra vida"*.

Es inexcusable confundir tendenciosamente, como lo hace Freud, los sueños-deseos con los actos de libertad consciente y completa.

Es inexcusable confundir deseos espontáneos que nos azuzan despiertos con consentimientos de la voluntad.

Es inexcusable querer explicar por los reducidos actos controlados por el psicoanálisis abismal, las complejas situaciones, orientaciones y determinaciones de la persona humana.

Es criminal engañar así con conciencia de exageración al público ávido de verdad, vendiéndole matetecnia, es decir, ciencia fantástica.

Esto es simplemente introducirse subrepticiamente en la mentalidad del lector para ingurgitarle conclusiones desmoralizadoras y demoledoras, que lanzan por la borda de su espíritu desconcertado todos los principios de responsabilidad moral. Esto es simplemente satánico.

Asentar que todo sueño no significa otra cosa que un *"deseo reprimido"*, es confundir malévolamente la inteligencia del lector, equiparándole los actos instintivos, espontáneos, irresponsables, naturalmente inconscientes, con los actos de consentimiento, con los deseos consentidos conscientemente.

Además, si son deseos reprimidos son deseos involuntarios, no consentidos, rechazados, odiados,

condenados por nuestra razón, de cuya lucha trágica sale el hombre con el carácter más acerado, y embellecido con las heridas de la lucha moral dolorosamente hermosa.

El deseo inmoderado, reprimido, condenado y rechazado, no es el hombre sino el peligro del hombre, la tentación, la prueba.

Si libre puedo ser probado; si soy probado por la atracción del mal, me enriquezco con el hechizo del mérito personal, ilustrado, libre, amoroso, y sacrificado; así la lucha forja a nuestra grandeza, en la virtud y a nuestra recompensa en el triunfo. Donde no hay adversidades ni esfuerzos, no hay hombres completos; hay monigotes.

Decir, pues, que "todo sueño es la revelación de la voluntad más íntima", es el disparate más garrafal. Siempre el mismo orgullo de sabios, literatos, fiósofos, artistas, legisladores, potentados, hombres de ciencia, políticos, sociedades, familias y naciones, que en ansias locas de marcarse arbitrariamente los derroteros de su vida, buscan una excusa, un pretexto con apariencia de intelectualidad, a sus condenables desvaríos, como si la ciencia integral pudiese ser cómplice consciente de las miserias personales.

Señalemos otra contradicción: *El sueño no conduce* libre *y abiertamente los mensajes de lo inconsciente, sino que los* desliza de contrabando por *vías secretas bajo los disfraces más singulares.* (Página 80).

¿No habíamos quedado en que todo sueño es la "revelación de la voluntad más íntima", (pág. 74), y que no significa otra cosa que un "deseo reprimido"?, (pág. 78). ¿No afirmó antes en la pág-

na 76, que *penetrar su mensaje es conocer nuestra más íntima esencia?* (pág. 76).

Pues entonces, ¿cómo vamos a conocer nuestra personalidad, nuestra íntima esencia de libertad, por medio del sueño que desliza "mensajes de contrabando", y no los conduce ni abierta ni libremente?

"Los sueños, dice sabiamente el psicólogo De la Vaissiere, van con la mayor frecuencia *dirigidos por un estado afectivo* que reemplaza a la *actividad voluntaria superior;* este estado afectivo puede *responder* a deseos reconocidos y justificados, a dudas, a escrúpulos, a pesares, a remordimientos, etc.". ("Psicología experimental", Nº 69, página 308).

Con esta aclaración discurramos sobre las doctrinas freudianas.

Si no somos libres durante el sueño, porque la actividad voluntaria superior se ve reemplazada por la actividad afectiva, que responde lo mismo a deseos llevados a la acción como a los innumerables deseos contradecidos o pasados de largo; si además, el medio empleado para adivinar lo que simboliza el sueño, es el estado estrambótico cuando no de sugestión y anormal del psicoanálisis, al que se sujeta al paciente, ¿en qué mente cuerda cabe asegurar que, así se conseguirá *la revelación de la voluntad más íntima y más secreta del hombre?* (Pág. 74).

¿Podrán tener conocimiento racional y conciencia de sus existencias y de sus efectos por lo mismo que son inconscientes?

Sólo un principio espiritual, racional, libre, inteligente, indivisible e indestructible, puede reali-

zar las operaciones superiores de la conciencia humana, y coordinar *las conveniencias complejas* de cada uno de nuestros órganos y de sus funciones variadísimas, y darnos un relativo conocimiento de éstas, ya sea por la sensación, ya por el estudio teórico y práctico que brindan la anatomía, la fisiología, la neurología, la citología, la biología, la psicología experimental, y la racional o filosófica.

¿Por qué en lugar de excluir no tratamos de conciliar una explicación experimental y racional de las operaciones espirituales y las fuerzas físicas del cuerpo humano?

Iluminemos en buena hora los misterios de las regiones inconscientes y subconscientes, diseguemos hasta donde lo permita el microscopio y el ojo avizor del sabio citólogo, los tejidos en millonésimas de milímetro. Pero seamos cautos para no traspasar los límites de la ciencia que nos creemos poseer, orientando todos los demás ramos del saber humano hacia nuestra especialidad; ya que nos consta por esta misma especialidad en que nos enfrascamos, nuestra ignorancia de los demás campos del saber, y así confesamos que, non datur universale a parte rei, con cuya frase el filósofo afirma basado en razón, que el concepto de universalidad no se da en ningún ser en concreto.

Nadie posee la universalidad del saber fuera de Dios. Es criminal pretender deducir la verdad de un acto consciente por las manifestaciones emitidas en *estado de vigilia relajada*, y más aún por la fuerza hipnótica, como en primer término lo ensayó Freud.

Puedo en estados anormales confesar la realidad

de actos personales; pueden ser éstos exteriormente condenables, y sin embargo, no ser imputables de culpabilidad, no porque no hayan podido ser condenables, sino porque yo no tuve conciencia o intención definitiva de realizarlos.

Decir que "todo acto frustrado, toda acción resultante aparentemente de un error, *expresa una voluntad oculta*", es una imbecilidad sin nombre, pues ni el sentir es consentir, ni el pensar mal es querer.

Para que mi revelación exprese un acto de mi voluntad, debe haber conciencia y consentimiento. Si falta alguna de estas dos modalidades, o se hallan disminuídas, la voluntad se aminora, y por momentos puede desaparecer por completo. Entonces dominan los actos instintivos o espontáneos pero no la voluntad. Donde no hay conciencia o voluntad no hay culpa, y puede haber virtud, por un acto de vencimiento interior, que no controlan todos los métodos psicoanalíticos del mundo.

Puedo yo tener conciencia vívida de una tentación que me haya inclinado largos años al robo de un objeto precioso. Puede haberse convertido en mí en una especie de monomanía, y sin embargo, no tener culpa, porque mi voluntad siempre desvió el asentimiento formal.

Para Freud, el primer principio de nuestros actos conscientes es lo inconsciente del instinto sexual. Para penetrar en sus vericuetos usa del método psicoanalítico, tan discutido y problemático, y la materia sobre la cual trabaja con este procedimiento son los sueños-deseos.

Todos sabemos por experiencia, que la conciencia de nuestros sueños o conciencia onírica, se di-

ferencia de la conciencia en estado de vigilia, aunque psicológicamente están unidas en la única persona humana. Todos sabemos que soñamos reproduciendo en el fondo obscuro de nuestros sueños, objetos reales o fantasmagóricos, que son combinaciones quiméricas que tienen por base próxima o remota objetos que hemos visto o nos han sido descriptos. Más aún; regularmente solemos soñar con las cosas que más nos cautivaron la atención durante el día.

Admitimos de consuno que, los actos de la conciencia onírica o soñadora, se oponen en sus inclinaciones instintivas a las leyes superiores de la conciencia despierta, pues unas son las leyes de la carne y otras las leyes de la razón; unas son las inclinaciones desatadas, y otras las directivas de la inteligencia. Así pues, condenamos despiertos lo que nuestros instintos sin control ejecutaron dormidos, y no queremos por nada identificar el valor de un acto que dependía del estado afectivo con el valor de un acto hecho a conciencia cabal y voluntariamente.

En el sueño se desboca el afecto cabalgando en la alocada fantasía. En la conciencia del hombre despierto, debe regir la razón coordinando las fuerzas de la voluntad disciplinada y del corazón apasionado.

Todo lo que hemos visto despiertos, podemos ver dormidos en su medida exacta o exageradamente Pero ver y sentir, no quiere decir consentir, querer, tener conciencia plena, perfecta, responsable, libre y voluntaria.

Oigamos ahora a Freud por su intérprete Zweig: "Ningún sueño, dice Freud, es completamente

absurdo: cada uno, como acto psíquico, tiene un sentido preciso. *Todo sueño es la revelación,* no de la voluntad suprema, divina, sobrehumana, sino frecuentemente *de la voluntad más íntima y secreta del hombre".* (Pág. 74).

Si el sueño es acto no libre, que traduce mensajes deformados de actos no libres, ¿cómo puede servir de exponente para conocer nuestra personalidad, es decir, nuestro yo consciente y libre, responsable de sus destinos?

¿Cómo vamos a buscar libertad superior, en donde no hay más que actividad afectiva, que instintivamente, sin control cabal, busca, dirije y responde lo mismo a deseos cuerdos que a esperanzas locas?

Podemos extraer a veces de un estado de conciencia onírica, ciertas deducciones orientadoras y problemáticas, pero jamás admitirá el sentido común que, para conocer a un hombre perfectamente, hayamos de penetrar como nigromantes en el cuarto obscuro de los sueños, a fin de dilucidar su sentido enigmático.

Enunciar con todo desparpajo que "ninguna ciencia psíquica puede alcanzar la esencia de la personalidad del hombre, si no considera más que su actividad en estado de vigilia y responsable", (pág. 84), es sencillamente, ignorar la esencia de la personalidad y el objeto de la ciencia psicológica, experimental y racional.

Al hombre no se valoró jamás por lo que pensó, deseó e hizo dormido, sino exclusivamente por lo que ejecutó despierto.

La misma Iglesia encargada de controlar los más mínimos deseos en nombre de Dios, jamás apela

en sus fieles a otro procedimiento que el de la propia confesión de boca, y jamás puede valerse de otros métodos para conocer la conciencia humana en la manifestación de la responsabilidad de sus acciones.

Querer internarse por otros métodos en la conciencia humana, es no sólo inconveniente sino peligroso, y con frecuencia expuesto a la inmoralidad. Ya hemos visto, pues, los fundamentos en que descansa la conclusión de Zweig cuando afirma que, Freud, "ha interpretado *por primera vez*, el "sentido biológico" del fenómeno del sueño, como necesidad psíquica" (Pág. 81).

Biológicamente, el sueño es para unos una asfixia por carencia de oxígeno; para otros, intoxicación de centros nerviosos, o anemia cerebral o hiperemia cerebral, o interrupción de las relaciones entre los hemisferios y el resto del cerebro.

Os transcribo una nota de la "Psicología Experimental", del autor antes mencionado, que dice así: "El sueño es una liberación del alma (en opinión de Schelling); es un esfuerzo de desinterés, según Bergson, pues tanto dormimos cuanto nos desinteresamos.

"Según Claparéde, no dormimos por estar intoxicados o agotados, sino para no estarlo.

"La conclusión de De La Vaissiere, es la siguiente: el sueño no se explica suficientemente por las teorías biológicas. El agotamiento mata, en vez de adormecer, y la necesidad de dormir se deja sentir mucho antes del agotamiento real.

"*Es mucho más probable que el sueño sea, el ejercicio de una tendencia instintiva*". (Nº 69, página 309).

Creo que esto basta para opinar científicamente sobre el sueño en sus aspectos biológico y psicológico, sin necesidad de buscar sentidos esotéricos vendidos por un sistema cabalístico, que resucita ideas viejas con nombres nuevos, en un forraje de atrabaliarias incoherencias y afirmaciones gratuitas y probables.

No es Freud, ni el primero ni el único que ha interpretado el fenómeno del sueño como una necesidad psíquica.

Los eruditos convienen en reconocer que el método del psicoanálisis de Freud se inspiró en el método de purificación psíquica de Breuer.

No entiendo con esto negar méritos, ni excluir el valor de los métodos de introspección usados por los psicólogos.

Ni siquiera pretendo disminuir los beneficios relativos de la teoría, hipótesis o suposición freudiana. Esto sería simplemente oponer una exageración a otra exageración. Esto no sería ni razonable, ni justo, ni provechoso.

Lo que he pretendido, es simplemente poner sobreaviso a mis benévolos lectores acerca de las orientaciones exclusivistas y tendenciosamente materialistas de este judío muy bien aprovechado por los comunistas de hoy, empeñados en emburujar todas las doctrinas estrambóticas que infiltren en el hombre la convicción de que no es más que una bestia perfeccionada que obedece a los instintos ciegos, monopolizados por el factor sexual.

Alexis Carrel contra Freud.

Por algo dice el sabio escritor Alexis Carrel (Premio Nobel de Medicina), que "Freud ha in-

sistido sobre la importancia capital de los impulsos sexuales en las actividades de la conciencia.

Sin embargo, *sus observaciones se refieren principalmente a gente enferma.* Sus conclusiones no deberían generalizarse incluyendo a los individuos normales, especialmente a aquellos que están dotados de fuerte sistema nervioso y dominio de sí mismos.

Mientras los débiles, los nerviosos y los desequilibrados, se vuelven aun más anormales cuando sus apetitos sexuales son reprimidos, los fuertes se vuelven todavía más fuertes practicando la castidad'". ("La incógnita del hombre". Cap. IV, Art. 7, pág. 161).

Si tenemos en cuenta que según los psiquíatras el mayor porcentaje de neurasténicos, anormales, suicidas y degenerados señalados por la sordomudez que van a engrosar los manicomios salen de la raza judía, no nos admirará que el judío Freud, viviese obsesionado por su sistema. Su ambiente le era propicio para su desarrolloo. Acaba de publicarse un artículo en una revista científica de esta capital, demostrando que los judíos llevan también la palma entre los entregados a vicios innominables.

El judío Marx interpreta materialmente los procesos históricos, Hegel ofreció su doctrina panteística; Freud su psicología abismal, y el judío Lenin ofreció la realización de estas aspiraciones bárbaras.

Con el llamado a estos sistemas abigarrados, entienden cohonestar, los judíos, todos los desmanes del hombre enfurecido frente a las crueles injusticias de sus hermanos. Y creyendo que explicación

equivale a curación, se levantan como exclusivos redentores de la humanidad, a la que quieren supeditar dictatorialmente a sus procedimientos salvajes con ínfulas de métodos científicos.

Qué gloria tan grande es para la civilización cristiana tener por adversarios enemigos de este talante, aniquilados más que por los argumentos de razón y por los descubrimientos de la ciencia, por los frutos de desmoralización y la reviviscencia de los instintos salvajes, que pretenden insanos justificar ante el sentido común, con el oropel de un cientifismo malévolo. Hay enemigos que honran, pues al estar contra nosotros, declaran paladinamente que no comulgamos con sus ruedas de molino.

Por más esfuerzos que realicen los que rechazan la creación y redención del hombre por Dios justiciero y amoroso, no lograrán a pesar de todos los pujos científicos, inyectarnos la convicción de que no hay más regla de moral que la impuesta por los dictados del instinto fatal.

Conciencia, instinto y fenómenos de conciencia.

Jamás nos demostrarán que la elevación de miras, la pureza de una santa Teresita, el seráfico sentido de humanidad de San Francisco, el ardor de apostolado de Santo Domingo, la saludable renovación y sabia disciplina de San Agustín, la mancomunidad de sabiduría y santidad de Santo Tomás de Aquino, las electrizantes llamaradas de caridad de San Vicente de Paúl, el genio y la humildad de Bossuet, la infatigable atracción hacia

la niñez y juventud olvidada de Don Bosco, la meliflua armonización de la plegaria, el trabajo y el estudio brotada en el corazón de San Bernardo, las virtudes reservadas de las jóvenes que embellecen como flores de inextinguibles perfumes los hogares; el amor heroico de las madres que escudan bajo la arcada de su cuerpo las vidas de sus hijos amenazados; que el carácter sacrificado de nuestros padres y las ricas eflorescencias de los titanes del genio, que dejaron una gloria de luces relampagueando en todas las doradas cúpulas del saber, sean meros productos de la evolución fatal de tendencias instintivas sexuales.

Para ver la diferencia entre instinto material y alma espiritual que orienta y domina como señora, no hay necesidad de tener fe. Para constatar que, sin oponerse, ambas fuerzas pueden converjer a una finalidad sublime, basta tener razón.

Eso sí; la antigua moralidad del griego pagano, cimentada en formulismos y exterioridades, se implantará sobre las ruinas del corazón desmoralizado de los que nunca fueron cristianos, o bien se descristianizaron por intereses inconfesables. Esto no demostrará más que el hombre en su libertad abusó de dádiva tan elevada, pero nunca que el desenfreno de sus instintos inconscientes le servirán de plinto de grandeza para elevarse sobre sí mismo y superarse hasta saborear las radiantes luces del monte de los enamorados de Jesús.

Hay una sentencia indeleble controlada por la luminosidad de los frutos sabrosos de civilización cristiana, y es simplemente la que enuncia la Biblia cuando proclama que *toda la gloria del hombre procede de su interior,* de su espiritualidad,

de su carácter, de su sentimiento de honor, de libertad de conciencia, de responsabilidad, pues en boca de Jesús: *Todo está en el corazón.*

Lo demás es atentado a la buena fe de los ávidos de verdad y autoridad. Y esto es una locura y un crimen a la par.

Sementar ideas de sistemas enfermizos que embolsan la razón, la libertad y el espíritu con sus amores, penas y alegrías en los límites del instinto sexual, es instar a que el hombre abdique el reino del sentido común para inmergirse en las aguas fétidas de la impudicia depresiva.

Cuando en la rozagante primavera que despierta como virgen dormida en brazos del largo invierno, se estremece con celeridad inusitada la savia que vitaliza y renueva, ¿qué hacemos los hombres amantes de la hermosura de sus flores y bondades de los frutos? Erradicamos plantas dañinas y desbastamos yemas lujuriosas que serían perjudiciales al desarrollo proporcionado, útil y esbelto de los árboles.

Cultivamos, es decir, enderezamos, cortamos, orientamos, transplantamos, desbrozamos y hasta desarraigamos las plantas, con miras a una finalidad superior: la del mejor y mayor rendimiento.

No de otra suerte ha procedido el hombre con la educación de su personalidad.

¿Es posible que haya sinceridad de corrección moral, cuando se ofrece un sistema en el cual los valores más sagrados como son la cultura, la humanidad, la moral, el progreso y la patria se consideran como meros productos de los "sueños de deseos", conforme leemos en la página 26? ¿En qué consiste el objeto de esta moral freudiana?

En dar rienda libre al instinto sexual. En hacer predominar la carne sobre el espíritu, legitimando sus actos por la ley materialista de la fatalidad.

Así las cosas, nos preguntamos, ¿qué ciencia moral es ésta que así pisotea la libertad humana, y la finalidad de la intención, de la razón consciente? ¿Quién con semejantes barbaridades se va a estimular para forjar la grandeza de carácter que implica, conocimiento, amor desinteresado, persistente, y ennoblecido con el empleo de medios congruentes, y por fin requiere el sello, aristocrático del sacrificio característico de todas las acciones clásicas de la virtud?

¿Cómo puede poner rectitud en los actos humanos, según los últimos principios de la razón, un sistema de psicología experimental que no toca más que la periferia del ser humano, pues no reconoce más que un factor inferior, instinto inconsciente que todo lo centraliza y absorbe?

Mucho se queja Freud de la ignorancia psicológica experimental de su época. En esto estamos de acuerdo todos los estudiosos. Pero ¿no es triste ver cómo quien lanza tal acusación, luego se debate por suprimir con afirmaciones gratuitas, exclusivistas, hipotéticas y con meras probabilidades, según confesión propia, las tendencias innatas de la razón humana, deseosa de beber insaciablemente en las mismas fuentes de los principios, no solamente reales sino ciertos?

Para conocer con certeza las cosas del mundo visible, necesitamos de dos caminos: el de la experiencia y el de la argumentación. Sin éstos no hay ciencia completa. La experiencia nos hace conocer las cosas, y la argumentación deducir del co-

nocimiento de las fuerzas, las leyes. El filósofo por sus métodos de deducción y de inducción, subiendo y bajando por la escala de los fenómenos, llega a la explicación racional de las leyes, y ve detrás de las mismas el vasto plan diseñado por la divina mano del Creador.

Freud fué, si se quiere, un experimentador tenaz, un investigador incansable, un psiquiatra obsesionado, pero no un filósofo, con suficiente base clásica para poder discernir con seguridad de consecuencia, todos los procesos anímicos del ser humano.

Para mí, el judío llega a ser intelectual, investigador incansable, erudito por su tenacidad, pero no sabio. Que señalen un sabio, un creador en el sentido completo de la palabra, y los veréis en apuros. Tienden al exclusivismo. Por esto dijo Alexis Carrel que, "Freud ha hecho más daño que los más extremados mecanicistas. Sería tan desastroso reducir al hombre a su aspecto mental como a sus mecanismos fisiológico y físicoquímico". ("La incógnita del hombre". Cap. VIII, art. 2, página 294).

¿Cuál es el fin del instinto, cuál su efecto último, cuál su causa teleológica que lo orienta a un término cierto, cuáles sus medios normales, cuál su esencia? A estas preguntas nadie puede responder sino por obra del espiríritu filosófico, pues las ideas de orden, fin, causa, esencia, ordenamiento, etc., no pueden valorarse más que por medio de la filosofía racional.

"Objeto común de todas las ciencias naturales, dice brillantemente el insigne apologista católico doctor Francisco Hettinger, es toda la creación vi-

sible, cuyos procesos particulares observan, comparándolos entre sí, investigando sus leyes, por un método exacto, esto es, con precisión matemática, y relacionándolos, en la medida de lo posible, con las causas singulares, procurando reducir estas mismas *leyes* a *principios operativos simples* para condensarlas finalmente en un *principio general uno y universalísimo*. También la filosofía, parte en sus investigaciones de la experiencia, que es, como afirma Santo Tomás, la causa material de nuestros conocimientos, y aquí observamos ya un punto de contacto entre ésta y las ciencias naturales". (Timoteo, Carta XIV, pág. 241).

Esto es hablar conforme al sentido común.

Los genuflexos de Freud preguntarán: ¿Y el maestro inventor del psicoanálisis abismal, no piensa así? No. Y para que os conste mi veracidad apelo a la cita que transcribo de la página 38 del libro de Zweig, sobre el zarandeado psicólogo experimental, donde leo textualmente: "Ver claro, pensar claro, no es para Freud un esfuerzo, *ni un acto de voluntad*; la necesidad de analizar es en él instintiva, innata, organizadora, *irreprensible*.

"Cuando Freud no comprende entera e inmediatamente una cosa, es incapaz de coordinar el punto de vista con nadie; *lo que no le parece claro desde el fondo de sí mismo, nadie puede aclarárselo*".

Pregunto simplemente: ¿Esto es ciencia u obsesión, monomanía, terquedad, autosugestión, estupidez? Porque decir que, lo que no le parece claro desde el fondo de sí mismo nadie puede aclarárselo, o es estupidez o soberbia demoníaca. Cuando un hombre está contra el sentido común decimos que desbarra, y tiene gente en la azotea de su ce-

rebro. Pues bien, Freud está, según lo acabáis de ver en este caso. El ve con tal claridad por instinto, que no por voluntad, con tanta rapidez y comprensión total desde el fondo de sí mismo, los procesos del instinto como nadie los vió ni podía verlos mejor.

Advertid ahora la contradicción manifiesta de su panegirista. Dijo en la página 38 que: "Ver claro, pensar claro, obrar claro, no es para Freud un esfuerzo ni un acto de voluntad", y en la página siguiente escribe textualmente, que "vacila años antes de convertir en afirmación una suposición". Si ve claro, piensa claro, sin esfuerzos, ni siquiera con el que requiere el acto de voluntad, ¿a qué vienen esas vacilaciones para afirmar? El que ve claro no vacila, el que piensa claro no vacila, el que tiene conciencia de obrar con claridad no vacila en afirmar, en sostener, en exponer lo que ha visto, pensado y hecho.

Si supone no ve claro, entonces debe esforzarse para ver mejor, y esto supone un acto de voluntad. Todo lo contrario de lo que afirma el audío propagandista de Freud.

Pero no hemos concluído por desgracia, de citar imbecilidades que hoy tienen patente de descubrimiento científico.

En la página 41 leo al pie de la letra: "Freud no trata nunca de convencer, de persuadir, de engatusar a sus lectores, a sus oyentes. *Freud expone, eso es todo*". Quedamos, pues, en que es un simple expositor, un simple experimentador, un detallista de los hechos. No filosofa ni para persuadir, ni para convencer, y menos por supuesto para engatusar.

Ahora oíd lo que escribe Zweig en la página siguiente: "En el curso de sus *demostraciones filosóficas,* Freud no abandona ni una vez el camino recto". Si no estuviésemos convencidos de la inclinación tendenciosa del judío escritor del Pen Club, incensado por todos los mercaderes celosos de la casta intelectual, liberal y materialista, pensaríamos que el tipo es muy flaco de memoria. No hay duda de que para muchos de los que leyeron de corrida esta obra, será una revelación que los indigne ver con qué temeridad borró con el codo lo que escribió con los pies. Prosigamos con las aberraciones de estos locos de atar.

En la página 60, leo: "Freud transporta al psicoanálisis, el término técnico escolar... *Todos los actos psíquicos son en principio productos de lo inconsciente*; aquellos de que se tiene *conciencia,* no representan una especie *diferente ni superior*".

De manera que todos los actos de mi alma, es decir, el acto de libertad, de responsabilidad, el acto de honor, de dignidad, el acto de virtud o de heroísmo, el acto de amor desinteresado, el acto de nobleza de espíritu y entereza de carácter, no solamente son productos ciegos y fatales de lo inconsciente que se desarrolla por virtud de la expansión de la libido, sino que aún más, estos actos no son superiores a los sin conciencia. No hay ni superioridad ni diferencia entre un acto de virtud y un acto vicioso, entre un mártir y un verdugo.

Lombroso se quedó chiquito al lado de Freud. Cerremos, pues, los reformatorios, las cárceles y los institutos psiquiátricos. Todos los actos humanos se equiparan, y es inútil trabajar, pues son

fatalmente necesarios. Cuando estudié filosofía experimental en el Seminario de Villa Devoto, tuve la suerte de tener por maestro al sabio jesuíta José María Blanco, quien con desteridad, precisión y profundidad, explayó sus vastos conocimientos psicológicos, dándonos por base una obra magnífica de psicología experimental que ya he citado con gusto; original de otro sabio jesuíta, el Padre De la Vaissiere. Allí distinguimos actos psíquicos, es decir, del alma, puramente espiritual, de los actos instintivos, originados por las potencias del cuerpo. Los primeros son actos de conocimiento; los segundos no, aunque pueden ser objetos del yo, ò sea de la conciencia humana. El autor, en su "Philosophia Naturalis", dice su traductor, otro sabio jesuíta, el padre Fernando María Palmés, profesor del Colegio Máximo de San Ignacio, expulsado por los rojos de Barcelona, en nombre de la ciencia, "distingue muy acertadamente entre actos *inconscientes y actos subconscientes*".

"Es de advertir que al hablar de actos subconscientes e inconscientes, trata únicamente de *actos que sean conocimientos;* pues es evidente que sin esta restricción, *son muchos los actos inconscientes,* ya de la vida *vegetativa,* ya también en cierta manera *de orden psíquico, como* por ejemplo, la impresión de la especie impresa.

"Así, pues, *acto psíquico estrictamente inconsciente, sería aquel en virtud del cual se conocería un objeto sin que ni siquiera indirecta ni implícitamente fuese conocido el mismo acto.*

"*Subconscientes* son los actos de conocimiento que *están sí experimentalmente presentes al sujeto que conoce,* mas con todo *no son referidos*

normalmente al yo personal o al cuerpo propio". (Nota al número 74, pág. 324).

Hay quienes admiten que no se dan actos cognoscitivos inconscientes. Así pues, en esta obra, premiada por la Academia Francesa, leemos que el acto psíquico estrictamente inconsciente, es un acto que es conocimiento, aunque ni indirecta ni implícitamente se conoce, y se diferencia de la multitud de actos inconscientes de la vida vegetativa, nacidos de los instintos ordenados necesariamente hacia un fin preestablecido por la mano del Creador.

Freud no distingue nada. Confunde miserablemente los actos inconscientes de la vida vegetativa y sensitiva con los de la vida espiritual y con los actos subconscientes, y hace orgullosamente tabla rasa de todas las experiencias de los sabios anteriores, porque según sus principios categóricos, "*todos los actos psíquicos son productos de lo inconsciente;* y el que vea en esto una exageración manifiesta, recuerde que, según escribiera Zweig en la página 124, "se tenía necesidad de exagerar, para imponer lo que Freud había visto y pensado claro". (Pág. 38).

Decir que los actos psíquicos conscientes son productos de los actos instintivos inconscientes, es defender que el que no tiene puede dar, es enseñar que un ciego puede guiar con la certeza del que posee una vista sana, que una potencia que no conoce puede equipararse a la que conoce, es simplemente endiosar la materia, pues se le da la posibilidad de crear por sí misma a la razón, la libertad y la conciencia. Pero, ¿a qué engolfarnos en la corriente de las consecuencias desas-

trosas, a que conducen tales afirmaciones gratuitas, si Freud todo lo remedia negando a Dios, al alma y a la inmortalidad?

Yo antiguo y yo civilizado.

Y pensar que a esto se llama en la página 66, "el estudio del alma y psicología científica", que pretende explicar las características contradicciones del ser humano por el *yo antiguo y el yo civilizado*, confundiendo vida sensitiva con vida espiritual, y clases de inteligencia con fenómenos de conciencia.

Marañón, en su conferencia sobre "Soledad y libertad", evocó rumbeando a Freud estos dos yo; el yo antiguo y el yo civilizado, al querer explicar los desmanes de los hombres por la suplantación de la conciencia del antropoide en la conciencia del hombre civilizado. Enunció esta barbaridad; lo aplaudieron, y además le pagaron.

A ninguno que sea de regular penetración psicológica, se le escapa la transcendencia de semejante desatino, pues sirve de efugio científico para excusar las más refinadas sevicias de las hordas enloquecidas. Primero se les dijo que eran hombres-monos, y ahora se les exime de culpa y cargo cuando se presentan como hombres lobos. Así se pone la falsa ciencia al servicio de la bestialidad colectiva.

La lógica tiene una fuerza de avance irresistible que no pueden detener todos los circunloquios de los literatos nauseabundos, que ofrecen sus sentencias vesánicas a precios módicos, siempre que les sirva de vehículo la originalidad para la popularidad.

El sentido común nos había cerciorado hasta ahora de que todos los remordimientos saludables surgían del fondo de la conciencia

mudo y pertinaz testigo
que no deja sin castigo
ningún crimen en la vida.

Pero ahora nos dicen que científicamente todas las iniquidades, traiciones, crímenes innominables, sevicias inauditas, violaciones del derecho común, orientaciones interesadas y exclusivistas hasta el endiosamiento del egoísmo, rebeldías insolentes, furiosas venganzas, tanto más crueles cuanto más cobarde es quien las inflige, el desfloramiento de todas las delicadezas representadas en el niño, la joven, la mujer, el anciano, el pobre, el ignorante, el huérfano y el enfermo, todo lo que hasta ahora ha condenado el sentido común, es monopolizado por el instinto, por la libido, que fatalmente obliga a tales actos, irresponsables porque necesarios, sin que a nadie le sea dado salir razonablemente airoso de este dédalo inextricable.

Así pues, estas acciones nefandas surgen por fatalidad lo mismo que los actos del amor sacrificado, del carácter integérrimo, de la disciplina piadosamente sensata, del heroísmo genial, de las virtudes reservadas en el sagrario materno.

No hay conciencia que valga para Freud, porque la conciencia del yo antiguo suplanta en las barrabasadas al yo civilizado, y nada más.

Podríamos descaretarle diciéndole que, como buen materialista, ateo y fatalista, ha de admitir que, siendo todos los actos humanos productos in-

evitables de lo inconsciente sexual, tanto vale su afirmación como mi negación, ya que, ambos enunciados son productos naturales de una misma materia y de un mismo ser específicamente igual. Y que por consecuencia, no puede pretender imponer científicamente un sistema personal predispuesto, con el esqueleto de sus afirmaciones y negaciones, pues lógicamente tiene el mismo valor cada uno de sus contrarios y contradictorios.

Pero, ¿qué le puede importar este raciocinio a quien ha confesado descaradamente que *se tenía necesidad de exagerar?*

Ha confundido miserablemente conocimientos de fenómenos con objeto de la ciencia, finalidad instrumental de los órganos e instintos materiales con principio vital que los domina, orienta, supera, y sobrevive en el hombre por su prerrogativa inmortal; ha creído que es lo mismo diagnosticar que explicar, y dar un tratamiento congruente. Ha identificado el estudio del cuerpo con el estudio del alma.

¡Cuántos primates indiscutidos de la ciencia médica, se han contagiado con estos absurdos!

¡Cuán cierto es que, cuando el hombre se aparta de la fe en Dios, cae en las estulticias de camaradas envilecidos por secretos intereses inconfesables!.

Comienzan por esquivar lo que no quieren evitar; prosiguen discutiendo con sofismas propios de quien pretende traicionarse; buscan explicaciones y connivencias a lo que ni exteriormente ni interiormente pueden justificar, y concluyen diciendo: "no creo", cuando debieran decir: "tengo miedo

de aparentar lo que soy en realidad: un hombre sin carácter".

Es muy triste tener que pedir consuelos a la falsa ciencia, a costa de la razón y por odio a la Fe que la inteligencia reclama. Para ser bien visto en ciertos círculos, se pone como precio que la razón renuncie a su libertad.

¿Cómo se introduce Freud en las hendiduras del alma?

Por el método del psicoanálisis, que estudia la psicología abismal.

"Solamente, dice Zweig, el *conocimiento* activo de sí, conduce a la curación en el sentido analítico". (Pág. 89).

"En todo neurótico, en todo neurasténico, según Freud, la unidad de la personalidad ha sido rota, no se sabe cuándo ni cómo; y la primera medida que hay que tomar, es informarse lo más exactamente posible de los *hechos* que la han causado". (Pág. 90).

Método del Psicoanálisis.

¿Cómo conduce el método psicoanalítico hasta el conocimiento activo, por parte del enfermo, para que conociendo su enfermedad se cure? El enfermo debe sentarse de espaldas al médico, y dándole éste pie con una frase lanzada al azar, el neurasténico se esforzará en relacionar con ella todas las ideas que le vengan irreflexivamente a la mente. Este proceso se prolonga largos meses, y el médico depurará y adivinará al través de las alusiones, comunicaciones e ideas descabelladas, lo que ha menester saber, para unir la personalidad rota de su paciente.

No hay duda de que si cada loco se obsesiona con su tema, este procedimiento debe dar relativos frutos de orientación. Negarlo sería una necedad. Pero extender este método para escudriñar los secretos de la inteligencia y los de la conciencia, y pretender así llegar a la certidumbre, es simplemente una pretensión infantil. Nadie puede ser condenado por los disparates que lanzó en estado anormal. Y menos puede generalizarse este método a todos los seres humanos, como si el mundo fuese un inmenso manicomio.

¿Es científicamente admisible que se reconstruya la personalidad rota por un procedimiento tan vago, tan sospechoso, tan subvertible y expuesto a desorientaciones amorales? ¿Es, acaso, la humanidad un hospital? ¿Somos todos anormales, que exigen cura de un psiquíatra? ¿Se hallan realmente videntes responsables y preparados, que puedan responder en cada caso? ¿Qué criterio tendrá cada experimentador con sus indefinidos experimentados?

¿No suple mil veces más la fe en la Divina Providencia, y la confesión auricular secreta y divinamente constituída por Jesús, a este método, cuando se trata no de desarreglos de inteligencia o fenómenos cerebrales, sino de conciencia, de espíritu, de moralidad?

¿Hay, por ventura, algo más delicado que poner la mano en la conciencia? Para esto no basta conocer, ser paciente, tener tacto clínico, y criterio de observador experimentado; hay que poseer una fuerte dosis de moralidad, ya que es necesario apelar al sentimiento.

Cuando los males tienen causa física, nada más

natural que el neurólogo intervenga en su radio de acción. Dios lo manda. Pero cuando los males provienen de la conciencia, ¿con qué criterio, autoridad y eficacia, se internará el hombre de ciencia en regiones reservadas a la persona humana y Dios sólo?

Es ésta, según Zweig, "la primera tentativa metodológica hecha con el fin de comprender y curar al individuo por la materia misma de su personalidad"; mas conviene no olvidar que, según el mismo crítico, "la técnica psicoanalítica de Freud está lejos de representar la última palabra en el dominio de la medicina psíquica". (Pág. 102).

No representará nunca la última palabra, porque el yo personal, tiene conocimiento de sus instintos por la manifestación de sus actos y por el conocimiento científico de sus procesos.

Todos entendemos por moral, "la ciencia del recto orden de los actos humanos, según los últimos principios de la razón". Esta definición que dá Víctor Cathrein S. J., en su magnífico curso de "Philosophia Moralis", domina la mentalidad de los hombres sensatos.

Gracias a estos conceptos precisos, claros, indiscutibles, universales, que brotan del fondo de nuestra conciencia iluminada por Dios, valoramos la posición del hombre en la vida, su destino, sus derroteros, su objeto final, sus luchas personales, familiares y sociales, y los procesos de la humanidad que el Creador no ha dejado abandonada en manos de unos parlanchines adocenados que interpretan los más graves problemas de un pueblo, entre el vaho de una taberna.

Para nosotros, la moralidad es iluminada por los

principios eternos de la Justicia, Amor y Omnipotencia divina. No obramos ciegamente, sino que actuamos con un fin, una intención libre, racional, que por lo mismo, hace responsables a nuestros actos, y por consecuencia, son morales.

Distinguimos sabiamente las tendencias de las facultades espirituales, y el amor a las ciencias, a la sabiduría, a la justicia, a la verdad, a Dios, de las tendencias instintivas y ciegas que el hombre libre regula, controla, refrena y orienta por su razón, voluntad libre y auxilio divino. Sabemos discernir entre una tendencia natural, buena en sí misma como todo don de Dios, y siempre que se use conforme a sus santas leyes, de la desorbitación de esta misma tendencia, extrinsecada en un acto emotivo. Una emoción desordena la tendencia hacia su recto fin, en forma parcial y particular. Distinguimos el orden natural, ingénito, del instinto, del otro que se llama en el léxico cristiano la pasión desordenada. Si a la palabra instinto desea hacerse sinónima de pasión, no tengo dificultad en convenir que las pasiones son de suyo indiferentes. Todo depende de la finalidad y uso con que el hombre las rija. Pero aquí entiendo por pasión el acto instintivo fuera del orden moral, monopolizando las fuerzas del cuerpo y del espíritu, con el fin de deleitarse contraviniendo las normas del tiempo, de la necesidad normal exigida por el organismo, y exagerando su intensidad con perjuicio de la higiene moral y corporal.

Hay un modo, una medida, una regla que preside la armonía de los seres.

Quebrantarla, es ser, simplemente, un descentrado, un anormal.

La Iglesia Católica ha sintetizado estos abusos en forma luminosa, al exponer los siete pecados capitales, que según el doctor Charles Vidal, en su obra: "Religión y Medicina", (cap. IV, pág. 117), consisten en "*una exageración de los siete instintos principales de la vida vegetativa*, exageración voluntaria, que llega a convertirse en una *necesidad* por la fuerza de la costumbre".

A todos nos consta que mata más el vicio de lo que gasta el trabajo, y que según Séneca, "la brevedad de la vida no tanto la recibimos cuanto la hacemos nosotros, con nuestros abusos".

Somos una libertad. Nada más natural entonces, que la moral, las ciencias, la cultura, las religiones, se hayan esforzado por hacer que la razón perfeccionara a la libertad, y ésta reglase los instintos.

Acción educadora de la religión.

"La acción educadora de la religión, de la moral y de la filosofía, prosigue el doctor Vidal en su obra citada, debe tender por lo tanto, a fortificar la voluntad, que es la que enfrena y reprime las malas tendencias, y a ilustrar a cada cual, sobre los peligros inherentes al abuso del ejercicio de las tendencias propias de su temperamento. Con verdadero conocimiento del peligro, con voluntad firmísima, *pueden todos los hombres resistir a sus torcidas tendencias, y evitar los peligros que llevan éstas aparejadas.*

"Tanto más preciso es esto, cuanto que las pasiones ejercen una acción visceral intensa.

Ellas aumentan la fuerza y el número de los la-

tidos del corazón, activan el movimiento circulatorio, elevan la presión sanguínea, y aumentan las oxidaciones; y ya influyan sobre el cerebro, el corazón o el estómago, *su acción es desordenada, acabando por entorpecer la marcha armónica del organismo.*

"No otra causa tienen muchas manifestaciones del artritismo, así como no pocas enfermedades nerviosas y del estómago.

"Reveille-Parise ha escrito que, la tristeza influye sobre el estómago, el miedo sobre el canal intestinal, la cólera sobre el hígado; que el deseo enardece la sangre, que la aversión la enfría y que el espanto la hiela a la manera de la cólera; que las pasiones aceleran o retardan la circulación, hacen llorar, enblanquecer el cabello y la barba, y hasta pueden producir la muerte repentina. Este mismo autor recuerda que, Cureau de la Chambre, médico de Luis XIII, había observado que la rubicundez, determinada por la cólera, empieza por los ojos, la del amor por la frente, y la de la vergüenza por las mejillas y las extremidades de las orejas". (Págs. 118 y 119).

Además de la emoción y la pasión, distinguimos la perversión de los instintos, que consiste en la inversión del ejercicio de sus fuerzas, y de sus órganos, según el orden normal de la naturaleza.

A cada una de las desviaciones de los principales instintos, llama la Iglesia con un nombre que las sindica entre los vicios peculiares, clavándolas en la picota de los vicios capitales.

Nada más natural que el hombre se ame. Pero suponed que este instinto ingénito se convierta en orgullo, que exagere y excluya, o en soberbia se

deleite en manifestar su ambición desmedida, inhumana, insensata y desgraciada; que adelante por las sendas de la vanidad, que engulle insaciable las lisonjas más necias, y lleva a las puertas del egoísmo, que deifique al propio yo con desprecio de los demás, y tendréis a un instinto sano en sí mismo trocado en causa de fracasos, decepciones y bestialización equiparable a la del rey Nabucodonosor.

Nada más natural que el amor a los bienes necesarios para el desenvolvimiento de la vida física, intelectual y moral. El instinto natural nos guía a ello, en favor de la conservación de la persona, de la familia y especie. Mas dejad sin control a esta tendencia, y veréis cómo llega en sus desatinos hasta hacer que se prive de lo necesario para la vida quien aprieta ingentes tesoros, con insomne ansiedad de perderlo, convirtiéndose así en avaricia, es decir, idolatría de riquezas a costa de la propia felicidad.

Ya he hablado suficientemente del sentido de la propiedad del dinero y de las riquezas, en mis conferencias publicadas, para que haya de extenderme en este punto, tan ardiente en nuestros días, que, precisamente por falta de comprensión del mismo ciernen sobre nuestras cabezas el negro turbión del comunismo bestial.

Nada más natural que el instinto de conservación, el cual nos impele a esquivar los males físicos y morales que se ofrecen como óbices en el camino de la vida. El Creador ha dado a la naturaleza de cada ser viviente, elementos positivos y negativos que le ayudan separados o simultáneamente, a defenderse contra enemigos interiores y

exteriores que lo asedian sin tregua alguna.

Pero desatad este instinto de defensa, y dejadlo librado a su antojo ciego, y veréis cómo se trueca en espíritu de venganza, tanto más cruel cuanto más débil es la víctima, y tanto más cobarde cuanto más airado se mostró en ocasiones favorables a la expansión de sus estremecimientos furiosos. Todos convenimos en reconocer que, el instinto de la ira, ciega hasta ponernos al borde de la locura. De tal manera demuda las facciones que, un excelente remedio para detener a un niño encolerizado es ponerlo frente a un espejo, para que se avergüence de sí mismo. Cuanto más dueño de sí mismo, menos se aíra el hombre; y es la furia tanto más intensa cuanto más débil es el organismo en que se desarrolla. Por eso dice la santa Biblia, que "no hay ira peor que la de la mujer". (Eclesiástico XXV, ver. 22).

A nadie se le antojará nunca justificar por la ingénita naturaleza del instinto de defensa, la impaciencia altanera de su hijo, el arrebato de su esposa, el furor de su adversario, la violencia de un padre, el rencor de un amigo. y menos la venganza de un compañero.

Sin despreciar a nadie, sabemos oponer a estos desmanes una terapéutica moral que nos eleva a regiones serenas: repetimos con Santa Teresa: "Con la paciencia, todo se alcanza". Nada más natural que la tendencia a comer para vivir, ya que, según frace del Quijote a Sancho Panza, la salud de todo el cuerpo se fragua en la oficina del estómago. Pero usar de este apetito sensitivo, instintivo y bueno de por sí para comer sin regla, con intemperancia y avidez, es simplemente desorien-

tar este medio esencial para la conservación de la salud corporal, y convertirse en un glotón, que vive para comer o por mejor decir, para tragar, y halla en el vicio de la gula el paraíso que le brinda el regalo de manjares exquisitos. Este instinto descentrado perturba en forma tal que, no sin razón se dijo que: *mata más la gula que la espada.* El hombre, cuando dispone, come regularmente más de lo que le exige el desgaste de sus fuerzas.

Los insomnios, dispepsia, gota, obesidad, asma, neurosis, nefritis albuminosa y artritismo, son regalos del abuso del que hizo de su vientre un dios.

Nada digamos de la embriaguen, que lleva a la borrachera y ofrece como resonancia de sus placeres los frutos de demencia personal, y si es provocada por alcoholes, la plaga de la tuberculosis.

Nada más natural que la tendencia instintiva de la emulación, necesaria para el perfeccionamiento de individuos y sociedades. Pero desatar sus fuerzas bajo el control de la soberbia, es simplemente dar pasto a la envidia más rastrera. Esta desviación señaló un escritor antiguo, cuando dijo: "Homo homini lupus", el hombre es un lobo para el hombre, cuando se deja dominar por la soberbia, la ambición y los celos.

Dijo San Agustín que: "no es la envidia causa de la soberbia, sino que la soberbia es causa de la envidia".

Así pues, una ambición desmedida sirve de vehículo al instinto que Dios nos dió para estímulo en los grados de nuestra perfección. Siempre vemos la exageración, por exceso o por defecto, per-

judicando el libre desarrollo de las fuerzas instintivas.

Nada más natural que el instinto del descanso y del sueño, necesarios para reparar las fuerzas. El hombre que se ve precisado a arrancar a duras penas un pedazo de pan a la tierra, que por momentos se lo mezquina, necesita del reposo necesario para restaurar sus energías físicas.

Respondiendo a este instinto y evocándolo, dice Dios por el escritor bíblico: "surgite postquam sederitis qui manducatis panem doloris". "Surgid después de descansar los que coméis el pan de vuestros esfuerzos dolorosos". Pero de aquí a justificar la pereza, la haraganería, la indolencia, la dejadez, hay un abismo. El descanso exigido por el cuerpo enriquece de nuevas energías, y si no se lo damos en la regla establecida por la diestra del Creador, la enfermedad se encarga de vengar nuestros abusos. Pero brindar al instinto del descanso un tiempo excesivo, es simplemente insolentarse contra la ley primera que Dios impuso al hombre de trabajar para comer; es insolentarse contra un dolor que debemos soportar en castigo de nuestros pecados; es insolentarse contra una medicina que nos cura de miserias pasadas y previene de males futuros; es insolentarnos contra un medio de conservación y perfección de nuestras potencias anímicas y sentidos corpóreos. El que no inhibe su instinto de descanso con un límite reglado por la moral, pierde uno de los goces más grandes del alma, que es la satisfacción de ganarse el pan con el sudor de su frente.

Nada más natural que el instinto de conservación de la especie, cuyas directivas señaló Dios en

el mismo paraíso de delicias, cuando hablando a nuestros primeros padres los bendijo con la aureola de la paternidad que les hacía participar de su divina influencia creadora. Extendió sobre los hombres su influjo soberano de creador de cuerpos humanos. *Crescite et multiplicamini*, "creced y multiplicaos"

De entonces, esta ley atravesó los siglos, y el hombre enriquecido con la gloriosa prerrogativa de la paternidad, se sentó gloriosamente junto a la mesa de sus vástagos graciosos, que la ornamentaron brindándole uno de los goces más puros de que pueda disfrutar un hombre en la tierra.

Pero deducir de aquí que este instinto generador, ordenado por Dios, haya de desordenarse y dominar toda la vida del ser humano; pretender que este instinto haya de oprimir las orientaciones de la razón, y tener supeditada la voluntad humana; enseñar que este instinto generador sea el árbitro de todos los detalles de nuestra vida, y su fuerza sexual la que marque las trayectorias del corazón, del entendimiento y de la voluntad; proclamar como lo hace Freud que, el instinto libidinoso no tenga control moral, ni regla de disciplina religiosa; afirmar en nombre de una psicología abismal que, del fondo de las manifestaciones inconscientes surgen las trayectorias sublimes del genio, lo mismo que las estolideces del ignorante, las crueldades del bárbaro o los encantos de la virtud; querer explicarlo todo indistintamente por estas fuerzas que, reguladas dan vida y desordenadas nos matan y engendran palidez, crecimiento repentino, voracidad, escalofríos, sudores nocturnos, ronquera, pereza, entorpecimiento de la

memoria, consunción dorsal, tisis pulmonar, cáncer del cerebro, gastritis, enfermedades del corazón, apoplejía, neurastenia y epilepsia; decir que el instinto de la sexualidad y voluptuosidad que todo lo devora, encierra como flor en capullo los pétalos de todas nuestras acciones, de un modo fatal y ciego, y poner en su desenvolvimiento la última causa de todas nuestras responsabilidades, es simplemente el atentado más infame que lengua humana haya podido lanzar contra la dignidad del hombre.

El instinto sexual es una parte del hombre, es un bien del hombre, pero no es todo el hombre, ni siquiera su porción principal.

La vida del hombre es precisamente una milicia continuada, desde la cuna hasta el sepulcro, porque debe pasarse su existencia en la gimnástica corporal y en la gimnástica espiritual, moderando los impulsos instintivos y espontáneos, para no caer en extravagancias y sucumbir en los desórdenes.

Somos hombres por la razón, por la voluntad, por el amor y por la libertad. Por la parte corporal somos animales, y vivimos vida sensitiva y vegetativa. Por el alma inundamos de ideas inmortales la inteligencia, apasionamos el corazón con los lazos de la simpatía, y somos artesanos de nuestra propia grandeza al forjar el carácter personal. Al inspirar Dios el alma en Adán, y al crearla en cada uno de los descendientes, orló sus frentes con corona de gracia y majestad.

La parte corporal unida esencialmente al alma para formar una única persona, está supeditada, según el sentido de la humanidad entera, a las

leyes superiores de la razón, de la libertad y del amor.

Caemos como aves salidas del nido de la eternidad en las playas hospitalarias de este mundo, y en la flor de la existencia nos encontramos regalados por la mano del Creador con el encanto que suscita en nuestros corazones el poder amar y ser amados con entera libertad, y hasta el sacrificio completo.

Si no hubiera libertad seríamos esclavos del instinto ciego de la sensualidad interesada, de la voluptuosidad que corrompe, pero no del amor que dignifica. Sin libertad no habría posibilidad de correspondencia.

El hombre tiende a sí mismo por el instinto egoísta, y tiende hacia sus semejantes y hacia Dios por el movimiento del amor.

Necesitamos sobreponernos, vencernos, sacrificarnos, esforzarnos, y por actos de virtud hacer que, en las fuerzas mencionadas triunfe la espiritual de la razón sobre el instinto.

Hombre animal y hombre espiritual.

Hay en cada uno de nosotros dos leyes, y como dos hombres: *homo animalis et homo spiritualis,* "el hombre animal y el hombre espiritual", el hombre viejo y el hombre nuevo. Si triunfa el espíritu sobre la carne, se dá la victoria del amor tanto mayor cuanto más sacrificado. Si triunfan las fuerzas ciegas instintivas de la materia, se dá el desorden y la deshonra.

Como para el judío Freud, Dios no existe, no hay distinción entre el bien y el mal; no hay, pues

base inconmovible de moralidad. Y el hombre es tanto más libre y más grande, cuanto más naturalmente y sin control se deja guiar por sus instintos. No hay deberes, obligaciones ni sacrificios que valgan la pena ser presentados como testimonios de virtud.

Freud persigue así a Dios, hasta en lo más íntimo del ser humano. No puede darse nada más satánico, y que mejor sirva de base a la doctrina liquidadora del comunismo. Pues si Lenin requirió la filosofía de Hegel con la dialéctica materialista del judío Carlos Marx, otro judío, Freud, le ofrece su psicología experimental, basada en la destrucción de toda moral, digna avenida para la futura sociedad colectivista, a donde ha de llegarse con la destrucción previa de todos los valores morales sembrados por el Evangelio de Jesús.

La moral estudia los deberes, el fin y los actos del hombre.

¿Qué es el hombre para Freud? Un pedacito de barro que se mueve por ley fatal, regido ciegamente por su instinto sexual. Por consiguiente, la moral freudiana estriba en mirar como mal lo que perjudica su bestial desenvolvimiento, y en mirar como bien sumo lo que ofrece utilidad.

Así infecta este falso sabio y discutido experimentador, las bases de la grandeza del carácter humano.

Para Freud, mal es sinónimo de perjuicio; bien, sinónimo de utilidad; amor, sinónimo de placer; deber, medio de esquivar obligaciones. Confunde felicidad con amoralidad e inmoraliad.

Como la felicidad es herencia de todos, predica así una doctrina psicológica digna de Caín; busca

la felicidad personal a costa de la desgracia de los demás, pues triunfa no el más sacrificado, no el más noble, el más virtuoso y el más honrado, sino el más fuerte en los impulsos invencibles del instinto sexual desenvuelto en mayor escala.

Estas ideas disolventes, lógicamente deducidas y paladinamente sostenidas por Freud, se enseñan en algunas cátedras escolares, a pesar de la cacareada neutralidad, que hipócritamente se dice mantener en las escuelas argentinas.

Quizá alguno de mis lectores sospechen que éstas son deducciones extraídas como consecuencias de mi ardiente fantasía. Desgraciadamente, los hechos evidencian mis conclusiones.

Tomad la obra de Stefan Zweig en la que nos brinda el panegírico de su connacional, y leeréis en el capítulo I, página 13:

"El cristianismo combate la inclinación carnal en nombre de la salvación del alma y de la espiritualización de la naturaleza, siempre extraviada. Justamente porque la Iglesia, el más sabio de los psicólogos, conoce la pasión de la carne en el hombre, eternamente adamita, le opone *brutalmente*, la pasión del espíritu como ideal; rompe su empecinamiento orgulloso por los *verdugos y torturadores*, para hacer volver el alma a la patria suprema. Pero, ¿en nombre de qué idea, en servicio de qué idea, exige todavía, una moral codificada en el siglo XIX, cuya piedad no es desde mucho tiempo más que superficial? Groseramente material, gozador, ansioso de dinero, sin la sombra de la gran fe coherente de las antiguas épocas religiosas, defensor de la democracia y de los *derechos del hombre, no tiene derecho a tratar seriamente de*

prohibir a sus ciudadanos el derecho del libre goce".

¿De cuándo acá, podemos preguntar al señor Zweig, la sabiduría psicológica de la Iglesia, ha opuesto "brutalmente" la pasión del espíritu a la pasión de la carne? ¿No es todo el Evangelio de Jesús, una manifestación y realización divina del "suaviter in modo fortiter in re", "suavemente en el modo y reciamente en la consecución del fin, sostenido como axioma por los más expertos psicológos de todos los tiempos? ¿Dónde hay libro comparable al Evangelio de Jesús, que mezcló con arte divinamente humana la excelsitud de los principios morales directrices con el perdón y compasión para sus transgresores? ¿Quién pensó antes de Jesús ni después de Jesús, en la rehabilitación y elevación a la santidad de los más despreciados criminales y pecadores, por procedimientos tan racionales, suaves y fecundos, según testimonian 20 siglos de virtudes heroicas y santas?

El cuerpo es parte esencial constitutiva de la persona humana. Es instrumento al servicio del espíritu, es si se quiere, su bestia de carga, pero nunca su enemigo mortal Tiene energías, de suyo indiferentes, inclinadas al mal por el pecado de Adán, que necesitamos orientar, mortificar, pero no es permitido matar, pues esto sería destruir al hombre, y Dios lo creó para que viva, no para que muera. La religión cristiana no entiende privarnos del ejercicio de nuestras potencias sino de las miserias, de los desórdenes, de los vicios de nuestros instintos.

El apotegma latino: "mens sana in corpore sano", mente sana en cuerpo sano, evidencia el in-

flujo del cuerpo sobre el alma, y el del alma sobre el cuerpo.

Todos hemos experimentado cómo una salud corporal armonizada con la salud espiritual, da al hombre la rica eflorescencia de actividades más completas, perfectas e intensas. El juicio discurre con celeridad, la imaginación juguetea con gracia, la voluntad ordena con imperio, la libertad se desenvuelve con el júbilo de la perefectibilidad, el amor brinca con elevación, el trabajo se hace fuente de alegría, el deber importa deleites interiores inefables, y todo el cuerpo respirando salud, deja transparentar en la lucidez de su rostro la imagen de una vida satisfecha

El capital del cuerpo está al servicio del banquero del espíritu.

Os esforzáis por la higiene corporal y hacéis bien. Prescindís de la higiene moral, y hacéis mal.

Cuando la Iglesia invita a mortificar los desórdenes de la carne en servicio de la libertad espiritual, lo hace en nombre de la razón, de la medicina y de la moral. Es infame entonces llamarla verdugo y torturadora, cuando en realidad es benefactora de la humanidad

Invocar, pues, como hace Zweig, los Derechos del Hombre, y con este banderín enlodado de la Revolución Francesa, vociferar que la sociedad actual cristiana, "no tiene derecho *a prohibir seriamente a sus ciudadanos el derecho al libre goce*", es simplemente predicar el dominio de la carne y de la sangre sobre el espíritu, y atentar no solamente contra el Evangelio, sino también contra toda religión, contra toda razón y contra las mismas ba-

ses de la civilización, que como sabemos, consiste en la cultura del espíritu.

Freud o Epicuro.

Si esto no es resucitar con nuevos nombres, y vestir con el ropaje de la ciencia moderna la ponzoñosa doctrina de Epicuro, confieso que no sé para qué sirve la historia de la filosofía.

Al igual que el filósofo de Atica, Freud sostiene el derecho al libre goce, esencialmente necesario para la consecución de la felicidad relativa. Epicuro sostenía que la felicidad estriba en el goce, sin distinguir el lícito del ilícito, el honesto del deshonesto, el ordenado del vicioso.

Freud, como Epicuro su antecesor, no asienta mayores demostraciones. Afirma que todo es materia, fango, movimiento inconsciente, que produce deleite si es ordenado o dolor si está fuera de regla. Nada más.

Hay que dejar que la juventud goce en desenfrenadas alegrías carnales, aunque embote su espíritu, debilite su carácter, olvide sus tradiciones, denigre su raza, ensombrezca su frente, con la nube de la ignominia, devore su corazón con el fuego del vicio, y mate la parte superior para dejar rienda libre a la parte inferior, a la animalidad que sólo sirve embridada por las leyes del espíritu.

Nada de moral interior; basta para las sociedades una convención exterior, una moral aparente. Que la vida sea corta, pero buena.

Entiendo, que ninguno entre los padres de familia que me lean, ambicionan la aplicación de estos principios para sus hijos, pues los quieren sa-

nos, sabios y santos, para que de esta manera logren ser felices, en la medida de lo posible. Adviertan no obstante, que cuantos tienen un profesor imbuído con los conceptos del judío Freud, deben sostener que "los instintos no se dejan reprimir". (Pág. 23, Opus. cit.).

Cuando un joven se compenetra de este postulado y lo arraiga en su alma con tanta mayor facilidad cuanto más atractivo se presenta por la comodidad y ventaja de los goces fáciles que brinda, los padres ya pueden temerlo todo. De entonces se construye la escalera descendente de los desprecios, por donde un día tendrán que rodar, arrastrados por la dureza de los que, con la falta de espiritualidad endurecieron sus corazones y perdieron todo sentido de delicadeza y de respeto.

No sin razón se multiplican los despreciadores de la mujer, que saben ultrajarla antes de haber aprendido a amarla, y constituyen así la ignominia de este siglo de los descubrimientos judaico-masónico-comunistas.

Entre los descubrimientos sensacionales habría de enumerarse este de la abyección inaudita del hombre que, vestido de civilizado encierra el hedor de un sepulcro, la dureza de una roca, la sensualidad de una bestia, la brutalidad de un bárbaro, la sevicia de Nerón, la amoralidad de un bandido, y los modales elegantes del más astuto Arlequín de salón.

Citas de contradicciones.

Voy a ofreceros con citas irrefutables contradicciones sostenidas por Freud y expuestas por su

comentarista Zweig, a fin de que los engatusados adoradores de este plagiario epicureísta, valoren y confronten el alcance de sus exposiciones.

Todas las citas se refieren a la obra intitulada: "Freud". En la página 23, según transcripción reciente, leímos que "*los instintos no se dejan reprimir,* y es en vano suponer que, cuando se reprimen, se ocultan y desaparecen para siempre"; y en la página 24, dice que "sólo *puede disciplinar los instintos,* el que los conoce". ¿En qué quedamos? ¿No se pueden reprimir y se pueden disciplinar?

Si el que los conoce los disciplina, ¿en qué va a parar el derecho al libre goce?

En la página 26 se pregunta: "¿No transportará (Freud), finalmente, su impudente técnica analítica, del alma *individual* al alma *colectiva?*... A los setenta años de vida ha emprendido Freud la obra última de aplicar su método a la humanidad entera". Y en la página 141, capítulo VIII, se contradice, concluyendo que "esta ciencia exclusiva del individuo, del alma individual, nada sabe ni quiere saber de un sentido colectivo, o de una misión metafísica de la humanidad".

Ni en la torre de Babel se dió mayor confusión de lenguaje. Porque miren ustedes, benévolos lectores, que se necesita coraje y cara de cemento armado, para sostener, en una misma obra que: Freud extendió su técnica analítica a la humanidad entera, para luego afirmar muy campante que, esta ciencia nada sabe ni quiere saber de un sentido colectivo o misión de la humanidad.

Un sabio religioso se pasa la vida entera para gestar una obra de profundos estudios, y apenas

si tienen con ella los periódicos llamados imparciales, la atención de un saludo, cuando no el complot del silencio.

Aparece, en cambio, la edición de un libro tendenciosamente materialista, judío o torpemente ateo, y de inmediato expanden el nombre y vida del autor, con prodigalidad de ditirambos. ¿Por qué será que los hombres gustan ser engañados con tanto descaro?

En la página 29, dice que "si hay en la concepción moral más sinceridad; si hemos aprendido a respetar la ciencia única de todo individuo, y poseemos la comprensión creadora del misterio de nuestro ser espiritual, todos estos elementos de corrección moral, nosotros y nuestro nuevo mundo, lo debemos, en primer término, a este hombre". Y en la página anterior afirma que: "su modo de pensar no ha aliviado en nada la vida humana". Si esto no es pensar en judío, que lo desmientan las Sinagogas.

Si la ciencia sirve en una u otra forma para la acción, ¿quién puede explicarse este galimatías? Porque si el modo de pensar de Freud en nada alivia a la vida del hombre, ¿quién va a ser estúpido para romperse la cabeza penetrando en las hendiduras de las hipótesis deliberadamente exageradas de este hombre exclusivista y descentrado?

"Si nadie tiene, según dijo en la página 13, derecho de prohibir el libre goce que el instinto busca fatalmente en dirección de la voluptuosidad", y en la página 23, asegura que "los instintos no se dejan reprimir", ¿con qué autoridad puede imponer factores de corrección moral? ¡Y pensar que en nombre de estas estulticias y contradicciones se

quieren apagar las luces eternales de la fe católica! Con qué evidencia comprobamos hoy, cuán lejana está la ciencia de la sabiduría, cuando Dios no ilumina los pasos de la inteligencia.

Cultura quiere decir esfuerzo, dominio, sacrificio, violencia, predominio del espíritu sobre la materia, de la razón sobre la sangre, del deber sobre el instinto, del alma sobre el cuerpo.

La Iglesia inicia la empresa en la cuna, donde la madre espía las primeras manifestaciones de la sangre rebelde, y no cesa hasta los umbrales de la eternidad. "Tanto aprovechas, dice la "Imitación de Cristo", cuanto te vences". Cuando no rompe, destroza, poda y modela las desorientaciones del instinto el cristiano, desmerece a los ojos de Dios y de los hombres. Subimos la correntada de las aguas del mal. Detenerse en los esfuerzos, es retroceder.

Esto es difícil, esto es costoso, esto hace sangrar de continuo el alma e impone sacrificios incesantes: es verdad.

Es verdad también que, por momentos, las fuerzas humanas flaquean, y que para la consecución del ideal evangélico no son suficientes ni la cultura intelectual, ni los hábitos adquiridos, ni la educación familiar, ni el sentimiento del honor, ni la vigilancia paterna, ni el interés de situación ventajosa, ni los castigos más terribles; pues todos estos son medios que cooperan pero incapaces de detener siempre el mal, y menos poderosos para engendrar el bien.

En este caso, los católicos que sabemos que el cuerpo se alimenta con materia y el espíritu con verdad, justicia y amor humano y divino, acudi-

mos a Dios, y gritamos con todas las fuerzas del alma: Dómine ad adjuvandum me festina: *apresúrate, Señor, a ayudarme con tus carismas celestiales,* pues eres mi Creador y eres mi Padre. Y el Señor nos asiste y responde como a San Pablo: "Sufficit tibi gratia mea". *Mi gracia te basta* para ser bueno, perfecto y santo.

Esto tiene sentido y sabor de humildad, pero como el orgulloso se empecina en subir solo hasta escalar las enhiestas cumbres de los cielos, y exclama con Lucifer: *Subiré y seré como Dios,* rueda por la escalera de todas las ignominias, y la verdad que no quiso buscar por el camino común de la humildad, la reconoce en la victoria que proclama la behetría de sus fracasos dolorosos, prenuncios de otras perversiones más trágicas y repulsivas.

Los que se obstinaron en sobornar a las gentes, se ven redargüidos por los fardos de frutos desoladores que cargan caravanas de almas, cuyos gritos maldicientes atraviesan los procesos históricos y llegan como ecos iracundos a fustigar sus rostros insolentes.

Conclusión.

Nunca se ha mostrado el hombre más celoso de su libertad que en nuestros días; nunca se han empeñado en negarla con más ardor los hombres que se creen pontífices infalibles de la ciencia.

Comenzaron por abdicar de la libertad de la inteligencia, rechazando verdades de razón y de fe; no quisieron entender para no verse obligados a creer y practicar el bien, y concluyeron negando la libertad de la voluntad para excusar sus actos per-

versos. Saben muy bien que hay reversibilidad entre los conceptos de libertad y responsabilidad. Para justificar sus faltas recurrieron al asesinato de la libertad. Confundieron conciencia con instinto y facultad con efectos. La cobardía los llevó a la temeridad. Equipararon posibilidad de acción con libertad responsable.

Los enemigos de la fe se convirtieron en abogados de los vicios. Para escudar sus faltas detrás de sus teorías frenológicas, dijeron que los vicios equivalían a errores, ignorancias o enfermedades ingénitas. Al huir del temor amoroso de Dios cayeron en el temor bochornoso de sus necedades. Así le quitaron al hombre el fundamento de su grandeza personal. Privado de voluntad libre no hubo precio congruente para la virtud.

Freud, siguiendo las huellas de Oven y de Fitche, se ha empeñado en desmentir al mismo Dios cuando retando a Caín, le decía que el "apetito o la concupiscencia estará a tu mandar, y tú le dominarás, si quieres". (Génesis IV, 7).

Gloria de la religión cristiana es pregonar sin descanso que, de la voluntad del hombre depende la honra divina y el honor de su vida. Los santos son un testimonio irrecusable de esta verdad.

Cuán cierto sea que cuando se pierde la fe se pierde la cabeza lo testimonia el judío Freud, que ha hecho de la humanidad un hato de seres envilecidos y del mundo un manicomio, donde el más loco se encarga de elevar hasta el paroxismo a los que no se convencen de la credibilidad de su teoría, repudiada por el sentido común.

SONETOS Y FABULAS

EL NEGOCIO ES NEGOCIO

Un judío pidióle a un italiano
Veinte pesos prestados por tres días,
Jurando y perjurando por Elías
Que los devolvería al buen cristiano.
Pasado el tiempo, requirió Giuliano
Le devolviera el préstamo Isaías,
En la calle, en la fábrica, en tranvías,
Por la tarde y mañana, siempre en vano.
Ofuscado Giuliano en su pasión
A Isaías le hirió terriblemente:
Este fué al hospital súbitamente,
Y el otro fué a purgar a la prisión...
Giuliano quedó libre prestamente
Pues el judío le vendió el perdón.

VALE MAS MAÑA QUE FUERZA

Líbrame de estas piedras que me aplastan,
A un viandante una sierpe le rogaba;
En premio te diré dónde guardaba
Un judío dineros que te bastan.
Libre ya de las piedras que lo empastan
Comerse al hombre el monstruo amenazaba;
Y el bienhechor atónito apelaba
Al fallo de unas bestias que allí pastan.
El burro, el perro, el gato y el cordero,
A la serpiente la razón consignan...
Dijo un zorro: ya que no se resignan
Veamos cómo fué el atolladero.
Puestas las piedras sobre la serpiente,
Falló el zorro: Dejadla que reviente.

SAPIENTISIMAS IMBECILIDADES

Veterinario agrónomo alemán,
Cultivaba su campo con desvelo,
Y a las plantas cruzaba con anhelo
De obtener mejor flor y mejor pan.
Naranjas sin semilla ya le dan
Las plantaciones de su rico suelo;
Mezclando asnos y potras con gran celo
Dijo: Mis mulas se mejorarán.
En el certamen de una Exposición
Una medalla de oro le otorgaron,
Y fué de los primeros en la lista.
A todos admiró la perfección
Que sus mezclas de razas alcanzaron,
Y agradeció exclamando: *Soy racista.*

AQUEL QUE DEFECTOS TENGA DISIMULE LOS AJENOS

Ché, Jacoibos, dijo el barbudo Abrahan,
Formemos comité contra el Fascismo,
Que vaya en contra el antisemitismo
Pues de no, nuestros Ghettos destruirán.
Desatemos un golpe de huracán
Pidiendo ayuda al torpe Socialismo,
El apoyo total del Comunismo
Lo tenemos por ser de nuestro Khan.
¿Cómo quieren excluirnos del Progreso
Los racistas, negándole el derecho
De convivir a nuestra ilustre raza?
Jacoibos dijo: Están en este acecho
Porque siempre Israel ha hecho eso:
Judía con cristiano no se enlaza.

POLITICA SOCIALISTA Y COCINA BURGUESA

Un día muy orondos se reunieron
Los caudillos de un Centro Socialista
Para deliberar sobre la lista
De "elegibles" que al pueblo "le impusieron".
A un amoral por cínico acudieron,
Y por hábil a un pérfido sionista,
Por despistar se puso a un pacifista
Y a un lenguaraz e hipócrita añadieron.
Bien está, dijo astuto el presidente,
Mesándose sus barbas de judío,
Que déis tales caudillos a la gente;
Mas sabed que, quien más sirva en el lío
Gastrónomo ha de ser y camarada
Que huela al presupuesto de pasada.

INSULTOS QUE DELATAN

Inquieto un buen amigo cavilaba
Por qué despotricaba con violencia
En contra de San Roque y su paciencia
Un marxista que al público arengaba.
Y lo que al buen amigo incomodaba
Era pensar que el líder sin decencia
Fué educado por mera complacencia
Por un sabio que al Santo veneraba.
No te inquietes, le dije; yo te explico
Por qué ataca a la Iglesia con su pico.
La Iglesia tiene a Santos abogados
Que libran de las pestes y los males,
La deben, pues, mirar envenenados
Demagogos que son pestes sociales.

IGUALDAD EN LO INFERIOR

Hubo una vez consejo de animales
Interesados en solucionar
Un problema que oyeron comentar
A hombres en pesebres y corrales.
Se puso, pues, el burro a perorar,
La igualdad era el tema de los tales;
Y opinó que debían rebuznar
Todos igual a él los congresales.
El león quiso que igual todos rugieran,
El ganso que imitaran su graznido,
Y el caballo votó por su relincho.
No hay posible igualdad, dijo el carpincho,
Fuera de aquella que nos ha reunido;
Ser bestias todos los que deliberan.

EL EXITO A COSTA DE LA JUSTICIA

¿Has visto, le decía interesado
Un cerdo a su cochina, cómo elevan
Estatuas a los hombres, porque llevan
A cabo lo que al mundo ha deslumbrado?
Basta que un hombre haya practicado
Principios que a otros hombres los sublevan,
Para que al punto todos se conmuevan
Y su rostro en el bronce sea moldeado.
¿Quieres pasar a la posteridad?
Le dijo la cochina al bien amado,
No necesitas gran alacridad:
Vete al chiquero, enlódate enconado,
A un cuadro hermoso mancha sin piedad,
Y al mundo entero habrás interesado.

TENEBROSAMENTE

Un hermoso rosal en mi ventana
Exhalaba el perfume de sus flores
Que extasiaban con fúlgidos colores
Los dulces ojos de mi madre anciana.
Cada día solícita mi hermana
Lo regaba cantando sus amores,
Y a las gentes de los alrededores
Repartía sus rosas muy ufana.
Una noche el rosal quedó pelado;
Lo habían por la noche devastado
Las hormigas con furia asoladora.
En silencio también la explotadora
Raza judía absorbe las conquistas,
Y cuantos la denuncian son *racistas.*

EL RASERO DE LA IGUALDAD

La Religión es opio de las gentes,
Gritaba un neurasténico orador.
Ataquemos obreros con furor
Los templos que oscurecen nuestras frentes.
No cantemos en ellos reverentes
Las loas del Divino Redentor,
Pues nosotros tenemos por señor
A Lenin que renueva nuestras mentes.
Desde hoy todo el mundo será igual:
Cantad obreros, *La Internacional*,
Que nos une con vínculo certero.
¿Cómo puedes, gritó un modesto obrero,
Nivelarnos con igualdad ideal
Si éste canta muy bien y yo muy mal?

EL QUE HABLA DE LA PERA, COMER DE ELLA QUIERE

Yo tenía un peral que había plantado
Mi padre en los albores de su vida,
Y en la estación del año requerida
De mil frutos veíalo cargado.
Todo el mundo quedaba anestesiado
Al olor de una pera apetecida,
Y siempre que concluía mi comida
Su fruta era mi postre regalado.
Un vecino por él se interesaba
Y siempre algún recurso me enseñaba
Para que el árbol nunca degenere:
Un día lo pesqué robando un fruto... .
Siempre el hombre discurre muy astuto
En lo que interesado engullir quiere.

USURA RACIAL

Padre Antonio, le dijo muy adusto
El judío Jonás a un Cura anciano,
Debe usted predicar cual buen cristiano
Que el préstamo es pecado muy injusto.
No salía el buen Cura de este susto
Que le diera el judío muy ufano,
Pues era el usurero más villano
Que el préstamo ejerciera más a gusto.
Dijo el Cura: ¿Usted quiere que predique
En contra lo que al fin le perjudique?
Si usted, dijo el judío, les conmina
Que por la usura irán a la sentina
Del Infierno, aumento yo mi activo;
Quedaré prestamista así exclusivo.

TRABAJO Y AMOR

¿Por qué me rozas sin piedad?, decía
Un eje de carreta defectuosa
A una rueda veloz que quejumbrosa
Rechinaba llevando mercancía.
No te quejes, repuso, hermana mía,
Porque gaste tu acero resbalosa,
Por el frote continuo hay provechosa
Función y hay un progreso cada día.
El patrón pondrá grasa en nuestro roce
Y el rechinar molesto se hará goce.
En el roce social de obrera lucha,
El dolor rechinar siempre se escucha;
Verás que el hombre avanza con coraje
Si suaviza el amor al engranaje.

MEDIOS DEFENSIVOS

Oye, le dijo un perro a un burro hermoso,
El patrón lo desprecia a su paisano
Gritándole que es burro soberano
Pues lanza puntapiés si está furioso.
¡Qué! ¿Tú también te muestras querelloso
De mis métodos, perro de hortelano?
¿Acaso te defiendes como humano
Cuando junto al manjar gruñes celoso?
Los hombres nos desprecian, porque usamos
Los dones que nos dió Dios en defensa
Contra quienes aplastan con ofensa
Las fuerzas que nosotros les brindamos.
También ellos a falta de razones
Apelan a la fuerza de cañones.

CUESTION DE NOMBRE

Ya lo ves, le decía un gran cochino
A un caballo de un rico chacarero,
Me cebaron muy bien junto al granero
Y ahora el matadero es mi destino.
Si los hombres juzgaran con más tino
Y no fueran de espíritu tan fiero
No pensaran venderme a un cocinero
Cometiendo tan loco desatino.
Con la Vanguardia de trabajadores
Marchamos ya, repúsole el caballo;
De tu queja razón congruente no hallo
Pues los jefes publican sin temores
Que la pena mortal quedó abolida:
Sólo rige la: "última medida".

LAS APARIENCIAS ENGAÑAN

Al llegar a la tierra tucumana
Visité cual santuario venerable
La casa donde en fecha memorable
Se juró ser mi Patria soberana.
Admiraba la varia filigrana
De las firmas que en forma irrevocable
Pusieron en el Acta inestimable
Hombres de recia estampa castellana.
Un relieve recuerda artificioso
El acto en que el Congreso dió aquiescencia
A la causa de nuestra Independencia.
Al ver el ademán, dijo furioso
Un judío de credo socialista:
¡No hay uno que no sea un vil fascista!

MORAL SIN DOGMAS

No está bien, le decía un ternerito
A un cordero, que comas de este pasto,
El patrón nos ha dado un campo vasto
Y ha prohibido la entrada al jardincito.
Por tu aviso cortés te felicito,
Dijo el cordero, pues hay con abasto
Comida fuera del vergel que un gasto
Importa grande a nuestro patroncito.
Al pasear el cordero al otro día
Vió pelando al jardín a aquel ternero
Que le advirtiera, y dijo sin tutía:
¿Por qué cometes hoy tal felonía
Si ayer me amonestaste tan severo?
Es que yo ya pastaba aquí primero...

TODO ES SEGUN EL COLOR DEL CRISTAL CON QUE SE MIRA

El mundo está perdido, le decía
Una leona a su amado compañero;
Apenas devoramos un ternero
Nos atacan con toda alevosía.
No me extraña que esté a la orden del día
Atacarnos, rugió el león altanero,
Ama el hombre ante todo al dios dinero,
No al ternero que yo le deshacía.
No te extrañe que seamos perseguidos
Pues el hombre se asedia mutuamente
Y en las guerras se caza con fiereza.
En Soviecia mejor son recibidos
Criminales odiados mundialmente,
Y al honrado lo barre la "limpieza".

¿PRUDENCIA O PICARDIA?

¿Qué tal te va?, le dijo un ratoncito
A un vecino de pieza avejentado;
Parece que te pasas encerrado
Los días, y vivieras siempre ahíto.
A la experiencia, joven, me remito,
Le contestó el más viejo reposado;
Gatos y trampas siempre han enseñado
El temor prudencial que yo practico.
Aprende de los hombres que destruyen
La riqueza del pueblo con cañones,
Presupuestos de tanques y de aviones,
Y a un amago de guerra ves que huyen
A firmar de la paz el santo credo,
No por prudencia o por amor; por miedo.

EFIMERO PODER DEL HOMBRE

Un hortelano siempre regañaba
Porque miles de hormigas con tesón
Le devastaban una gran porción
De la huerta que ansioso laboraba.
Los venenos más rápidos empleaba
Para concluir con esa maldición
Que dejaba en total desolación
Las plantas que la flor dulce alegraba.
Después de largos años de trabajo
Pasó nuestro buen hombre a mejor vida,
Y al reabrirse tras años a su fosa
Advirtióse que en forma bochornosa
Hormigas, con macabro desparpajo,
Hicieron en el cráneo su guarida.

NO BASTA DAR METAL: HAY QUE DAR EL CORAZON

Con su muerte el judío Salomón
La hipoteca final pagó a la vida;
Mientras su viuda se enlutó transida
Su alma subió a la celestial Sión.
Al golpear de los cielos al portón
San Pedro le pidió la requerida
Lista de acciones, que por merecida
Dan en la gloria la eternal mansión.
¿Qué bien hiciste, díjole el Portero
Para que al Cielo penetrar pretendas?
Dos veces ayudé con mis ofrendas:
Propinas dí a un oficial barbero.
Pedro dijo: Tus cobres aquí están;
Y ahora, vete usurero, con Satán.

POBRES DE NOSOTROS SI LAS BESTIAS NOS IMITARAN

Se va a votar, señores animales,
Decía muy enfático un león viejo,
El símbolo del gremio animalejo
Que exprese con justeza los ideales.
Votaron los colmillos colosales
Del elefante, otros del conejo,
Las orejas, las plumas del vencejo,
Y hasta la cola de los pavos reales.
Una mona gritó: "Todos desbarran
Cuando en símbolos tales se abigarran.
Si en un error de táctica no incurro
Señal será la pata de este burro;
Pues somos comunistas de alto cuño,
Ved los hombres que gritan: ¡Viva el puño!

HAY QUE CONCILIAR HONRADOS CON PERVERSOS

En un hermoso y vasto gallinero
Por la rendija de una puerta vieja,
Se metía una astuta comadreja
Y destrozaba como un vil cuatrero.
Por la mañana un zorro paseandero
Oyó de las gallinas la honda queja
Y dijo: Lo que el caso aquí aconseja
Es conciliar los ánimos primero.
La comadreja, el zorro y un gran gallo
Deliberaron junto a un corralón,
Para tratar de concertar un fallo.
La forma de final conciliación,
Dijo el zorro, que en este asunto yo hallo,
Es que el gallo me dé una indigestión.

INDICE

	Pág.
Dedicatoria	5
Razón de esta obra	7
El pueblo de Israel	19
Pueblo fantasma	22
Juicios de la Biblia	26
Habla Tertuliano	31
Un hecho secular	35
La voz de la Historia	40
Sarmiento y los judíos	44
Dos cartas judaicas	51
Los judíos y el comunismo	53
Los judíos Litvinov, Radek y Kaganovich	60
Judíos revolucionarios	68
Ideal del judío moderno	73
Opinión de José M. Ramos Mejía	76
Judíos en la Argentina	80
Piedra de toque	88
Judíos y árabes	94

Pág.

La iglesia católica 100
La inquisición española 108
Los Evangelios 114
Autores judíos 117
Jesús 125
El judío y la propaganda 130
El Talmud 133
Ordenes talmúdicas 140
Hostilidad al cristianismo 149
San Agustín 155
La caridad, método cristiano de conquista 161
Bossuet 164

EL JUDIO FREUD

COMENTADO POR EL JUDIO ZWEIG

Bases materialistas 167
Exageración 175
Alexis Carrel contra Freud 184
Conciencia, instinto y fenómenos de conciencia ... 186
Yo antiguo y Yo civilizado 196
Método de psicoanálisis 199
Acción educadora de la religión 203
Hombre animal y hombre espiritual 211
Freud o Epicuro 216
Citas de contradicciones 217
Conclusión 221

Pág.

SONETOS Y FABULAS

El negocio es negocio 225
Más vale maña que fuerza 226
Sapientísimas imbecilidades 226
Aquel que defectos tenga disimule los ajenos 227
Política socialista y cocina burguesa 227
Insultos que delatan 228
Igualdad en lo inferior 228
El éxito a costa de la justicia 229
Tenebrosamente 229
El rasero de la igualdad 230
El que habla de la pera, comer de ella quiere 230
Usura racial 231
Trabajo y amor 231
Medios defensivos 232
Cuestión de nombre 232
Las apariencias engañan 233
Moral sin dogmas 233
Todo es según el color del cristal con que se mira . 234
¿Prudencia o picardía? 234
Efímero poder del hombre 235
No basta dar metal: hay que dar el corazón 235
Pobres de nosotros si las bestias nos imitaran 236
Hay que conciliar honrados con perversos 236